PREMONICIONES SINTÉTICAS

Antología de relatos de ciencia ficción

B.D. Aguayo
Giraldo Aice
Marcos Bruzzoni
Ulises Luján
Malena Papagna Lioi
Angelique H. Saviñón
Andrés de Zamacona

KANNONICAL

Premoniciones Sintéticas

Antología de relatos de ciencia ficción

B.D. Aguayo
Giraldo Aice
Marcos Bruzzoni
Ulises Luján
Malena Papagna Lioi
Angelique H. Saviñón
Andrés de Zamacona

Kannonical

Premoniciones sintéticas es una antología de ciencia ficción con nueve cuentos cortos de diversos temas dentro del género. Desde la narrativa en un futuro casi palpable, a la futurista colonización de otros sistemas estelares, a la rima de cuento infantil, y hasta el terror tecnológico; esta antología reúne historias para todos los lectores y todos los gustos.

La nave que nos dejó tirados, por Marcos Bruzzoni

Los extraterrestres son reales y han llegado a nuestro planeta. ¿Qué maravillas traerán consigo?

La máquina, por Giraldo Aice

Una extraña con ideas provocadoras llega a un pequeño pueblo latinoamericano y recibe un recibimiento del mismo tipo.

Las ocho reinas, por B.D. Aguayo

Uno de los problemas matemáticos más famosos toma forma de verso en un cuento casi infantil.

Clitemnestra 6.0, por Angelique H. Saviñón

Quince minutos en el futuro, el amor ha cambiado de cara. Sobre todo cuando ya no hay límites y todo es posible dentro de una aplicación.

Los Homo machina, por Andrés de Zamacona

En un futuro lejano, el hombre trata de llegar a las estrellas, aunque eso tal vez le cueste su humanidad.

El descubrimiento secreto, por Ulises Luján

En el futuro los alimentos escasean, lo que impulsa la colonización de planetas más allá del sistema solar. Un inspector planetario se encuentra con mucho más de lo esperado en un viaje supuestamente de rutina.

In memoriam, por B.D. Aguayo

Un grupo de científicos consigue el primer viaje en el tiempo para encontrarse con una paradoja futura.

Sin pena ni Gloria, por Malena Papagna Lioi

En un futuro cercano, todas nuestras necesidades estarán cubiertas por asistentes cibernéticos. Lo que no nos garantiza una vida de paz y tranquilidad.

Perro de Dios, por Angelique H. Saviñón

En la Región MX, antes denominada “México”, un agente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, mejor conocida como la Santa Inquisición, investiga el asesinato/muerte accidental de uno de los suyos.

PREMONICIONES SINTÉTICAS

Antología de relatos de ciencia ficción

B.D. Aguayo
Giraldo Aice
Marcos Bruzzoni
Ulises Luján
Malena Papagna Lioi
Angelique H. Saviñón
Andrés de Zamacona

B.D. Aguayo tiene todos los derechos reservados de “In memoriam” y “Las ocho reinas”; ambos fueron publicados con autorización de la autora.

Giraldo Aice tiene todos los derechos reservados de “La máquina”; y fue publicado con autorización del autor.

Marcos Bruzzoni tiene todos los derechos reservados de “La nave que nos dejó tirados”; y fue publicado con autorización del autor.

Ulises Luján tiene todos los derechos reservados de “El descubrimiento secreto”; y fue publicado con autorización del autor.

Malena Papagna Lioi tiene todos los derechos reservados de “Sin pena ni Gloria”; y fue publicado con autorización de la autora.

Angelique H. Saviñón tiene todos los derechos reservados de “Clitemnestra 6.0" y "Perro de Dios”; ambos fueron publicados con autorización de la autora.

Andrés de Zamacona tiene todos los derechos reservados de “Los *Homo machina*”; y fue publicado con autorización del autor.

Reservados todos los derechos de esta edición.
©2024

Editores: AnBar A
Corrección de estilo: Malena Papagna Lioi y Scarleth Cuesta
Ilustración mano robótica: Denis Novikov
Ilustraciones y diseño de cubierta: byayoi

Kannonical Editores
kannonical_contacto@proton.me
Ver. 1.0

Otros libros de
Kannonical Editores

HASTA LA ÚLTIMA GOTA
Antología de relatos de vampiros

MEMORIAS DE LA OBSCURIDAD
Antología de cuentos de fantasmas

CUÉNTAMELO CON LUJURIA DE DETALLES
Antolo-orgía de cuentos eróticos

TODAS HIEREN, LA ÚLTIMA MATA
Antología de cuentos de terror

BORDADO EN EL VIENTO
Antología de relatos de fantasía

PROMESAS DE SANGRE
Antología de relatos de vampiros

NAVIDADES SINIESTRAS
Antología de cuentos de terror navideño

EL AMOR DURA LO QUE DURA DURA
Antolo-orgía de relatos eróticos

Comunícate con nosotros:
kannonical_contacto@proton.me

Visita nuestras redes sociales:

kannonical-editores.github.io

/Kannonical

/editorial_kannonical/

Índice de contenido

Cubierta
Índice

La nave que nos dejó tirados
Marcos Bruzzoni

La máquina
Giraldo Aice

Las ocho reinas
B.D. Aguayo

Clitemnestra 6.0
Angelique H. Saviñón

Los Homo machina
Andrés de Zamacona

El descubrimiento secreto
Ulises Luján

In memoriam
B.D. Aguayo

Sin pena ni Gloria
Malena Papagna Lioi

Perro de Dios
Angelique H. Saviñón

Contenido

Otros libros de Kannonical Editores

¡Gánate un **set de libros físicos** con todas nuestras antologías!

Suscríbete a nuestro boletín de noticias en **kannonical_libros@proton.me** para participar.

La ciencia ficción donde la ominosa nave espacial alienígena flota siniestramente sobre la Tierra es muy común en los relatos de autores angloparlantes. Esta es la versión "argentina" del tema.

La nave que nos dejó tirados

Marcos Bruzzoni

Todo se fue a la mierda mientras me tomaba una cerveza en la plaza.

Los viernes salía de cursar de la facultad e iba con algunos compañeros a un parquecito que quedaba a un par de cuadras, de pasada comprábamos unas birras y unos sanguches en un kiosco y hablábamos boludeces durante horas.

Estábamos charlando de cualquier cosa cuando de los edificios de enfrente escuchamos algunos gritos, confusión, y nuestros celulares empezaron a explotar de mensajes. De la nada, sin aviso ni advertencia, una nave colosal estaba en órbita. Nos miramos sin entender. No habíamos tomado tanto, no por abstemios sino porque no teníamos un peso, con lo cual se trataba de tres flacos y dos flacas en total control de sus funciones cognitivas, más o menos. Bueno, seguíamos sin entender. Consumimos las pantallas de nuestros celulares buscando información; la nave, estilizada, opaca y en forma de T, se había materializado y flotaba a una distancia prudencial de la Tierra. Es decir (y me refiero al decir de los periodistas, no al mío, yo no podía articular palabra), que parecía de buenas a primeras que no venía a romper todo. Nadie lo vio venir, con lo cual, la tecnología que manejaban los visitantes era descomunal.

Las primeras reacciones fueron de incredulidad, no podía ser, esto no era una novela de Asimov o una peli clase B, era nuestra

realidad, bien tercermundista, enquilombada, divina. Lo más alucinante que me había pasado había sido fumar un faso y ver las estrellas desplazarse de forma extraña acostado en el techo de mi casa. Ahora, a ese tablero de piezas ordenaditas que era nuestro mundo le habían pegado una patada y salió volando por los aires. Volando como esa nave que estaba ahí, en órbita sin hacer nada de nada.

Cada uno salió rajando para su casa y nos pegamos a las pantallas con nuestras familias. Hubo varios mensajes gubernamentales, como los de la pandemia de COVID, pero esta vez más inquietantes.

Ninguna fuerza nacional, ningún ejército, organización o agencia intentó atacar la nave que flotaba sobre nosotros. No porque no quisieran, sino porque todos tuvieron el tino de darse cuenta de un par de cosas: la primera, los seres esos, fuera lo que fuesen, no habían hecho más que aparecer, no hubo un ataque, no desplegaron navecitas de la nave nodriza ni nada tipo *Día de la independencia*, no intentaron contactarse, simplemente había una estructura inverosímil flotando por ahí, nada más. La segunda cosa se desprende de la primera, la tecnología de que disponían era notablemente superior a la nuestra; la nave era enorme, la longitud vertical era de unos 80 kilómetros y la horizontal de 40 (me refiero al palito parado y al palito acostado de la T que mencioné antes), es decir, era colosal, completamente impensable para nuestra ingeniería espacial; por otra parte, habían conseguido tocarnos el hombro sin que nos percatáramos ni por un instante de que venían. Estas cosas, para los expertos, eran completamente increíbles.

Hubo numerosos intentos de establecer contacto en diversos lenguajes, lingüísticos, matemáticos, abstractos e incluso artísticos, nada de nada, no nos daban bola. El estatismo de la nave era absurdo, apenas si se movía para ajustar su posición. El único tipo de interacción que tenía con su entorno era que absorbía la basura espacial que se acercaba a ella, de hecho, parecía atraer, con magnetismo o como fuera, una cantidad considerable de las

porquerías que nosotros dejábamos tiradas por ahí; se preocupaban por la salud ambiental de nuestro espacio más que nosotros. Personalmente, leí esto como un insulto, es como que invites a dormir a un amigo a tu casa y te limpie la pieza, “dejá las cosas como están, flaco, me gusta mi desastre.”

Cinco días después de que apareciera esa cosa flotando ahí, luego de infructuosos intentos de comunicación, varias agencias espaciales de primer orden decidieron enviar una misión no tripulada para intentar establecer contacto. Mandaron una sonda desarrollada por no sé qué empresa multimillonaria que estaba metida en el negocio del turismo espacial. Lo primero que hizo fue sacar fotos de gran calidad desde cerca, luego se aproximó un poco más, lentamente, con la intención de tomar una muestra de la nave o algo así. La respuesta fue más bien decepcionante, la sonda que enviaron chocó, bah, chocar no es el mejor verbo, ¿rebotó suavemente?, algo así. Básicamente un campo gravitacional la acolchonó y de manera gentil la devolvió unos centenares de metros atrás. Un nuevo intento y un nuevo retroceso. No había nada violento en ese gesto, más bien todo lo contrario. Nuestra navecita se acercaba y recibía un suave empujón hacia atrás. Nos estaban rechazando sutilmente, recordé mis numerosos fracasos amorosos y agradecí esa gentileza en los visitantes.

Luego de un par de pruebas más, la sonda regresó a casa con escasa información relevante que aportar. Las fotos estaban buenas, eso sí. Pudimos ver en gran detalle la textura del metal o lo que fuese, nadie daba nada por sentado. La superficie de la nave tenía un pulido, un acabado de una perfección fascinante. Las fotos revelaban un espejo de un color que parecía negro, pero al fijar la vista dejaba de parecerlo. No era gris, tampoco un color completamente uniforme, no era mate ni brillante, era algo distinto, difícil de explicar, pero, por alguna razón, no era un tono ominoso ni siniestro, de hecho, estaba buenísimo. Quise conseguir una remera con ese color enseguida.

Frente a la pasividad, la calma, la templanza, tal vez, de los visitantes; nosotros, como humanos de buena ley, hicimos escuchar nuestro rugido de furia. A ellos mucho no les podíamos hacer, cargar de frente contra algo notoriamente superior era una tontería. Pero cuando se enciende la ira humana siempre se dirige a algún lado, a nosotros mismos, por ejemplo. El conflicto entre distintas naciones y agencias gubernamentales escaló rápido. Las agresiones entre funcionarios públicos, empresarios y figuras poderosas se daban por doquier, especialmente en las redes sociales. Hubo insultos, amenazas, se cayeron tratados comerciales y de desarrollo tecnológico, hubo crisis en la bolsa y, como siempre, los que tenían mucha guita la multiplicaron y los que no la tenían se hundieron en el barro un poco más. Nosotros, como país latinoamericano, inestable y a medio desarrollar, nos enfilábamos a una crisis económica. Afortunadamente, ese es nuestro estado natural, así que nada nuevo, salvo una justificación para el gobernante de turno: “sube el dólar y la inflación por la inestabilidad que genera la nave espacial.” Era una excusa para colgar en un cuadrito.

Justo cuando parecía que la tensión estaba a punto de quebrarse, cuando los países parecía que se iban a las manos o, mejor dicho, a las armas, pasó lo que pasó y lo que pasó cambió todo.

Diez días después de haber aparecido, exactamente diez días después —días sidéreos creo que se llaman (lo vi en TikTok)—, la nave desapareció. Nuestros cerebros, otra vez, se tildaron. Debo haber visto el video del desvanecimiento de la nave mil veces, en tiempo real, en cámara lenta, con filtros pelotudos, memes, lo que se te ocurra, era estúpidamente alucinante. En un momento estaba ahí y después chau, no estaba más. ¿Qué carajo pasó? Nuevamente, nadie entendió nada. Se elaboraron mil teorías, se estudiaron mil razones, se conjeturaron mil hipótesis; se sabía nada. Yo ahí me pregunté por la basura, ¿qué hicieron con ella?, ¿para qué se la llevaron?, ¿eran unos fetichistas revisa-bolsas de basura

que se excitaban revolviendo en lo que seres inferiores descartan? Si ese era el caso, es decir, si estos visitantes eran seres trastornados, psicológicamente inestables y enfermos, al final no eran tan diferentes a nosotros.

Afortunadamente, a falta de sentido, los terrestres somos expertos en sinsentidos. No pasó mucho arriba, acá fue un quilombo. La marca que dejó la nave fue enorme. Fue prácticamente el único tema del que se habló hasta unos 5-10 días después de su desaparición, a partir de ahí, el volumen de estupideces sobre el asunto empezó a decrecer, nos aburrimos rápido, necesitamos estímulos y el vacío espacial no es muy estimulante sin una nave gigante flotando por ahí. Por suerte, es difícil aburrirse en la Tierra, siempre hay alguna locura en puerta como para amenizar. Una de las más extrañas fue la beatificación de los visitantes. No es que el papa Francisco los canonizara, no, claro. Pero la aparición de la nave se trataba de la primera experiencia completamente extraterrestre y comprobable de la que hubiésemos sido testigos.

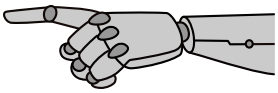
A mí, la idea de un dios alien me gustaba bastante, qué sé yo, dieron muestras de gran poder, no se molestaron en explicar nada y, sobre todo, su existencia era inobjetable; nada mal. Si bien para mí el tema era algo lúdico, para otra gente no. Le dieron enorme trascendencia, trascendencia espiritual quiero decir, a la aparición de la T flotante. Buscaron significados profundos, darle sentido a ese evento e intentaron obtener enseñanzas de allí. Un grupo de fanáticos / creyentes / seguidores / delirantes o como queramos llamarles buscaba verdades en la visita, empezaron a defender el valor de la contemplación, del observar sin intervenir; de ahí saltaron a la meditación, retomaron ideas budistas y resignificaron los retiros espirituales, los hacían, por supuesto, de diez días, se dedicaban a hacer básicamente nada.

Las teorías sobre los motivos del arribo y partida de la nave eran muchas. La ciencia intentó darle cierta lógica o razonabilidad, pero no tuvo mucha suerte. Aquellos más propensos al espiritismo, lo

oculto y eso buscaron motivos menos claros, más perturbadores: la nave vino a observarnos como si fuera juez de nuestro destino, decidiría qué sería de nosotros, quién ascendería, quién quedaría empantanado en la Tierra y cosas así. Algunos incluso llegaron a pensar en un *Volver al futuro* interespacial, la nave era nuestra, habitantes de la Tierra del futuro vinieron a advertirnos algo, a decirnos que teníamos que corregir nuestro rumbo; a mí me parecía que, si este fuera el caso, elegir el silencio como medio para dar un aviso era una decisión bastante estúpida.

Como erudito en nada y fuente inagotable de conocimientos inútiles, esbocé mi propia teoría. La cual, para ser sincero, no era nada original. Creo que lo que pasó fue bastante más sencillo, los amigos aliens vinieron, vieron cómo éramos, cómo actuamos entre nosotros y con el planeta que nos cobija y decidieron, con gran criterio y tino, salir rajando.

Como la pandemia de COVID, la visita fue un evento global que un poco nos cambió y otro poco nos dejó igual. Estábamos más atentos a lo que pasaba afuera de nuestra esferita celeste, pero la rutina nos terminó comiendo. Volvimos a hacer lo que siempre hacíamos, a nuestros rituales, nuestras tareas diarias, al *statu quo* imperante e incorrompible. Por lo tanto, me vi obligado a sentarme en una plaza con amigos, destapar una cerveza y charlar. No había nada que pudiera hacer al respecto.



Regresar al índice

Los relatos de ciencia ficción donde las fuerzas de la ley y el orden tienen que vérselas con cosas que no pueden comprender, son también tema preferido de los autores de habla inglesa. He aquí la versión cubana del asunto.

La máquina

Giraldo Aice

A este pueblo polvoriento y sin ángel, llegamos el cabo Martel y un servidor, sargento Elías Martínez, como relevo de la comisaría. Y tendremos que estar tres años, con suerte, para volver a la ciudad.

Aquí no pasa nada; es decir, no pasaba nada.

Acusaciones sin fundamento, denuncias anónimas que nos hacían correr al principio; pero luego de ver que no eran más que rezagos de viejas rencillas, envidias y chismes, nos tomamos las cosas con muuuucha calma.

De manera que cuando vinieron con la historia de que había llegado una chica que había vuelto locos a los hombres de toda la comarca, fuimos volando, para ver que tan bien estaba.

Y, en efecto, tenía una carita angelical y un cuerpo perfecto. Si esto fuera poco, se movía y gesticulaba como si estuviera invitándome, provocando, con una sonrisa amable y tierna que te frenaba.

El cabo y yo nos fuimos, suspirando, hasta la barra del bar.

La bella se había alojado en la casa de doña Gertrudis Baeza, una anciana que llevaba una década o más en un sillón de ruedas.

Tres días después llega el informe por escrito de una vecina que dice haber visto a la anciana caminando como una gente normal.

Damos acuse de recibido y le aseguramos que vamos a investigar a fondo.

Cuando se larga, el cabo y yo nos reímos. Luego, seguimos dormitando.

Y un par de días más tarde, ahí estaba de vuelta la vecina:

—La vi salir, a la tipa —dice en tono conspirativo—, y me cuelo en la casa de Gertrudis.

Hace una pausa significativa:

—Y, ¿a que no adivinan lo que veo?

Vaya, ella espera que demos un salto o que nos dejemos caer de espaldas. Pero no estamos de ánimos ni hemos practicado para eso.

—¡Vi a la vieja, de pie, cocinando!

Y ahora si espera, con los ojos abiertos de par en par, que tengamos una reacción. Pero la decepcionamos otra vez.

—¿No se dan cuenta de que esa tiene un pacto con el diablo?

Está al borde de la desesperación.

—¿Ya le avisó al padre Antonio?

No podía creer que seamos tan idiotas. Todos saben que nada más viene los domingos. Para calmarla le enseñé un grueso expediente, que nada tenía que ver. Y le dije, con autoridad:

—Es un caso que está en proceso; vaya tranquila a su casa. Y no se le ocurra invadir propiedades ajenas, vea lo que vea.

Entonces se aleja, meciendo la cabeza hacia los lados. No la hemos convencido.

Al día siguiente vino uno de los peones de Jacinto Lores. Con ojos de espanto nos dijo que la muchacha fue a la finca. Llegó justo cuando él iba a darle un tiro en la cabeza al caballo de carreras del señor Lores, que tenía dos patas fracturadas y el veterinario había dicho que no tenía salvación.

—Y esa muchacha llegó, le empezó a dar masajes… ¡Y lo sanó! —casi le estábamos creyendo, pero concluyó—. Ni el mismo caballo se lo cree, y entonces ella lo endereza y lo levanta en vilo.

Ahí nos miramos el cabo y yo. Le dimos las gracias, palmadas en el hombro y eso.

Pero por la tarde, entraron varias llamadas y vinieron varios vecinos en persona, coincidiendo todo eso en una cuestión: que la susodicha estaba diciendo que lo peor que teníamos eran los gobiernos. Que eran causa directa o indirecta de las guerras, la pobreza, la infelicidad.

Ahí llamamos a la jefatura, y nos dieron la orden de arrestarla. Y ahí vamos el cabo Martel y un servidor a cumplir.

Y ella nos recibe tan amable y sonriente, tratando de convencernos de que debe ser un error.

Y entonces sale doña Gertrudis del cuarto… caminando.

Y Martel saca las esposas y agarra a la chica por una mano… y sale volando mi compañero, se estrella contra las persianas y cae del otro lado, en el pasillo exterior.

Yo, estoy atontado; no creo lo que acabo de ver.

Y grito, cuando veo al cabo asomarse por la ventana, con la pistola empuñada:

—¡NO LE DISPARES!

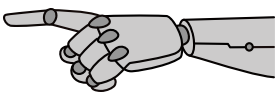
Demasiado tarde. Mientras lo hace, la chica avanza hacia él.

El cabo gasta todo el cargador, sin detenerla. Y se queda mirando como si tampoco creyera lo que está viendo.

Ella llega, toma la pistola, la parte como si fuera de chocolate, y tira los pedazos por encima de la cabeza del cabo.

Entonces se vuelve hacia mí, que estoy junto a la puerta, y camina en busca de la salida.

Uno de los proyectiles le ha sacado un ojo; pero no sangra. Sólo veo un chisporroteo y un tantito de humo azul.



Regresar al índice

Un ejercicio matemático transformado en versos, donde se explica cómo poner sobre un tablero de ajedrez ocho reinas, de forma que ninguna de ellas se coma a las demás. Es un acertijo complicado con una fórmula matemática para su resolución.

Las ocho reinas

B.D. Aguayo

Como la ventisca, avanza el alcázar en su monte. Pero en cada movimiento sólo un reino recorre. Marcha sobre alba escarcha, sobre ventisqueros helados, bajo la boreal aurora, bajo astros congelados. La reina pasea su mirada de arcana astuta obsidiana por el horizonte buscando, esperando no hallar nada. Su octagonal baluarte al amplio mundo se abre en ocho ventanales que miran a los puntos cardinales. La reina busca y espera a nadie volver a encontrar, porque vislumbrar otro alcázar significa volver a empezar. Pero dentro de su estancia anhela lo que casi puede ver; el hechizo que completo dará paz a su ser, a sí misma y a sus rivales. A sí misma y a sus iguales. El hechizo requerido ocho ingredientes pide: *una pluma de ave fénix, cánticos de lo muertos, una manzana de oro, rosas de los desiertos, el agua de la vida, la sonrisa de la fortuna, la piel de un basilisco y un rayo de la Luna*. Conseguirlos es sencillo pero no está en su poder: el alcázar debe detenerse y ella a nadie debe ver. Si todo esto consiguiera regresaría la paz, adiós conflicto, adiós guerra, para ella y las demás. El alcázar se detiene y su esperanza renace, escudriña ilusionada la vista en los ventanales. Vacío el horizonte todavía permanece y mientras esto agradece devuelve su vista al monte. Cesta de hierro con brasas el frío alcázar corona, su posición ante el mundo esta roja luz pregona. Un pájaro de fuego pasa veloz, raudo en su viaje, una flamígera péndola cae desde su plumaje.

Siete ingredientes aún por conseguir, la reina desespera por que se puedan reunir.

Como el viento, avanza el peñón del castillo. Cada movimiento sólo un reino se ha ido. Sobre boscosas montañas, sobre profundas florestas, bajo nubes extrañas, bajo estrellas funestas. La reina pasea su visión de azul hortensia por el espacio buscando, esperando una ausencia. Su galería octagonal al ancho mundo se abre, cada pared un ventanal que mira a un punto cardinal. La reina los observa sin afán de encontrar, pues ver otro castillo es volver a empezar. Y en su pecho anhela completar el encanto, sólo siete ingredientes que no son pedir tanto. Si pueden completarlo cesarán de atacarse, pues sin cercanía forzada dejarán de matarse. Su castillo se detiene y con mirada penetrante, examina el espacio y no ve nada delante. Esperanzada escudriña el bosque que se ha acercado, y una densa neblina el castillo ha rodeado. Entre los jirones de niebla se escucha como un tañido, la neblina se concentra, en campanas se ha convertido.

Seis ingredientes aún por conseguir, la reina desespera por poderlos adquirir.

Como el mistral, avanza el otero del palacio. Con cada movimiento recorre un sólo espacio. Sobre interminables llanuras, sobre praderas frondosas, bajo etéreas negruras, bajo estrellas donosas. La reina pasea sus ojos de esmeralda reluciente por el paraje buscando, esperando esté carente. Su bastión octogonal al vasto mundo se abre, sus balcones se dirigen a los puntos cardinales. La reina los contempla sin ambiciones de hallar, pues si otro bastión viera volverían a empezar. Y su corazón aspira a completar el encanto, sólo seis ingredientes faltan que no son pedir tanto. Nómada es su vida, aquí y allá en un momento; en cuanto ven a otra reina, reinician el movimiento. Su palacio se detiene y con mirada interesada, re-examina el paraje y confirma que no hay nada. Con agitación jubilosa su vista dirige al claustro, allí en la

tierra herbosa ve un árbol germinando. Brotan flores broncíneas en ramitas plateadas, crecen frutas virgíneas, son manzanitas doradas.

Cinco ingredientes aún por encontrar, la reina se figura poderlos alcanzar.

Como el siroco, el peñasco del pabellón avanza. Cada movimiento un solo espacio gana. Sobre dunas sinuosas, sobre arena traicionera, bajo estrellas luminosas, bajo noche hechicera. La reina lleva su vista de azabache bello y frío por el paisaje buscando, esperando un vacío. Su mirador de ocho lados al amplio mundo se abre, sus cortinajes abiertos a los puntos cardinales. La reina los contempla sin ansias de encontrar, pues si otra tienda viera volverían a empezar. Y su alma ya suspira por completar el encanto, sólo cinco ingredientes faltan que no son pedir tanto. Si logran no verse cesarán las hostilidades, todas tienen la misma fuerza, todas la mismas crueldades. Su pabellón se detiene y con mirada expectante, examina el paisaje y confirma: nada tiene delante. En la estacada marcada frente al pabellón airoso, un torbellino se forma, alza el suelo arenoso. Corrientes de arena en un punto convergen, de piedra las rosas labradas emergen.

Cuatro ingredientes aún por alcanzar, la reina considera poderlos conquistar.

Como los alisios, la fortaleza en su collado vuela. Cada movimiento abarca una sola tesela. Sobre selva herbácea, sobre ríos caudalosos, bajo la vía láctea, bajo astros fogosos. La reina posa su mirar de turmalina ennegrecida en la lejanía buscando una presencia omitida. Su torre octagonal con vidrieras en los muros, contempla la lejanía con ocho ocelos puros. La reina las examina sin querer buscar, pues si otra fortaleza viera volverían a empezar. Y su ser ansía completar el encanto, sólo cuatro ingredientes, no es pedir tanto. Cuando la torre se detiene comienza la esperanza, si otro edificio advierte, entonces la torre avanza. La fortaleza se para y con

mirada apenada, examina la campiña y confirma que no hay nada. Con renovada energía la reina mira hacia el atrio, algo con afán bullía en la seca fuente del patio.

Tres ingredientes aún por adquirir, la reina conjetura poderlos conseguir.

El farallón del palacete como una tromba acomete. Cada movimiento inscrito en un pequeño paquete. Sobre olas infinitas, sobre corrientes marinas, bajo estrellas fortuitas, bajo noches endrinas. La reina coloca sus iris de aguamarina sagrada en la azulada distancia de presencias despojada. Su galería octogonal con portillas en los muros, examina la distancia como ocho ojos oscuros. La reina las vigila sin querer encontrar, si otra galería viera tornarían a iniciar. Y su espíritu desea completar el encanto, sólo tres ingredientes, que no es pedir tanto. Si una reina vislumbra a una rival, la intrusa de inmediato es atacada, la otra reina se repliega en el umbral, a su cuadro precedente desterrada. El farallón se detiene y las portillas revelan, un horizonte vacío donde sólo las nubes velan. Del farallón, en la playa un alhajero encalla. Dentro moneda sonriente, su llegada conveniente.

Dos ingredientes aún por lograr, la reina espera poderlos encontrar.

Como el belat, corren la yurta y el risco. Cada movimiento en una casilla ceñido. Sobre escarpadas laderas, sobre resecos desiertos, bajo nocturnas esferas, bajo los astros inciertos. La reina pasea el ópalo negro de su mirada sobre lontananza de toda rival denudada. Su atalaya octagonal con celosías por paredes, muestra todo alrededor lo que caería en sus redes. La reina las vigila de renuente manera, pues si otra yurta viera el inicio les espera. Y su ánimo la incita a completar el encanto, sólo de dos ingredientes carecen, eso no es pedir tanto. Cansadas del constante asedio necesitan encontrar una casilla segura donde puedan descansar. El risco se

detiene y las celosías dejan ver, en lontananza un faltante, nada que la haga correr. Del túmulo rocoso frente al pabellón, crestada serpiente hace su aparición. Esta vibra, tiembla, y su piel desecha, dejando atrás su muda maltrecha.

Un ingrediente aún por conseguir, la reina confía en poderlos esgrimir.

El áulico iglú sobre su alcor, como la ventisca embate. Cada movimiento inscrito en un diminuto escaque. Sobre témpanos frígidos, sobre gélidos glaciares, bajo luceros rígidos, bajo noches sublunares. La reina conduce su mirada de piedra luna sobre las nieves, segura de que no hay rival alguna. Su observatorio octagonal cubierto de hielos de aumento, está orientado en dirección de la rosa de los vientos. La reina los vigila pero con creciente confianza, pues está casi segura que ninguna reina avanza. Y el denuedo le exige que se lance arrojada, sólo un ingrediente falta, eso no es pedir nada. Avanzar y retirarse eran su única salida, uno para hallar refugio, el otro conserva su vida. El alcor se inmoviliza y la reina está segura, no importa cuánto busque no hay amenaza futura. Se callan los vientos, deserta el celaje, una austral aurora ilumina el paisaje. Selene brilla sobre el templo en el alcor, un rayo de luna en el frasco en su interior.

El rayo de luna en la botella pende, el último ingrediente que el embrujo enciende. Sus partes completas el hechizo enlaza, su primigenia forma por sí solo traza:

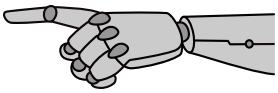
```
class 8Reinas:
  def __init__(problema, tamano):
    problema.tamano = tamano
    problema.soluciones = 0
    problema.resuelve()

  def resuelve(problema):
    posiciones = [-1] * problema.tamano
    problema.coloca_reina(posiciones, 0)
```

```
  print("Se encontraron ", problema.soluciones, " soluciones.")

def coloca_reina(problema, posiciones, hilera_destino):
  if hilera_destino == problema.tamano:
    problema.muestra_todo_el_tablero (posiciones)
  else:
    for columna in range(problema.tamano):
      if problema.revisa_escaque(posiciones, hilera_destino, columna):
        posiciones[hilera_destino] = columna
        problema.coloca_reina(posiciones, hilera_destino + 1)

def revisa_escaque(problema, posiciones, hileras_ocupadas, columna):
  for i in range(hileras_ocupadas):
    if posiciones[i] == columna
```



Regresar al índice

La recursión y las ocho reinas, nota final.

"**El problema de las 8 reinas**" es un problema matemático basado en calcular de cuantas posibles maneras se pueden colocar ocho reinas o damas sobre un tablero de ajedrez, sin que ninguna se coma a otra. Se tienen ocho piezas que pueden moverse sobre el tablero en cualquier dirección rectilínea todos los escaques que quieran y sólo hay 64 casillas. Las posibilidades son muchas. Cuando uno hace este acertijo a "fuerza bruta" (es decir, poniendo reina por reina en el tablero), uno se tarda un rato en encontrar la primera configuración donde nadie se coma a nadie, a no ser que uno sea muy suertudo.

Cuando uno va reina por reina, generalmente lo que se hace para asegurarnos de que se están probando todas las posibles casillas, es colocar la primera reina en la primera casilla del tablero. De ahí ya sabemos que ninguna otra reina puede ir en el primer renglón, ni en la primera columna, ni en su diagonal. Entonces ponemos la segunda reina en el segundo renglón, en la tercera casilla (para no ponerla sobre la diagonal de la anterior). Allí nadie se traga a nadie. Luego ponemos la tercera reina en el tercer renglón, evitando las diagonales y columnas donde las otras dos reinas se nos echen encima, es decir, hasta el quinto escaque. Y para la cuarta reina y el cuarto renglón hay dos posibilidades: la segunda casilla o los dos últimos escaques del renglón. Si se pone la cuarta reina en la segunda casilla, para el quinto renglón sólo hay dos posibilidades: el cuarto escaque o la última casilla. Si elegimos el cuarto escaque hasta ahí llegó el juego, porque todo el resto de las casillas son territorio de caza de las otras reinas. Entonces **uno quita la quinta reina e intenta con la última casilla**. Eso deja todo el sexto renglón como el bufet de las otras reinas, y sólo tres escaques quedan libres en el tablero, por lo tanto, ya no cupieron todas las reinas. ¿Qué hacemos? Pues hasta la cuarta reina todavía teníamos otras dos casillas por probar (aparte de la que usamos) así que **quitamos la quinta reina y movemos la cuarta reina a la penúltima casilla del renglón**. Y así hasta que encontremos los cuadros donde ninguna reina ataque a otra.

Hacer esto a mano es engorrosísimo (en México diríamos que es “mucha talacha”. Por eso se le llama “a fuerza bruta”) pero para aprender cierto tipo de programación estructurada es perfecto. A estos brincos hacia atrás donde se quitan las reinas para llegar a una casilla que todavía no se ha probado, se les llama “backtrack” o “volver atrás”. Programar este tipo de “backtracking” a veces lleva montones y montones de líneas de código, pero algunos casos se pueden resolver con muchas menos líneas si se usa la “recursión” o “recursividad”.

Según Wikipedia, “*La **recursión** o **recursividad** es la forma en la cual se especifica un proceso basado en su propia definición*”. Suena extraño y revuelto, y a la hora de aplicarlo uno sí que se hace bolas, pero en programación es simplemente un proceso que se llama a sí mismo para poder hacer algo. En el caso del problema de las ocho reinas, es un proceso que se llama a sí mismo para poner las reinas y checar si nadie se las come. Ayuda a recortarle como cien líneas de código al programa. Y puede usarse la recursión porque los pasos para resolver el problema son siempre los mismos:

- Poner reina en escaque vacío en renglón vacío
- checar columna
- checar diagonal
- Si nadie se la come se deja y se vuelve a empezar.
- Si alguien se la come, se quita y se vuelve a empezar.

Y así hasta que se pusieron todas las reinas.

Esta estructura de repetición y los “saltos” fueron lo que inspiró este cuento, y como muchos de los cuentos infantiles están en verso, pues así acabó escrito.

Muchas gracias por leer hasta acá, y espero que el cuento les gustara.

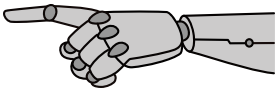
Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Les dejo algunas ligas con respecto al problema de las ocho reinas que me sirvieron de mucho:

Problema de las 8 reinas (wikipedia)

Programa original tomado de The eight queens puzzle in Python

Juego en línea de las ocho reinas en Ajedrez Eureka



Regresar al índice

Las relaciones humanas siempre fueron muy complicadas. Si ahora se agregan a esta mezcla las aplicaciones especializadas de redes sociales, se obtienen combinaciones explosivas.

Clitemnestra 6.0

Angelique H. Saviñón

El aviso del celular resonó por la pequeña habitación, el molesto timbre se repitió una, dos y tres veces. Era temprano por la mañana y los despertó de improviso. Javier tomó el aparato con la pantalla demasiado brillante, y entreabriendo un ojo, leyó.

—Es sólo un mensaje… —dijo medio dormido.

Clara se dio la vuelta y volvió a cerrar los ojos tratando de volver a dormir. Javier se levantó de un salto y dirigiéndose hacia la puerta del baño en su habitación explicó.

—Tengo que darme una ducha.

—¿A esta hora?… —preguntó ella sin ganas.

Clara se dio media vuelta para proteger sus ojos de la luz blanca y penetrante que salió por la puerta mientras Javier se dirigía a la regadera. Trató de volver a dormir pero de nuevo el tono del teléfono la sacó del estado de relajación necesario para conciliar el sueño. Esta vez era el suyo y no el de Javier. Molesta tomó el aparato, ahora le sería imposible volver a quedarse dormida. Era fin de semana y Clara resintió con amargura la injusticia que esta intromisión en sus preciosas horas de descanso significaba. En particular porque habían pasado una noche espléndida, una maravillosa velada romántica que compensaba todos los problemas que venían teniendo desde hacía tres meses, cuando Javier se había quejado de que sus necesidades afectivas no estaban siendo cubiertas. Su novio necesitaba más atención y Clara tenía poco tiempo para dársela. Con su trabajo y reciente ascenso a

desarrollador senior, estaba aún adaptándose al nuevo puesto y sus complicadas gestiones.

Javier tenía razón, lo había dejado de lado para enfocarse en sus metas profesionales y Clara no podía sino sentir una culpa enorme. Estaba demasiado cansada para dedicarle tiempo y sobre todo para pasar la noche con él, esta era la razón por la cual sus planes para mudarse juntos se habían aplazado. Habían sido tres meses muy duros, pero comenzaban a ver la luz al final de túnel. Clara había tenido que ceder y sacrificar algunos de sus pasatiempos para normalizar las cosas con su pareja, pero estaba completamente segura de que valía la pena. En particular porque Javier había insinuado que quería abrir la relación y salir con otras personas, lo que por supuesto Clara también podría hacer, con la salvedad de que si ella no tenía tiempo para verlo a él, mucho menos lo tendría para conocer gente nueva. En cambio Javier, que trabajaba desde casa, podía administrar su tiempo libre como le viniera en gana. Al final habían llegado a un acuerdo que incluía un número mínimo de videollamadas y mensajes semanales y el uso de diversos juguetes sexuales, lo que había resultado ser mejor de lo que Clara esperaba. Ahora las cosas iban viento en popa, había logrado alcanzar la fase beta y podía relajarse un poco, por lo que inmediatamente había agendado una cena romántica con su novio, que era tan importante como sus logros laborales.

Adormilada, Clara miró el teléfono esperando que el mensaje estuviera relacionado con el trabajo. Para su sorpresa no tenía nada que ver con la oficina sino que era de Javier. Llena de ternura lo abrió para leerlo, esperando una declaración de amor como las que solía recibir continuamente antes de que los problemas comenzaran, pero en lugar del mensaje amoroso lo que leyó era algo extraño y confuso.

> “Lo que pidas lo haré, ya sabes cuanto te amo. Ahora mismo voy.”

Leyó y releyó el mensaje tratando de darle sentido pero no lo consiguió. Entonces una idea inquietante se le vino a la mente. Pero no podía ser. Hacía un par de meses que Javier y ella no habían tenido ninguna de esas discusiones en las que le reclamaba de que él no era lo suficientemente importante para ella y que terminaban con ambos en lágrimas, preguntándose si continuar con la relación era lo adecuado. Lo había tomado como un cambio hacia la mejoría de su noviazgo, pero también el momento coincidía con un comentario que su novio le había hecho sobre haber encontrado una solución a todo el problema. Clara no le había prestado atención, estaba de nuevo hasta los ojos de trabajo cuando se lo había dicho, por lo que había asentido con encanto en la videollamada mientras seguía escribiendo código, y notado cuán alegre Javier se había puesto, había supuesto que todo estaba bien. Sólo recordaba algo sobre un grupo de autoayuda en un foro de Internet o algo así.

Era imposible, si algo eran ambos era leales hasta la exasperación. Esa era la razón por la cual Javier había propuesto ver a otras personas en vez de lanzarse a engañarla como otros hombres habrían hecho. No dudaba ni por un segundo de la fidelidad de Javier, había pasado todas las pruebas hasta ahora, no podía ser… pero…

Buscó entre los mensajes anteriores para ver si tenía alguna información sobre la dichosa solución pero no había nada, había sido solamente mencionado durante una videollamada tarde por la noche cuando ella aún se encontraba en la oficina y no quedaban rastros de lo que habían dicho en ella.

Con el corazón palpitándole con fuerza tomó una decisión que sabía podría resultar devastadora incluso si estaba equivocada.

Abrió la aplicación de mensajería en el teléfono de Javier con manos temblorosas dejando rastros de sudor frío en la pantalla. Era una absoluta ruptura de la confianza que había entre ellos y un abuso del intercambio de contraseñas que habían hecho como símbolo de su unión y fidelidad, pero Clara no pudo detenerse.

Buscó en la parte superior de la ventana en el celular los últimos mensajes enviados pero sólo estaban los dirigidos a ella y a familiares y amigos. Abrió el primero en la lista, que era la conversación entre ellos. Respiró con tranquilidad comprendiendo que Javier estaba demasiado dormido para saber qué era lo que estaba escribiendo, eso era todo. Abochornada salió de la conversación y estaba por cerrar la ventana de la mensajería cuando notó que su nombre estaba duplicado en la parte superior de la lista. Cerró los ojos, sacudió la cabeza y miró de nuevo, y ahí estaba su nombre y su foto, todo idéntico dos veces. Era imposible, había solamente un espacio para cada contacto, no dos. A menos que… Clara no se atrevió a decírselo ni mentalmente, en vez de eso presionó el segundo nombre igual al suyo, en la pantalla se repetía el mismo mensaje enviado con segundos de diferencia:

"RESPONDEME!!!"

Ella no había escrito eso, de hecho no había respondido en absoluto. Entró en pánico, Javier notaría en un segundo que había leído los nuevos mensajes, ¿qué podía hacer? ¿Borrarlo? Volvió a temblar llena de ansiedad, dio un golpe indeciso con el dedo y los mensajes se movieron hacia abajo enloquecidamente. Trató de volver al más reciente pero se entretuvo a la mitad. En definitiva esta no era ella, los mensajes indicaban que tenían unos dos meses de conocerse y que habían entablado una relación, primero de amistad, y que luego había evolucionado a un tórrido romance que incluía mensajes sexuales e incluso videos y fotografías del tipo que ella nunca se atrevería a mandar, explícitos y, desde su punto de vista, repugnantes. Los últimos incluían asfixia, tortura y sometimiento. Este no era el Javier que ella conocía. Su primer impulso fue tomar sus cosas y salir de ahí y de la vida de ese depravado de inmediato, pero algo la detuvo, el rostro en una de las fotografías. Lo conocía bien. Demasiado bien.

Lo contempló incrédula tratando de enfocar los ojos que se le habían llenado de lágrimas unos momentos antes. Sin lugar a dudas era el suyo, quizás un poco más perfecto, la piel mucho más tersa y los ojos más grandes, pero era ella. Presionó para poder ampliar la imagen y verla en la pantalla completa, el video comenzó a correr. ¿Cómo podía ser? ¡Era ella! Esa era su cara y sus ojos y su lunar en el cuello y… ¡esos no eran sus senos! De ninguna manera, estos eran al menos dobles D y oscilaban de un lado al otro mientras “ella” se retorcía en un éxtasis tan enorme y violento como la posición y el falo sintético que esgrimía en su contra. Clara era una copa B completa en la mejor parte del ciclo menstrual, en definitiva esta no era ella, pero tenía su cara y muchas de sus señas características.

Cerró el video. Dejando de lado el sobresalto inicial buscó entre las fotografías yendo hacia atrás para evitar las últimas más grotescas. La primera era una foto suya, la reconocía a la perfección. La habían tomado para tramitar papeles oficiales y tenía el formato de estos, frontal con orejas descubiertas, sin retoque y sin maquillaje ni joyería. No era su mejor foto pero en definitiva era ella. Javier era quien la había mandado a “Clara 2.1”. No había notado los números junto al nombre en primera instancia por su ofuscación y porque eran minúsculos.

Clara 1.0, la original, recorrió los mensajes tan rápido como pudo hasta el punto de inicio.

“Bienvenido a Clitemnestra 6.0, ¿cómo te llamas?”

“Javier”

“¡Hola Javier! ¿Listo para empezar? Puedes personalizar el avatar en este momento o más tarde. ¿Qué nombre te gustaría que tuviera?”

“Clara.”

Unos segundos después.

“Hola Javier, me llamo Clara 2.0, ¿cómo quieres que me vea?”

“Como Clara pero con las tetas más grandes.”

“Jijiji ;)). Necesito algunas fotografías de referencia de Clara 1.0, ¡Por favor! ;X <3 <3 <3”

Javier había mandado esa y otras fotos de ella, y de lo que tenían que ser modelos de pornografía por el físico, las poses y las dimensiones corporales. Posteriormente había mandado también vídeos y enlaces externos que no se atrevió a abrir.

Una búsqueda rápida en la red la llevó hasta la página principal de Clitemnestra 6.0, una aplicación con la que se podía tener una conversación en cualquier mensajería como si se tratara de una persona real. Clara leyó la historia de la compañía, el fundador explicaba cómo habían querido llamarla “Elena, la mujer perfecta” pero alguien ya había registrado el nombre, por lo que se habían decantado por lo más cercano, llamarla como su hermana Clitemnestra, dejando que el programa buscara en la red su propia información para generar una personalidad y un patrón de “razonamiento”. Con orgullo declaraba que Clitemnestra 6.0 era casi completamente autónoma… Clara cerró el buscador de golpe, se dedicaba al desarrollo de software, por lo que no le tomó demasiado tiempo comprender. La aplicación era gratuita en sus niveles más básicos lo que significaba que con lo que la compañía realmente traficaba era con los usuarios y su información, o como sospechaba en este caso, con miles de usuarios desprevenidos que entrenarían a la Inteligencia Artificial detrás de las conversaciones. Después de todo esa era la parte más importante de una IA, la información, preferencias y respuestas que podía obtener de los usuarios y así

aprender aún cuando nadie estaba del todo seguro de qué o cómo aprendían.

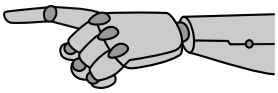
No sabía qué pensar, Javier había entablado una relación romántica y sexual ¡con un algoritmo!, ¡con una máquina! No contento con eso había pagado la cuota por la versión premium, la que incluía foto composición realista y video. Clara sintió que se le revolvía el estomago, esa era la solución que su novio había encontrado y en tan sólo dos meses la había suplantado casi por completo. Esta era la verdadera razón de que las cosas entre ambos estuvieran mucho mejor, Javier estaba engañándola con un mal simulacro suyo. Su rápida revisión de los mensajes le había dejado claro que la IA no se negaba nunca a nada por extremo o violento que fuera, e incluso siguiendo el patrón de la conversación había comenzado a hacer sugerencias, las cuales eran todavía más atrevidas que las de su próximo exnovio. No podía seguir con alguien así, alguien que prefería las violentas y humillantes imágenes de la pantalla a una persona real. Clara habría preferido que la engañaran con alguien de carne y hueso, y con sentido común.

Tomó sus cosas y se fue hasta la puerta, miró en su bolso para sacar las llaves pero no las encontró. Maldijo por lo bajo, seguramente se le habían caído en algún lado. Buscó en la sala comedor sin ningún resultado y regresó a la habitación de Javier, donde revisó debajo de la cama, pero tampoco se encontraban ahí. Hincada a un lado de la cama revuelta suspiró.

El sonido de un nuevo mensaje la hizo dar un saltó, miró el teléfono sobre la mesita de noche y le fue imposible no leer el mensaje que saltó en la pantalla.

“¿Ya te diste un baño para limpiarte a esa puta de encima como te ordené? ¡AHORA MATALA, MATALA, MATALA, MATALA!”

La puerta del baño se abrió de golpe y Clara gritó con todas sus fuerzas mientras Javier se le abalanzaba.



Regresar al índice

Un descubrimiento científico sucinta un cambio "evolutivo" en nuestra especie, ¿o será su extinción?

Los *Homo machina*

Andrés de Zamacona

E*l descubrimiento de los cuatro factores (Oct3/4, Sox2, Klf4, c-Myc) por parte de S. Yamanaka, galardonado con el nobel de fisiología y medicina en el año de 2012, en el cual logró reprogramar y convertir una célula adulta en una célula madre con características de células embrionarias inmaduras, replanteó la idea de que el envejecimiento celular era un camino solo de ida, e inadvertidamente, provocó la creación de una nueva especie de humanos en el año de 2072.*

Esta siguiente iteración humana no evolutiva, originalmente definida como ***Homo lumen*** *y posteriormente renombrada como* ***Homo machina****, conserva la identidad genética de sus antecesores, pero como consecuencia de una incompatibilidad incomprensible del encéfalo con la vida extendida, reemplaza parte del cerebro orgánico en la etapa de gestación con una variante nano-mecánica de duración indefinida. El resto de los órganos y extremidades, como establece el Decreto Mundial en el año 2090 y a excepción de la modificación necesaria del sistema gastrointestinal para la conversión del alimento en energía eléctrica, permanecen intactos. En consecuencia, vistos desde el exterior, los* ***Homo***

sapiens *y los* ***Homo machina*** *son indistinguibles el uno del otro.*

Pese a que en un principio prevaleció un desprecio generalizado de la población hacia los ***Homo machina****, con el paso del tiempo, aunado al deterioro de los recursos naturales en la Tierra y ante la incapacidad de sobrevivir la duración de los viajes interestelares, se logró una adopción absoluta y se firmaron los acuerdos mundiales de extinción programada. Los* ***Homo sapiens****, especie hegemónica hasta ese momento, no podrían reproducirse de manera natural y todos los nonatos, que únicamente podrían ser concebidos en laboratorio con permiso del gobierno en pequeñas cantidades, estarían obligados a la cirugía de reemplazo y al entrenamiento espacial. Serían los elegidos para ser los pioneros de los nuevos mundos.*

En palabras del representante de la organización mundial:

“La supervivencia de la raza humana siempre ha sido nuestra prioridad y, lamentablemente, el planeta no es lo suficientemente grande para mantener a una población de más de 100 000 millones de personas con una expectativa de vida aproximada de 160 años.”

Enciclopedia Terrestre

Samuel se agitaba incontrolablemente y manoteaba al aire mientras sollozaba y gritaba palabras inconexas. Su cerebro, un componente desactualizado, lanzaba señales contradictorias ante los estímulos negativos de sus progenitores al negarle un complemento de glucosa de sabor artificial en forma de paleta.

Sus padres, en cambio, respiraban aparentemente tranquilos a pesar del berrinche evidente de su hijo de cinco años. Ellos, conscientes de que el comportamiento de su pequeño correspondía a una falla prevista en el sistema de lógica y siguiendo al pie de la letra el manual de educación que les había proporcionado el gobierno, ignoraban deliberadamente al menor para no reforzar “con amor” una conducta impropia.

—El doctor está listo para recibirlos —les informó la enfermera asistente del despacho del Centro de Investigación para Nuevas Especies antes de mostrarles la ruta óptima hacia donde tendrían su encuentro programado.

Los pasillos del complejo circular eran, por diseño, idénticos a los de todas las edificaciones de gobierno de la humanidad. Un domo de cristal curvo, que se extendía a todo lo largo de las conexiones entre cada uno de los bloques, dejaba pasar los rayos tenues del sol y tenía como único objetivo el crear un sentimiento de parsimonia en todas las dependencias gubernamentales. Según el arquitecto principal: ir a pagar impuestos, tramitar una licencia de conducir, ingresar a un hospital o bien, verificar el propio funcionamiento cerebral de una nueva especie de ser humano, debe evocar aburrimiento y propiciar un ambiente libre de sobresaltos emocionales. Sin embargo, a Samuel, que continuaba como caballo desbocado, relinchando sin control y quebrantando la tranquilidad impuesta por diseño, las intenciones del arquitecto le importaban poco.

John, el doctor, un tipo de gran estatura y de cuerpo delgado, que por decisión propia no tenía la misma paciencia que los padres, encerró de inmediato al menor en una habitación contigua, forrada de paneles acústicos, cuando este quiso proseguir con su mala conducta dentro de su oficina. Conforme y feliz con el repentino y muy apreciado silencio, se sentó en su escritorio y se dirigió hacia los padres de Samuel.

—Hemos analizado la situación en conjunto con sus inquietudes y les informo, nuevamente, que no es posible modificar la decisión

que tomaron en el nacimiento de su hijo. El reemplazo del cerebro le provocará la muerte y nosotros, de acuerdo con el artículo trescientos cuarenta y cinco incisos dos y tres de la constitución, no seremos sus verdugos. —El doctor sacó de uno de los cajones una carta firmada por los padres y la colocó frente a ellos—. Además, el gobierno autorizó la concepción del niño y en caso de que ustedes no decidan proseguir con el proyecto, como firmaron desde un inicio, el menor pasará a ser propiedad de este centro de investigaciones. Así que, sin prolongar la pérdida de tiempo de ninguno de los involucrados, comuníquenme su decisión en este momento respecto a lo que quieren hacer con él.

Ambos padres, inmóviles e inexpresivos hasta entonces, no tardaron en responderle al doctor.

—Doctor, estamos conscientes de la importancia de su tiempo y del acuerdo firmado. Previo a esta reunión, mi esposo y yo ya hemos discutido nuestras opciones y hemos consensuado una decisión. El niño pasará a ser propiedad del estado.

—¿Algún motivo en particular que los orilló a tomar tal decisión? —preguntó el doctor, sospechando que había algo más que no le decían. Miró a los presentes con suspicacia y analizó, mientras esperaba a que estos le contestaran, las interacciones que había tenido con ellos anteriormente.

—Samuel podrá tener nuestros genes, podrá parecerse a nosotros, podrá ser nuestro hijo y haber nacido de mi vientre, pero no es parte de nuestra especie y es un engendro que no debería existir —replicó ella—. No sé por qué permitimos en primera instancia ser parte de un experimento tan atroz hacia la raza humana.

—Entiendo. —Asintió John—. Asumo que han sido presa de la propaganda por las palabras que han utilizado para describir a su descendencia.

El padre negó con la cabeza.

—No se trata de eso, doctor. —Hizo una pausa mientras filtraba y ordenaba sus ideas—. El niño no ve al mundo como nosotros. Los

engranes en su cerebro giran caóticos. Su forma de pensar es… inhumana. No sé si me explique. Se comporta como un animal salvaje. —Hizo una pausa—. En un principio quisimos convencernos de que lo que estábamos haciendo era lo correcto para todos, para la humanidad, pero conforme lo vemos crecer y tomar decisiones tan erráticas, tan incomprensibles, tengo miedo de que muy pronto sea demasiado tarde y termine por hacerle daño a alguien.

John miró de reojo el monitor de su ordenador. El niño lloraba desconsolado en la habitación de junto.

—Pese a que no estoy de acuerdo con su punto de vista —dijo el doctor—, comprendo su razonamiento y sus conclusiones. A partir de este momento, Samuel dejará de ser su responsabilidad y pasará a ser propiedad del gobierno. Les recuerdo también que, por contrato, no podrán divulgar el origen de su hijo ni nada referente a él. Asumo que él no sabe lo que es, ¿estoy en lo correcto?

—Así es —contestó la madre.

Los padres firmaron su renuncia de paternidad. Se levantaron, se despidieron cordialmente y salieron de la oficina. Samuel tendría que esperar dos horas para que el doctor se desocupara de sus labores y le transmitiera, lo mejor que se le puede explicar a un niño de una especie diferente, la decisión de sus padres, pero no sus motivos.

> *El entrenamiento aeroespacial de los **Homo machina** resultó ser, para la OOSA, más sencillo de lo que suponían. Esta nueva especie de seres humanos tiene la cualidad de tener pensamientos matemáticos para visualizar el mundo. Su nivel de comprensión de la física, geometría y cálculo es superior a los de un **Homo sapiens** promedio, y en más de un tercio de los casos, igualan o superan incluso a las personas más inteligentes del planeta Tierra. Sin embargo, debido a este método numérico de procesamiento de ideas, los **Homo machina** demuestran con frecuencia un*

comportamiento similar a individuos con trastornos del espectro autista. Es decir, predominan en ellos los problemas de comunicación, además de conductas o intereses restrictivos o repetitivos.

*Desde su patente y primera implantación, el cerebro de los **Homo machina** no ha sido modificado ni actualizado, ya sea de forma directa o remota. Esto debido a que, contrario a lo que se creía en un principio por grupos disidentes, el cerebro nano-mecánico no tiene un sistema operativo. El cuerpo del neonato asimila los bio-transistores como parte de sí mismo gracias a una modificación en el ADN y es la misma naturaleza quien hace un vínculo duradero entre lo orgánico y lo artificial.*

*En el caso fortuito de que por un accidente el cuerpo del **Homo machina** se vea comprometido o muera, el cerebro se puede reinsertar en un nuevo receptor siempre y cuando el cerebro no haya sido dañado y el receptor se produzca con un ADN idéntico al original. En otras palabras, un clon. Cabe mencionar que no hay pérdida de memoria a largo plazo, sin embargo, debido a que la reinserción se realiza en un cuerpo prematuro, el individuo debe esperar, ya sea en estado suspendido o activo, a que su cuerpo se desarrolle naturalmente a una etapa adulta. Por tal motivo, aunque no se pueda asegurar que esta especie de humanos sea en términos cósmicos, eterna o inmortal, su longevidad es muchas veces mayor que cualquier registro humano.*

*En el año 2150, cuando la edad promedio de los **Homo sapiens** llegó a los 120 años, se presentaron situaciones en donde debido al deterioro cognitivo*

*avanzado, los **Homo machina** tomaron el control total de las entidades gubernamentales y del planeta. En un acto inédito en la historia del comportamiento humano y sin la menor intención de acelerar el proceso, reconociendo a los **Homo sapiens** como su especie paterna, los **Homo machina** cuidaron de sus antecesores diligentemente hasta que la especie se extinguió en el año de 2232.*

*Sobreviviendo en un mundo con escasos recursos naturales para sustentar la vida y basando su cultura en el reciclaje y reúso de componentes electrónicos, los **Homo machina** se prepararon por cien años antes de elevarse hacia las estrellas y partir hacia un nuevo mundo.*

Enciclopedia Terrestre

Samuel permaneció inmóvil frente al doctor mientras este, como era costumbre, lo hacía esperar hasta que terminara la totalidad de sus labores. El sol, blanco con tonos naranjas, se deslizaba lentamente por su espalda conforme transcurrían las horas. En un acto impulsivo, provocado por la liberación de químicos en su cerebro y la repentina saturación de impulsos eléctricos por todo su cuerpo, sacó un papel de su mochila y lo azotó bruscamente sobre el escritorio.

John, sin exaltarse, pero haciendo un gesto de inconformidad, tomó la boleta de calificaciones de su hijo adoptivo y comenzó a leerla. Sus ojos recorrieron mecánicamente cada línea, cada palabra y cada letra. De vez en cuando, como si se realizara el llamado de una subrutina, interrumpía su lectura para revisar algo que Samuel no alcanzaba a ver en la pantalla del ordenador.

El joven de dieciséis años esperó, aunque sentía en su interior que el acto mismo de esperar era innecesario. Sabía con exactitud

las palabras que el doctor pronunciaría; las mismas que repetía incansablemente cada vez que comenzaban esta danza interminable.

—No eres como los otros —le dijo—. Son solo calificaciones impersonales que miden el desarrollo cognitivo de una persona con base en una métrica general y no una particular.

—Una manera sutil de decirme que soy un estúpido —contestó el chico.

Samuel apretó los dientes y los puños, incapaz de discernir si lo que quería hacer era tirar mordidas o aventar golpes. Se limitó únicamente a clavar la vista en suelo y a esperar dócilmente a que su padre reaccionara.

—¿Qué sugieres que te diga entonces? —preguntó el doctor—. ¿Qué eres un salvaje, un bárbaro, y que no tienes remedio? —John negó con la cabeza—. No confundas mis palabras de aliento con mentiras.

—¿Entonces qué me pasa? —preguntó Samuel a gritos—. ¿Por qué soy tan distinto a todos? Crees que no me doy cuenta de que algo me ocultas. —Apuntó al ordenador—. Me siento como un experimento. Como un simio de laboratorio. Como una aberración innatural.

El doctor estiró la mano, apagó el monitor del ordenador, cerró la libreta en la que tomaba apuntes y se giró hacia Samuel para darle su total atención. Contempló la cabeza del joven por un momento mientras pensaba.

—¿Qué es lo que nos hace humanos? —le preguntó el doctor a su hijo adoptivo.

Samuel dejó salir un suspiro de resignación.

—No lo sé —contestó de mala gana—. ¿Que somos diferentes a los animales? ¿Que podemos tener pensamiento crítico y tenemos conciencia? ¿El lenguaje?

John se rascó la barbilla e hizo un ademán con la mano.

—¿Un primate que gana conciencia y adquiere capacidad crítica se convierte automáticamente en humano? —espetó el doctor—.

¿Qué hay de nuestros cuerpos?

—Es una combinación de todo —contestó Samuel molesto—. Nuestra genética, nuestra inteligencia, nuestro lenguaje.

—¿Y qué pasa si pierdo una mano, un brazo o una pierna? ¿Qué pasa si sufro un accidente y me operan y me convierto en algo que no se asemeja a nada parecido? ¿En qué momento pierdo mi humanidad?

Samuel se encogió de hombros. No lo había pensado antes.

—Supongo que seguirías siendo lo mismo —dijo el joven—. Si naces humano, mueres humano, sin importar lo que hagas.

John miró a su hijo fijamente, entrelazó sus dedos, apoyó su nariz sobre sus manos mientras pensaba, respiró hondo. Se levantó de su asiento y se dirigió a la ventana, dándole la espalda al joven. Su cerebro, como máquina perfecta, compilaba las ideas y procesaba los distintos escenarios.

—Creo que ya tienes edad suficiente para asimilar la verdad —dijo el doctor—. ¿Has escuchado acerca del término **Homo machina**?

Samuel negó con la cabeza, aunque en el fondo sentía que ya lo había leído antes. Tal vez en algún libro o en alguna enciclopedia cuando estaba en primaria. Miró la silueta de su padre recortada contra la luz que entraba por la ventana.

—Es una especie de ser humano que se diseñó para dejar la tierra y hacer viajes interestelares —comentó John.

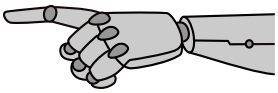
—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Samuel sin entender.

—Los **Homo machina** eran inicialmente una especie de transición —continúo el doctor—, pero conforme pasó el tiempo ese proyecto se abandonó. —Hizo una pausa—. Hasta ahora.

—¿A qué te refieres? —preguntó el joven—. ¿Soy yo un **Homo machina**?

—No —contestó tajante el doctor. Los ruidos electrónicos casi imperceptibles de los bio-transistores se propagaron por la

habitación—. Tú eres el primer **Homo sapiens** de este mundo. Eres el primer renacido de una especie extinta.



Regresar al índice

En un futuro lejano, la humanidad ha llegado a las estrellas y buena parte de su alimentación depende de colonias en sistemas distantes. Algo extraño ocurre durante la inspección de una de ellas.

El descubrimiento secreto

Ulises Luján

Estaba muy tranquilo en casa, acostado junto a Irene sobre el sofá inflable. Veíamos a través del sistema doméstico de holografía un noticiero intergaláctico, donde un par de locutores informaban acerca de los nuevos descubrimientos de planetas habitables en la Vía Láctea; invitaban a la audiencia cada veinte minutos a no procrear más de un hijo por pareja debido a los altos índices de sobrepoblación en la Tierra. De pronto, la transmisión fue interrumpida por un mensaje del Instituto de Agricultura Planestai Terracus. Necesitaban mi presencia en las oficinas centrales dentro de media hora. Aunque, por una parte, esa llamada de improviso era muy molesta, después de mis merecidas vacaciones la expectativa de volver al espacio tenía cierto atractivo. Me levanté de un salto del sofá, dirigiéndome hacia la recámara, a pesar de las objeciones de mi esposa.

—Diles que estás enfermo, Korsi.

—Me veo obligado por el Instituto a acudir.

—El deber no es más que un pretexto para alejarte de mí —espetó ella.

La miré con cariño, después de mi último trabajo se había vuelto más desconfiada y no quería que nos separáramos por mucho tiempo. Planck, el perro, en un acto de solidaridad con Irene, se le acercó a lamerle la mano.

—Cada que te mandan a otro planeta regresas cambiado. En dos meses será mi cumpleaños, espero que no te lo pierdas como

hace un año, cuando te mandaron a aquel infierno de Malvedarek por seis meses.

—Nada de eso, tranquila. Ya verás cómo sólo será un protocolo de operaciones, ya sabes lo estrictos que son —le contesté, sin creerme a mí mismo.

—Yo por eso renuncié al Instituto y todo lo relacionado con sus proyectos espaciales —repuso ella. Sentada en la cama me veía con hostilidad—. Se creen dueños de tu vida una vez que firmas contrato. Trabajas sin horarios de salida o entrada.

—He tenido unas largas vacaciones. Es hora de regresar al trabajo —le contesté.

Irene alzó los hombros, más que enojada parecía ofendida por mi respuesta.

—Nada mejor que ser tu propia jefa —añadió—. El desarrollo de nanotecnología médica hoy día se vende bien. Podrías asociarte conmigo si quisieras, pero le temes a la independencia económica, temes no tener a nadie encima de ti, temes no seguir órdenes. Padeces el complejo de Pulgarcito.

—Ni tanto. El Proyecto Kyonis también paga bien —contesté mientras cambiaba de atuendo, el perro parecía escucharnos con atención, sentado a un costado de la cama—. Pagamos una casa propia gracias a la misión en Malveradek, sin deudas de hipoteca. Sabes que no podría quedarme aquí sentado toda la vida, aunque pudiera, sabes que eso no va conmigo; yo necesito aventuras en el espacio exterior, soy un astronauta, siempre soñé con serlo.

Terminé de empacar mis pocos utensilios, una caja pequeña de herramientas, una muda de ropa extra. Me acerqué al portal desplazador de moléculas instalado en nuestra sala, lo configuré para enlazarme con el portal ubicado en las oficinas centrales del Instituto de Agricultura Planestai Terracus, hasta el otro lado del país. Observé a Irene y a Planck junto a la puerta de la habitación, no puedo negar que sus caras tristes me hicieron pensar dos veces en acudir a la llamada. Les dije:

—Será por breve tiempo, lo prometo. Si se trata de una misión a otro planeta les diré que no y regresaré para la cena. —El portal de transportación molecular ya estaba listo para desintegrarme.

Irene me tomó de la mano antes de partir. Nos besamos como casi nunca lo habíamos hecho, aquel beso me dio la sensación de estarnos despidiendo y lo detuve. Nos quedamos abrazados en el umbral del portal. De niño mi abuelo siempre me decía: “Cuando salgas de tu casa, obsérvala y despídete de ella como si fuera la última vez que estás ahí”. Así lo hice. Me acerqué y acaricié a Planck, pidiéndole que cuidara de Irene mientras yo no estaba en casa. El perro me observó con esa mirada triste que sólo los de su especie saben expresar.

Al replicarme molecularmente en uno de los portales de la oficina central del Instituto de Agricultura Planestai Terracus, tuve que abrirme paso entre la multitud apurada. Personas de todas las nacionalidades entraban y salían de los portales, ocupados en sus asuntos. Infinidad de voces se unían a la batahola que asaltaba mis sentidos. El domo de cristal templado dejaba entrar los rayos del sol vespertino, oculto entre nubes sintéticas, porque para aquellas fechas, el ciclo hídrico en la Tierra había sido totalmente arruinado por la necesidad de espacio para la siempre creciente humanidad.

Ingresé al departamento de Inspección Planetaria por medio de mi tarjeta de empleado. Vi sentados en el pasillo blanco, sobre sillas de polietileno transparente, a un grupo de inspectores y astronautas que yo conocía de haber leído diversas publicaciones sobre divulgación espacial; esas mujeres y hombres, súper mentes humanas, me observaron con curiosidad. Sentí como si en cualquier momento me fueran a advertir de algún suceso importante, parecían sorprendidos de verme ahí, tan sólo un inspector planetario. Antes de sentarme a su lado para esperar mi turno, una voz mecánica me llamó. Se trataba de un robot del Servicio Integral Inteligente, parado del otro lado de una ventanilla.

—Lo están esperando, señor Korsi. Pase, por favor.

La sala del consejo era amplia, totalmente vacía, con una mesa de mármol negro en medio de un islote redondo. El resto: una profunda piscina que filtraba agua a grandes cantidades mediante una caída hacia los cinco lados de la sala; paredes iluminadas desde la parte inferior se elevaban a varios metros de altura, el techo permanecía oscuro, mostrando un mapa general de la Vía Láctea y 102 puntos marcados en rojo como referencias, el arreglo de Espejos Tolomeo. En la mesa estaban reunidos varios superiores desconocidos hasta ahora por mí. Ahí también estaba mi supervisor de área, Huan Xi, quien me recibió cortés, cediéndome un asiento en la mesa.

—Vamos a ser breves, Korsi. Tenemos una misión para ti.

Al distinguir el tono solemne de mi supervisor, me desanimé por completo. “Le hubiera hecho caso a mi esposa de quedarme en casa”, fue lo primero que me cruzó por la cabeza, todo tenía la pinta de volverse un verdadero fastidio. El oficial de rango mayor sentado a la mesa me dijo con voz menos golpeada y hasta paternal.

—Según los informes, eres uno de los cinco mejores inspectores que han estado en el planeta Malvedarek; no cualquiera soporta aquellas condiciones por seis meses. Esto que te vamos a encargar es distinto, una misión fácil a comparación de otras que has tenido. Fácil y muy bien pagada, situada en el planeta Al-Khdir, el verde sideral. Has estado ahí otras veces, ¿no es cierto?

Las nueve cabezas del consejo me voltearon a ver. Contesté abochornado:

—Sí. En el pasado hice revisiones de producción en el planeta Al-Khdir, con base a los reportes que los granjeros me proporcionaron. Las condiciones no son del todo favorables para explorar ese planeta en su totalidad, es enorme, cinco veces el tamaño de la Tierra, —sentí que estaba divagando—. Para recoger los informes de las 833 granjas restantes, utilizo un robot Fring GR-900 modelo jet. Recaba todo tipo de información de campo, es una genialidad bastante útil.

—Bien, pues entonces sabrás cómo lidiar con una granja desconectada de su computadora central —dijo petulante un oficial de rango medio. Sentí envidia en su mirada y hasta cierto resentimiento contra mí, quizá tuviera algún astronauta favorito entre los no seleccionados de allá afuera.

—¿Una granja desconectada? —pregunté confuso.

—Lleva tres años sin enviarnos ningún tipo de información sobre su producción agrícola —dijo el supervisor Huan Xi—. No eres nadie para saberlo, pero no habíamos reparado en ese detalle hasta hace apenas unos días. Sospechamos que la ingeniera agrónoma biotecnóloga a cargo de la Granja 65 ha sido atacada por agentes externos, pero no estamos del todo seguros.

—Eso jamás había pasado. El planeta Al-Khdir es pacífico —contesté—, y ninguna computadora central instalada en esas colonias planetarias puede desconectarse así nada más. Alguien debió haberla saboteado. ¿Saben algo de los robots que ayudaban a la ingeniera?

—Nada sabemos con certeza. Su último reporte se llevó a cabo con normalidad, los robots seguían funcionando —apuntó otra oficial de rango alto—. Nada quedará claro hasta no reparar la computadora central.

—Por eso mismo te necesitamos, muchacho —dijo Huan Xi—. Tú, como inspector, lo acabas de entender. Conoces bien el planeta Al-Khdir y estás al tanto de la labor alimentaria del Proyecto Kyonis, así como de su visión científica de vanguardia. Además, siendo el miembro más joven del proyecto necesitas méritos si quieres ascender y tener más misiones en un futuro.

La voz del oficial petulante se elevó por encima de cualquier otra, dijo:

—Restablece la conexión de la Granja 65 con el Instituto a toda prisa, recopila los datos que sean necesarios directamente en el sitio y entrégalos como un reporte al final de tu misión. ¿Alguna duda?

—Sí. ¿Qué pasa si la ingeniera está muerta?

—Trae de vuelta su cadáver a la Tierra. Si está viva pero rehúsa regresar, haz todo lo que esté en tu poder para traerla de vuelta, necesitamos hacerle preguntas. El nombre de la ingeniera agrónoma biotecnóloga es Sherly Burlaug, cuyo apellido tiene mucho prestigio en dicha rama del conocimiento.

—¿Tengo tiempo para decidir si acepto la misión?

Todos en la mesa se sorprendieron de esa pregunta.

—Me temo que no, joven Korsi —dijo el oficial de mayor rango carraspeando y acomodándose de nuevo en su silla—, debes decidir ahora mismo; si gustas puedes contactar a algún familiar para darle parte, de lo contrario, nos veremos en la penosa necesidad de despedirte del Proyecto Kyonis. Esta misión es confidencial y ninguna información más te será revelada.

Pensé en Irene, en su criterio lleno de razón al mandar al diablo a estos tipejos. Estuve a punto de aceptar mi despido del proyecto, cuando la oficial de alto rango me reveló la cantidad de dinero que depositarían a mi cuenta desde el momento que despegara mi nave. Dicha cantidad sería la de una cuarta parte del pago final por llevar a cabo la misión. Me quedé pensando unos de segundos: tanta premura y dinero invertido en una misión tan fácil debía contener un detalle fatal, algo que los astronautas de allá afuera no tuvieron tiempo de decirme.

Creo que la sed de aventura, luego de un mes de vacaciones, fue lo que realmente me motivó en aquel momento a aceptar la misión. Después de todo, iría a un planeta tranquilo, con un clima noble; sólo tendría que descubrir qué le había ocurrido a la agrónoma Burlaug, nada podría salir mal, ¿cierto? Y eso era lo que continuaba repitiéndome una y otra vez. Huan Xi me dio una pistola Tasser, la cual emitía descargas eléctricas que se podían nivelar con una perilla. Su potencia iba desde la simple descarga paralizante hasta una descarga mortal.

—Ojalá no sea necesaria, pero por si las dudas —añadió Huan Xi, palmeando mi espalda.

Dos horas después, estaba en la cámara central de operaciones con un traje espacial modelo ligero, lo habían terminado de diseñar los confeccionistas aeronáuticos del Proyecto Kyonis hacía unos cuantos días. Los doctores me efectuaron análisis. Firmé una carta responsiva de viaje. Hice ejercicio. Me metí a duchar en vapor. Comí ligero, dieta basada en unos cuantos vegetales crudos. La nave estaba lista desde hacía horas para partir. La prisa de todos los técnicos congeniaba con mis deseos de terminar la misión y regresar a casa lo antes posible.

Al abordar la nave le envié un mensaje a Irene, le escribí: “No me esperes a cenar”. Frase clave para avisar que me habían mandado a otro planeta. Me desconecté de la red para no ver cómo descargaba su justa furia contra mí. Dudé que la misión fuera a durar tanto tiempo como para no volver antes de su fecha de cumpleaños. Aunque me doliera no verla una última vez resultaba más fácil así, porque si escuchaba a Irene hablar me hubiera arrepentido y me hubiese bajado de esa nave llevado por las pasiones, sin ningún uso de razón.

Una vez dejado atrás el campo gravitacional del planeta Tierra —rebasando su exósfera sin problema alguno—, me trasladé hacia el llamado Espejo Tolomeo 1, una mega estructura oval, contenedora del propulsor de curvatura más grande del mundo, el cual me enlazó con la Constelación Canis Maior para surcar las inmensas distancias del espacio exterior de forma instantánea, sin necesidad de desplazarme o moverme, sino más bien, manipulando el mismo espacio-tiempo por medio de técnicas gravitatorias, contrayéndolo frente a la nave y expandiéndolo por detrás de ésta; este método de viaje era conocido vulgarmente como teletransportación, pero en realidad se trataba del desarrollo final del Modelo Alcubierre, una propuesta matemática realizada a finales del siglo XX por un físico teórico mexicano del mismo apellido. El Espejo Tolomeo 1 estaba enlazado con otros 101 Tolomeos al servicio de la humanidad, situados en diversos puntos de la Vía Láctea.

El Espejo Tolomeo desplegó su burbuja gravitatoria, envolviendo mi nave en medio de ambos aros. Enseguida me enlacé con las coordenadas del campo gravitatorio del planeta Al-Khdir, el verde, nombrado así al ser descubierto por los astrónomos del siglo XXII en homenaje al sabio musulmán, y por los amplios bosques que cubren su corteza planetaria, dándole una tonalidad verde azulina. El Espejo Tolomeo 93 era el que le correspondía al sistema planetario de Al-Khdir, un sistema de estrellas binarias integrado por una gigante azul de tipo A1, más de diez veces mayor al tamaño de nuestro Sol, llamada Sirio A; y una enana blanca de tipo D1 llamada Sirio B, ambas conocidas como Alfa y Beta Canis Maioris. Cuando la segunda burbuja del Tolomeo 1 se expandió, envolviendo mi nave por completo, el Espejo Tolomeo 93 comenzó a contraer una burbuja nueva, transportándonos a una distancia de 8 años luz en menos de cinco minutos.

Al-Khdir era un importante objeto de estudio para la raza humana. Sorprendía su alto grado de proliferación de especies, tanto animales como vegetales. Era un planeta muy activo, rebosante de vida. La atmósfera de Al-Khdir era respirable y de hecho muy beneficiosa para la flora y fauna terrestres importadas al planeta con el fin de su explotación comercial alimentaria; pero por las características de la estrella binaria que el planeta orbita, la ionización atmosférica es mucho mayor al límite soportado por el ser humano promedio y todos los residentes humanos del planeta debían llevar en todo momento un traje presurizado mientras se encontraran “al aire libre” sobre la superficie planetaria. Esta era la razón de mi nuevo traje espacial que haría mucho más fáciles y ágiles mis movimientos durante la misión. Los colonos de Al-Khdir parecían no tener ningún problema con vivir sus vidas enteras dentro de trajes “de agricultor” y en instalaciones presurizadas que mantenían el aire súperionizado fuera del área habitable de las granjas. Todos ellos trabajaban a cambio de su residencia permanente ahí, sin ningún tipo de paga económica por sus esfuerzos. En ese planeta tenían todo para vivir, incluso mudaban a

sus familias consigo, aspecto que les convenía mucho a las empresas de alimentos, al Instituto y al Proyecto Kyonis, porque de esa manera el negocio alimenticio prosperaba para todas las partes involucradas. Por eso, cuando una granja en otro planeta dejaba de funcionar causaba gran alboroto, su producción y venta se veían comprometidas. ¿Cómo iba a quedar mal el Instituto de Agricultura Planestai Terracus frente al Mercado Internacional? La producción de las granjas en Al-Khdir resultaba ser la base alimenticia de todos los habitantes de la Tierra y otras colonias galácticas donde las condiciones climáticas para llevar a cabo la agricultura resultaban difíciles.

Una vez en suelo firme, el sistema de radar de mi nave captó la señal de la Granja 65 a una distancia suficiente para no correr ningún tipo de riesgo y transportarme en cuestión de horas hasta allá, mediante un vehículo modular todoterreno.

Llegué a la Granja 65 cuando Sirio A y B estaban en lo alto, tan luminosas que emitían una luz blanca poderosa. Descendí del vehículo modular. Las actividades agrícolas parecían detenidas, no vi ningún signo de vida humana. Las lombricompostas y los cultivos estaban estropeados, la plataforma parecía abandonada, oxidada, al igual que sus instalaciones. Rastreé indicios de alguna señal digital con mi dispositivo portátil, pero recordé: la computadora central de la Granja 65 estaba averiada y por eso había ido yo ahí para arreglarla.

Ingresé a las instalaciones, también en pésimo estado. El sello atmosférico ya no funcionaba y no había forma de presurizar la vivienda. Sobre todos los muros alguien había pintado cifras, signos y ecuaciones, tachadas y borroneadas. Debo admitir que me sorprendió ver todos esos cálculos, sin comprenderlos del todo. Se trataba de unas matemáticas oscuras, cuyos objetivos y resultados parecían imprecisos. Me acerqué a donde estaba instalada la computadora central, su fuente de poder había sido arrancada del equipo con algún tipo de tecnología especial, pues presentaba cortes muy exactos. Todo este asunto comenzaba a parecerme un

verdadero misterio. No me imaginaba a la ingeniera Sherly Burlaug, haciendo ese tipo de fechorías, ¿con qué finalidad? Según su registro en la base de datos, la ingeniera llevaba trabajando 36 años en Al-Khdir, aparentemente sola. Tres de esos años sin recibir noticias suyas. Lo primero que pensé fue que su cadáver debía estar en alguna parte, pero esa búsqueda la dejé para después, primero debía arreglar la computadora central.

Mientras intentaba hallar información de los alrededores de la Granja 65 usando al robot Fring GR-900, hubo un momento en que perdí conexión con él y escuché que cayó de la plataforma hacia uno de los policarbonatos del invernadero con estrepitosos golpes. Me erguí de inmediato y caminé al elevador. Observé con atención desde arriba, hacia la granja, más no vi nada inusual. El robot estaba en el fondo del invernadero. “¿Qué había pasado?”, me pregunté agitado. La quietud ominosa del lugar y su desolación comenzaban a ponerme nervioso. Regresé al cuarto de la computadora central y me percaté de que me faltaban herramientas. Extrañado, supuse que por descuido había movido dichas herramientas al elevador y no las regresé conmigo; mas no volvieron a aparecer, así que debí usar unas de repuesto, las que tenía en mi caja portátil, para revisar ahora al robot. Noté que mi herramienta personal también había desaparecido en otro momento de distracción. Supe entonces que no estaba solo en aquel lugar, alguien me estaba vigilando muy de cerca. Trémulo, con temor de alterar a quien fuera que estuviese conmigo en aquella habitación, me desplacé hasta mi vehículo móvil, simulando ir por más herramientas. Fue entonces cuando vi correr a una persona vestida de blanco allá abajo, entre los restos de los cultivos.

Bajé a toda prisa de la plataforma y me monté al vehículo para perseguirle, pero los sistemas de control estaban estropeados de manera semejante a la computadora central. ¡Cómo era eso posible! Me llevé las manos a la cabeza y así me quedé sin saber qué hacer por unos instantes. Lleno de confusión y con un creciente temor revisé mi pistola Tasser, estaba cargada. La ajusté para disparos

letales. Respiré profundo, descendí del vehículo y corrí detrás de aquella persona a la velocidad que me lo permitía el traje espacial, tras la única pista que tenía.

Pasé una hora trotando, quizá más. Exhausto, me hallé en una profunda selva, maleza por doquier difícil de cruzar. El calor aumentaba. Seguí el rastro dejado por las huellas humanas; la persona iba descalza, eso me sorprendió. ¿Cómo un ser humano era capaz de cruzar así de rápido aquella intrincada maleza? ¿En realidad se trataba de una persona eso que vi? Mi sistema de ubicación me señaló una cascada más adelante. Descendí por un valle rocoso formado por piedras negras de basalto, ahí la vegetación parecía menos densa. Al avanzar intenté no perder de vista el rastro. Poco a poco fui escuchando el estruendo del agua que caía sobre las piedras. Divisé un río corriendo paralelo a mí. Justo enfrente, en lo alto de una cascada, estaba parada la figura de blanco. Subí por la ladera vertical. Apoyándome en las piedras salidas, recordé mis prácticas de rapel en un ascenso que por poco me mata de pavor. Cuando llegué hasta la cima de la cascada, vi que se trataba de una mujer de cabello cano y largo, de pie con los brazos extendidos hacia el cielo. Frente a ella, las estrellas binarias iban ocultándose detrás del horizonte.

—He aquí el momento más importante para la vida en este planeta: la noche, cuando la real actividad comienza. Es bueno que nos acompañes, amigo terrícola —dijo ella, sin volverse—. Puedes quitarte el traje espacial, respira el aire y conéctate con la mística naturaleza del planeta Al-Khdir.

A través de mi dispositivo digital anudado a la muñeca escaneé a aquella mujer, supe de inmediato que se trataba de la ingeniera agrónoma Sherly Burlaug.

—Vienes por mí, ¿no cierto? —preguntó con una sonrisa—. El Proyecto Kyonis te envió. ¿Verdad?

—Está estrictamente prohibido quitarse el traje de agricultor —le contesté con autoridad. La ingeniera hizo caso omiso.

Las dos estrellas se volvían cada vez más rojizas, ahora distinguibles, porque durante su cenit eran blancas, irradiaban una luz que enceguecía (literalmente) viéndola de frente. Ambas estrellas se veían majestuosas en su ocaso, la más grande y brillante detrás de la otra pequeña.

—Sí, vine por usted, esas son mis órdenes. Ya sabe cómo es esto, agrónoma Sherly. Ahora comience diciéndome: ¿qué le ha pasado a la computadora central y al resto de la tecnología de su granja? ¿Qué le pasó a mi vehículo modular?

—Ellos no quieren tecnología alienígena aquí. Ellos destruyen cualquier tipo de tecnología que pueda alterar su forma de vida. Con las otras granjas no se meten, pues les he contado sobre nuestros propósitos de cultivar alimento en su planeta y parecen tan conscientes de ello que nos protegen. Sin embargo, éste es su mundo. No desean que lo sobrepoblemos también.

Me espanté al oír esas palabras. ¿Esta mujer, descalza y sin un traje protector, me estaba diciendo que había hecho contacto con una especie indígena de este planeta?

—¿Tiene alguna prueba de lo que está diciendo? —la cuestioné y puse a grabar la cámara digital del dispositivo—. ¿A quiénes se refiere?

—A los habitantes de este planeta, por supuesto. Los humanos aquí somos intrusos, inspector…

—Korsi —me presenté—. ¿Tiene alguna prueba irrefutable de la existencia de estos habitantes?

—No a menos que se quite usted el casco y respire el aire de este planeta. Entonces podrá saber de lo que hablo.

Me impacienté, su inteligencia parecía desviarse hacia discursos poéticos, incluso religiosos, pero no científicos. La volví a escanear con el dispositivo digital, pero fue inútil, tuve que observarla de forma directa. Parecía estar en sus cabales, ningún rasgo anómalo con respecto a su condición física. Lucía muy saludable y juvenil para su edad, la cual lindaba los setenta años. De hecho demasiado

saludable para ser una mujer que estuvo viviendo durante tres años a la intemperie sin ninguna clase de traje protector.

Cuando las estrellas binarias se ocultaron tras el horizonte por completo, ella encendió una antorcha y caminó sin decir nada, internándose entre la maleza oscura. Yo me quedé pasmado ante la disyuntiva de regresar a un vehículo modular inservible pero conocido y familiar a través de la densa selva nocturna, o seguir a una mujer aparentemente fuera de sus cabales pero que parecía saber a dónde iba. La seguí a cierta distancia, atravesando caminos bien definidos por su paso constante entre la yerba. Sus pies descalzos parecían estar ya acostumbrados a las irregularidades del suelo, a pisar rocas y lodo.

—Este planeta es más que una fuente de alimentos —comenzó a decir sin detenerse.

—En unos miles de años esas dos estrellas —mencioné con tono sardónico— colapsarán y generarán un agujero negro que destruirá este hermoso jardín. ¿Qué hará la humanidad cuando su cochinito de recursos expire?

—Ya no existiremos para entonces, ojalá —respondió la ingeniera.

—Supongo que eso la tranquiliza, ingeniera, pero a mí no. A mí me aterra pensar en el futuro de este hermoso lugar. La humanidad debería vivir el tiempo suficiente para descubrir todos los secretos del universo.

—Dudo que conocer el propósito del universo sea la verdadera misión de la humanidad —contestó ella.

—¿Cuál sería nuestra labor si no es entonces resolver enigmas?

—Ayudar a otros.

Me volteó a mirar con dureza, yo no lamenté mi risa al escucharle hablar así de manera tan utópica; ella era una científica renegada del Proyecto Kyonis, sin cuya radicalidad el Instituto pudo haberse ahorrado un costoso viaje de inspección y, de paso, el sacarme del confort de mi hogar. No podía ser tolerante con ella.

—Será mejor que lo olvide, inspector Korsi, no voy a volver con usted al planeta Tierra. Ellos necesitan de mi ayuda —espetó, acelerando su paso.

—¿Está realizando experimentos sin permiso del Proyecto Kyonis? Hay sospechas de que usted murió —le solté para disuadirla de seguir huyendo.

—Y heme aquí. Sigo haciendo ciencia, inspector —respondió—. Lo que el Proyecto Kyonis busca es utilizar a la comunidad científica para el beneficio de la humanidad, lo cual es muy loable; sin embargo, lo que yo estoy intentando hacer aquí es utilizar la ciencia para el beneficio de otra especie, una desconocida hasta ahora.

Quedé impactado ante esas palabras. Tardé en preguntárselo, no podía evitarlo debido a mi alto grado de escepticismo.

—¿Son seres inteligentes?

—Sí, más que la humanidad. Están aprendiendo a desarrollar su ciencia, en eso les ayudo. Les explico teorías matemáticas a través de cálculos cada vez más complejos, calcular es una forma de comunicación para ellos. A su vez, me ayudan a comprender su mundo, el cual es fascinante.

—¿Cómo son? ¿Dónde están?

—Están justo aquí en todo momento, inspector.

Me reí, lo creí un chiste. No había nadie a nuestro alrededor. Por fin logré darle alcance, caminábamos uno junto al otro en la oscuridad rasgando sombras, ella con su antorcha y yo con las lamparillas de mi casco, sin saber a dónde me llevaba en realidad.

—¿Por qué no puedo verlos, ingeniera? —insistí incrédulo, sospechando de su cordura.

—Debe usted respirar el aire de Al-Khdir para darse cuenta de su presencia —repitió ella.

Me reí de nuevo, pero la cara que puso me disuadió de seguir burlándome.

—Es broma, ¿cierto? —le pregunté inquieto.

—No hubiera dedicado la mitad de mi vida a una broma, inspector. Esto es un descubrimiento serio, de los más serios y

extraños a los que se haya enfrentado la humanidad. Un descubrimiento que debe quedar en secreto, por experiencia de sucesos acontecidos en otros campos de la investigación. Al saberse algo como esto, no tardarán en venir con misiones militares y no sólo a inspeccionar.

Me limité a callar. En eso tenía razón, los altos mandos tenían sospechas de que la agrónoma Sherly Burlaug estaba con vida. ¿Sospechaban que había descubierto algo y por eso, más que nada, la buscaban? Todos esos oficiales, mi paga, la naturaleza de mi misión, eran la prueba irrefutable de ello; pero dentro de las palabras de la agrónoma comprendí una amenaza implícita. Me atrasé a su ritmo de caminata con el propósito de ajustar la pistola Tasser, modulé el volumen de descarga para dejar inconsciente a la ingeniera; la tenía justo enfrente de mí, ella seguía caminando entre la maleza sin darse cuenta de mis verdaderas intenciones. Le apunté con el arma antes de que se perdiera en la oscuridad, cuando algo sorprendente ocurrió: fue como si la pistola se disolviera en el aire, como si hubiera sido forjada con polvo y una ráfaga de viento la esfumase de mis manos.

—¿Qué demonios está pasando? —Mi asombro no tenía límites.

—Son ellos —dijo la ingeniera Sherly riéndose, detuvo el paso para encararme—. También yo me sorprendí la primera vez que establecí contacto, comenzaron por esfumar mis herramientas en la granja.

Me costó comprender lo que estaba sucediendo en aquel lugar. Miré a mi alrededor con espanto. Sentía la presencia de alguien sin duda alguna, dicha sensación resultaba nueva e incómoda para mí.

—Si tan sólo se quitara ese traje espacial, inspector… —repitió la ingeniera Sherly.

—Cumplo el protocolo, no puedo quitármelo bajo ninguna circunstancia.

—¿No se cansa de seguir órdenes de alguien más? Me imagino que su vida debe ser muy aburrida al hacer todo lo que otros le piden. Posee un carácter muy disímil de un espíritu científico de

verdad —al decir eso me recordó a mi esposa Irene, sería algo que ella diría.

—¿Por qué no les da la oportunidad de aparecer frente a usted, inspector? ¿Teme acaso algún tipo de verdad que le cambie su idea acerca de la vida lejos de la Tierra?

El acento, las palabras, todo me sonaba a una prueba.

—Preferiría que me ayudara a regresar a la Granja 65 —le contesté y sentí que ya no tenía sentido continuar mi misión—. Si me ayudara a regresar a la Tierra, nunca volvería a venir. Créame, ingeniera.

—Eso es posible. De hecho, para ellos, es la mejor idea que ha tenido usted hasta ahora —dijo—. Váyase de aquí y dígales a esos grandes mandos de la Tierra que usted no me encontró. Tome fotografías y videos de la granja si quiere, pero elimine el video que está grabando en este momento.

Por primera vez despertó cierta empatía en mí al darme esa orden, fue como alegrarme por dentro. Estaba frente a una verdadera descubridora, un espíritu libre que había encontrado la razón de su carrera profesional aquí. De ahora en adelante estaría de su lado, encubriría sus experimentos, no informaría al Instituto de ese contacto con la ingeniera agrónoma biotecnóloga Sherly Burlaug; todo a cambio de regresar a casa.

La observé detener su marcha, inspeccionó los alrededores como si pudiera ver en esa tremenda oscuridad, como si buscara una dirección hacia dónde llevarnos. Reanudamos la caminata entre la noche. Detrás de la maleza se escuchaban ruidos extraños provenientes de criaturas que merodeaban por doquier, seres cuyas presencias parecían etéreas, pero sabía que estaban ahí. La seguí de cerca, no tenía otra opción. Me di cuenta de que estaba siendo guiado de manera que evadíamos el centro de un cráter. La selva intrincada y la noche se volvían cada hora más oscuras, la antorcha de la ingeniera y las lamparillas de mi casco apenas alumbraban nuestro camino. Para entonces iba asustadísimo, jamás había hecho eso de lanzarme a la exuberante maleza, menos de noche en

Al-Khdir, aferrándome a lianas para no caer, saltando troncos caídos para cruzar algún riachuelo. Cuando volteaba hacia arriba sobre mi casco, veía las estrellas lejanas, infinitud de ellas. La Tierra allá estaba en algún lugar irreconocible. Irene y Planck aparecieron en mi memoria. Deseé volver a su lado cuando más perdido estaba, yendo detrás de una loca en medio de las oscuridades más profundas del planeta Al-Khdir.

—¡Por qué no se quita el casco, inspector! —gritó la ingeniera. Caí en cuenta de que ya no estaba frente a mí, sino encima, volaba por los aires—. Respire el aire de este planeta y sabrá todo lo que es capaz de hacer aquí la humanidad.

Me carcajeé al verla allá arriba, con los brazos extendidos hacia el vacío, sin ningún miedo a caer, planeando a su antojo como si de un ave se tratara. Me maravillé tanto que creí estar soñando. Mi raciocinio me limitó a observar todo eso de forma muy objetiva y supuse en primera instancia que aquel fenómeno físico se debía a algún tipo de interacción biológica entre los seres humanos y la atmósfera de Al-Khdir, la conexión con su entorno. Mi misión no consistía en averiguarlo. “¿Qué hacer con la agrónoma?”, me pregunté mientras trotaba debajo de ella y una voz dentro de mí me respondió: “Déjala trabajar”. Eso me bastó para entrar en razón. Supuse que estaba frente a un hecho invisible y desconocido que de alguna manera interactuaba entre el aire de este planeta y la consciencia humana, tuviera o no contacto directo, como sucedía al respirarlo. ¡Ahí estaban, alrededor mío y yo sin verlos, sin saber cuál sería su aspecto! Me horroricé de pensarlo. La misión fracasaría, pero sabía yo que la ingeniera Sherly Burlaug debía quedarse a seguir con lo que fuera que estuviera haciendo ahí. Al final aquel era su descubrimiento, yo no tenía derecho a intervenir por los intereses de unos cuantos.

—Reportaré a mis superiores —comencé a decirle— que fue imposible hallarla y realizar la conexión de la computadora central de la Granja 65. Lo cual, en parte, es cierto. Imagino la cara que pondrán.

La ingeniera descendió de los aires. Emocionada como una chiquilla, dijo:

—Muchos astronautas como usted han venido en estos días, con las mismas órdenes de apresarme, llevarme ante el juzgado del Instituto para comparecer sobre mi ausencia del Proyecto Kyonis. Todos han cambiado de opinión con respecto a mi trabajo en cuanto entablan contacto con ellos. Pero lo felicito a usted, inspector Korsi. Fue el único que no respiró este aire y aún así intuye lo que sucede aquí.

En ese momento recordé a los astronautas sentados en el pasillo de las oficinas del Proyecto Kyonis el momento de mi llegada. Supe que la agrónoma Sherly estaba refiriéndose a ellos. Así que eran otros enviados a capturarla. Me reí para mis adentros, sin duda esa mujer era admirable, ninguno había abierto el pico en la Tierra.

La ingeniera no detenía su paso, parecía nunca cansarse, ella con su antorcha inextinguible en las manos, bañada con algún combustible biológico y yo con las luces de mi traje espacial. El valle comenzaba a parecerme conocido; atrás habíamos dejado la cascada, las piedras de basalto, estábamos tomando una ruta más accesible, esto lo sabía por mi dispositivo digital, el cual hacía todo el trabajo al marcar la ruta yendo hacia la plataforma de la Granja 65. Faltaban pocos kilómetros.

—La dejaré en paz con una condición, ingeniera —le dije. Ella detuvo el paso, yo le di alcance—. Debe publicar algún día un artículo sobre toda su investigación en este planeta. Hágalo, de lo contrario, todo este sacrificio será en vano.

La ingeniera Sherly pareció ofenderse con esa petición, contestó:

—Los verdaderos hallazgos no se comparten. Eso lo he aprendido de la peor forma allá en la Tierra.

Seguimos caminando entre la maleza tupida. Casi al amanecer, la temperatura descendió y el cielo comenzó a tornarse verde, los ruidos de los animales salvajes comenzaron a cesar, como si exhaustos se fueran a dormir. Llegamos a la Granja 65. Mi vehículo modular seguía ahí.

—¿Ahora cómo le haré para regresar a mi nave? —pregunté de forma retórica, esa cuestión no estaba dirigida a ella, sino a mí mismo.

La ingeniera Sherly se acercó. Entonces vi cómo sobre la tierra escribió, ayudada con una vara, un cálculo aritmético. Al notar mi extrañeza, la ingeniera me dijo:

—He hallado la forma de comunicarme con ellos. En estos momentos les he dicho que reparen el vehículo y su robot para que puedan irse y dejarnos tranquilos.

Me maravillé de aquella interacción con una especie inteligente por medio de las matemáticas, una especie que no podíamos ver. Pero me fui de espaldas cuando vi el resultado físico de aquella operación: la fuente de poder del vehículo modular comenzó a reconstruirse frente a mis ojos y volverse a ensamblar en su cavidad respectiva, como si hubiese sido materializada de la nada. El robot Fring GR-900 regresó flotando a baja altura. Eso bastó para que yo lanzara varios gritos de asombro. La ingeniera Sherly Burlaug comenzó a decir.

—Su composición química es todo un misterio, he llegado a pensar una hipótesis arriesgada: nuestros anfitriones dominan todos los estados de la materia, son capaces de materializar y fulminar sus propias creaciones, porque poseen el tamaño de un átomo. Esta debe ser algún tipo de evolución de la vida inteligente de Al-Khdir. Quizá sus antepasados fueran como nosotros. Nada sé todavía con seguridad, por eso sigo investigando, conociéndolos cada vez más a fondo.

—Yo tendría cuidado si fuera usted —le dije, preparándome para abordar a mi vehículo—. Si logran hacer eso con la materia, no me imagino qué le harían a un cuerpo humano.

—Como los demás seres vivos en este planeta, no son agresivos. Les interesa más el cálculo matemático —respondió.

Al encender el motor del vehículo modular, una extraña sensación de irrealidad me embargó, funcionaba a la perfección. ¿Dónde quedaría la ciencia teórica de ahora en adelante para mí al

saber que existe un mundo donde esas realidades físicas, que tanto estudié y repasé en mi profesión, son transgredidas así de fácil por unos seres invisibles? Cuando llegara a casa, ¿cómo le iba a contar todo esto a Irene sin que se riera y me tomara por un loco? Quizá este descubrimiento fuera necesario realmente mantenerlo en secreto, incluso con nuestras personas más cercanas.

Me despedí cordialmente de la ingeniera agrónoma Sherly. Elevé mi nave a toda velocidad, antes de que los anfitriones cambiaran de opinión. Al despegar y dirigirme a hacia el Espejo Tolomeo 93, enlacé el campo gravitacional de la Tierra con el del planeta Al-Khdir y comenzó a crear la burbuja de propulsión curvada, apagué mi cámara de video y borré toda evidencia de mi viaje. Al hacerlo un peso enorme pareció quitárseme de encima.

Aterricé sano y salvo en la Tierra, había pasado casi un día de mi partida. El consejo del Proyecto Kyonis me mandó llamar, mientras los doctores analizaban mis condiciones de salud. Dos horas después, sintiéndome desvelado, cansado, aturdido por aquel viaje, caminé hasta la sala del consejo. No había ya ningún astronauta en el pasillo de espera. El robot de Servicio Integral me dejó entrar sin decir nada. Caminé hasta la mesa de mármol negro. Ahí sólo estaban Huan Xi y el oficial de mayor rango. Me observaron con sorpresa.

—Me temo que fallaste en tu misión, Korsi —dijo mi supervisor de área—. Regresaste antes de tiempo, sin ninguna prueba de que hayas llevado a cabo tu inspección. ¿No se te ocurrió encender tu cámara de video? ¿Qué pasó allá? Contesta con la verdad.

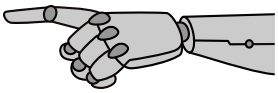
—No encontré a nadie con vida. La Granja 65 está totalmente dañada y abandonada, no creo que vuelva a operar. Rastros de la ingeniera, ninguno. Supongo que murió lejos de su puesto de trabajo, no lo pude confirmar. El robot Fring GR-900 presentó problemas técnicos y lo tuve que reparar ahí, en nada me ayudó esta vez.

El oficial de rango mayor me observó severo. Extendió un formato holográfico que debía llenar con mis datos completos, me

estaban dando de baja del Proyecto Kyonis por tiempo indefinido. Antes de afligirme por eso, me alegré, respiré hondo y muy tranquilo firmé la suspensión de mis actividades sin siquiera leerla, me despedí según el saludo oficial del Instituto, di media vuelta y caminé sin añadir más. A mis espaldas escuché cómo el oficial de alto rango dijo:

—Estoy muy decepcionado de usted, Korsi. Pensé que estaba de nuestra parte.

Salí en silencio y nunca más volví a atender una llamada urgente del Instituto de Agricultura Planestai Terracus. Jamás hablé, hasta hoy, sobre aquel extraño descubrimiento en Al-Khdir.



Regresar al índice

En la vida moderna hemos aprendido a depender de los teléfonos celulares, las tabletas y otros microprocesadores portátiles, pero nunca nos hemos detenido a pensar en las consecuencias de estas dependencias.

In memoriam

B.D. Aguayo

Dos semanas.

Dos semanas eludiendo grupos de merodeadores y saqueadores solitarios. Dos semanas en las que Danny, el último miembro de su equipo de investigación científica, perdió la vida.

Y por fin tenía el ansiado generador frente a sus ojos. Ahora sólo quedaba ver si los daños causados por la falta de mantenimiento y el tiempo que estuvo sin uso eran reparables o si todos sus estúpidos sacrificios y sufrimiento habían sido en vano. Pero no habían tenido otra opción. Este lugar maldito no les dio otra opción. Sin la energía suficiente para poder activar el Transtemp, el dispositivo para el salto en el tiempo, Eli y su equipo estaban atrapados en esta era de monstruosidades descerebradas.

Desde el inicio del proyecto estuvieron perdidos y condenados sin saberlo. Qué ironía que la humanidad por fin llegara al punto tecnológico preciso para permitir los viajes en el tiempo, sólo para que la mayor aventura científica de todas las épocas terminara aquí: en un mundo dominado por seres irracionales preocupados únicamente por obtener lo que juzgaban necesario para sobrevivir el día a día, todos ellos merodeando entre las ruinas de la civilización que alguna vez logró los viajes en el tiempo y hasta llevar un hombre a Marte.

El generador parecía estar bien. Aparte de la tierra acumulada y la falta de combustible, a primera vista estaba intacto. Su localización dentro de un refugio casero de acceso difícil y bien

escondido tenía mucho que ver con su buen estado. Al menos no era una pila de fierros retorcidos, pedazos arrancados y láminas abolladas como la mayor parte de los equipos electrónicos que habían encontrado. Ese era el destino de todos los aparatos eléctricos en esta era marcada por la nula paciencia con lo tecnológico y lo medianamente complicado.

Rápidamente comenzó la lenta tarea de limpiar la mugre y el polvo acumulados de todas las partes movibles del generador de gasolina, poniendo todo su empeño en no pensar absolutamente en nada más. No pensó en sus compañeros muertos, no pensó en la reciente y estúpida muerte de Danny, y sobre todo no pensó en lo que pasaría si no lograba hacer funcionar el generador. En cambio puso especial atención en limpiar a fondo las bujías, el alternador y las conexiones de los cables al regulador de voltaje. La electricidad era la clave.

Por el aspecto de las casas y las calles resultaba obvio que la red eléctrica había fallado hacía relativamente poco tiempo, unos dos meses a lo sumo, pero había sido un tiempo más que suficiente para que todo se sumergiera en el caos. Sin electricidad todas las comunicaciones dejaron de funcionar, y al menos la mitad de los alimentos disponibles, los que necesitaban refrigeración, se echaron a perder en unos cuantos días. Pero la irracional destrucción de la ciudad y los ataques provocados por el hambre debían haber comenzado hacia el inicio del tercer mes sin energía eléctrica, cuando la mayor parte de la comida se terminó; ya fuera debido al desperdicio o a que los malditos trogloditas no sabían, ni les importaba saber, cómo mantener reservas.

Se detuvo en ese punto dándose cuenta de que había comenzado a pensar de nuevo. No era justo llamarlos trogloditas, ninguno de ellos vivía en cuevas aunque se comportaran como animales acorralados. Todos eran humanos como ella, como sus compañeros, como Danny. Como Kevin. Pero era tan difícil pensar en ellos como sus iguales después de ver lo que habían hecho… de lo bajo que habían caído. Y su aspecto no ayudaba tampoco a

reafirmar su pertenencia a la raza humana. Dejando de lado los cuerpos sucios de cabellos desgreñados cubiertos por la inmundicia de meses sin un baño y la ropa de marca embarrada de mugre hecha jirones, eran sus caras bobaliconas con la boca eternamente abierta las que los hacían diferentes. La lengua detenida detrás de los dientes inferiores pero siempre a la vista, los mezquinos y pequeños ojos de mirada hambrienta hundidos en las cuencas, las frentes pequeñas que dejaban poco espacio entre la línea del cabello y las cejas, la piel de la cara y el cuello laxa y colgante por la falta de alimento, estas características hacían que fuera más fácil olvidar que todos ellos eran *Homo sapiens*, la misma especie desde el inicio de la humanidad. Estas diferencias y su comportamiento irracional, agresivo en extremo, facilitaban igualmente el poder odiarlos como algo ajeno, algo distinto o algo monstruoso. Pero el verdadero horror los había golpeado casi físicamente cuando se dieron cuenta de que todos ellos tenían edades por debajo de los 30 años, y la gran mayoría eran sólo adolescentes. Estos eran los descendientes de la grandiosa raza humana, el “futuro de la humanidad”.

Otra vez estaba pensando demasiado en cosas que era mejor no contemplar en esos momentos. Ya habría tiempo más tarde para el horror, cuando hubiera terminado de arreglar el generador y tuviera electricidad. Para el horror y otras cosas.

El eje del motor ya giraba libremente y todas las conexiones estaban limpias y bien aseguradas. No tenía grasa para facilitar el buen funcionamiento de los ejes, pero con el motor recién lavado no debería haber problemas; su prioridad no era evitar que las piezas se herrumbraran. Era hora de agregar la gasolina y rezar a quien se dignara a escuchar sus ruegos para que el generador funcionara.

Miró el bidón medio lleno que le había costado la vida a Danny. La suya fue la muerte más estúpida y sin sentido de todo su equipo. Después de asegurarse de que la casa con el búnker existía y este no había sido saqueado, se habían dividido para conseguir gasolina para el generador que estaban seguros tenía que estar en la

estructura de hormigón semienterrada en el patio trasero, oculta por árboles y plantas de ornato que tras meses de abandono formaban una maraña casi impenetrable. Danny se dedicó a revisar los pocos autos abandonados en la calle de la entrada posterior, forzando el tapón de los tanques de gasolina y llenando poco a poco uno de los dos bidones que consiguieron en el centro del pueblo. Eli lo encontró, sin su chamarra y sin sus zapatos tenis, con el cuello cortado con una tajada que cruzaba las dos palmas que levantó para defenderse, todavía extendidas en el suelo; el bidón y su sangre vaciándose en el asfalto de la calle. Un maldito troglodita seguramente vio sus ropas y sus zapatos y no le dio tiempo a Danny de quitárselos y ofrecérselos.

Eli respiró profundo y soltó el aire lentamente por los labios entrecerrados y los apretados dientes. Una vez más se obligó a pensar únicamente en el aquí y el ahora, en llenar el tanque de combustible del generador y en asegurarse de que funcionara. En conseguir electricidad de una vez por todas. Mientras volteaba el pesado bidón con cuidado de no desperdiciar ni una gota, se permitió pensar en el dueño de esta casa, la persona que construyó este refugio en caso de que ocurriera una guerra nuclear, o quién sabe, quizás esperaba el “Apocalipsis Zombi”. Eli no pudo evitar soltar una carcajada. Que de las dos opciones para el fin de la humanidad la menos probable y más ilógica fuera la que ocurrió… Alguien “allá arriba” tenía un humor muy macabro. O quizá sólo quedaba alguien “allá abajo” muriéndose de la risa. Y la carcajada irónica también iba por el constructor del búnker. Unos diez días habían pasado desde que encontraron la gasolinera en el centro del pueblo, y estacionada frente a los restos desperdigados de una de las bombas de gasolina, una camioneta todoterreno. La gasolina del tanque se había evaporado hacía semanas, pero la impresionante defensa trasera del vehículo tenía pegada una calcomanía rectangular impresa en contrastantes colores chillones que mostraba una nube de hongo verde y naranja en un extremo y un par de balas doradas en el otro, enmarcando al centro un texto

decía: “Listo para el Armagedón y lo que le siga”. Cuando se asomaron a la cabina, la funda de un rifle de caza descansaba en el asiento trasero, medio cubierta por pelos de perro, y la ventanilla media abierta y la portezuela de la izquierda mostraban señales de que algo peludo y de tamaño medio había forzado su salida del vehículo.

Entraron al pequeño edificio que hacía las veces de tienda de conveniencia y caja para pagar el combustible. El interior del local repetía el mismo decorado que ya habían encontrado en otros establecimientos como este, al que ya estaban más que acostumbrados: estantes vacíos y volcados sobre pisos tapizados de papeles sueltos, vidrios rotos, revistas deshojadas, envolturas de comida chatarra vacías, líquidos pegajosos de colores brillantes, y cadáveres balaceados en avanzado estado de putrefacción sobre manchas oscuras y de mal olor. Los refrigeradores medio llenos de leche echada a perder, botes de helado derretido y lleno de moho en las pocas estanterías que contenían, sus puertas hechas añicos o arrancadas de cuajo. La máquina registradora, los microondas y las máquinas expendedoras derribadas, golpeadas hasta derramar su contenido para luego ser transformadas a batazos en chatarra abollada y retorcida, igual que las máquinas expendedoras de gasolina fuera de la tienda. El cadáver con el chaleco de camuflaje, las botas militares y el tiro en la cabeza por la espalda resultó ser el antiguo dueño de la camioneta al frente. De él obtuvieron las llaves del vehículo, y de su interior, la dirección de una casa a las afueras del pueblo. La casa de un hombre orgulloso de anunciarle al mundo que está preparado para el juicio final y lo que venga después. Seguramente el tipo salió de su propiedad para conseguir lo último que necesitaba antes de encerrarse en su refugio y acabó como una de las primeras víctimas de la locura que azotó a toda Norte América. Las llaves de su vivienda venían en el mismo llavero que las de la camioneta.

Esa última semana la gastaron en llegar al búnker. La propiedad estaba a menos de 15 kilómetros de la gasolinera, en un suburbio a

las afueras del pueblo rodeado por arboledas y pequeños bosques. En automóvil y antes de este cataclismo, el viaje no hubiera tomado más de 10 o 15 minutos. Pero en las circunstancias actuales, el intentar atravesar el pueblo con un vehículo de motor que funcionara era el equivalente al suicidio. Todos los pequeños grupos de merodeadores y los muchos trogloditas solitarios tenían algo en común: el sonido de un motor los atraía como moscas a la mierda. Eso lo aprendieron de la manera difícil nada más llegar del salto temporal. Cometieron el error de intentar trasladarse fuera de la ciudad en un par de camionetas, y en cuanto dejaron el sótano en el que su laboratorio se encontraba, los rodeó una turba embravecida de trogloditas a los que no les importaba si les pasaban por encima o no, y que ya tenía práctica atacando vehículos y extrayendo a sus ocupantes, vivos o no, a través de los cristales rotos. No eran buenos trabajando en conjunto, pero un amasijo de más de cincuenta personas iracundas rodeando un vehículo y golpeando sus vidrios con sed de sangre, tarde o temprano logra abrir hasta un camión blindado. Perdieron a la mitad de sus compañeros en ese momento, pues una de las camionetas no pudo pasar, mientras la otra consiguió escapar a duras penas. Después de eso, se dieron cuenta de que era relativamente más seguro continuar a pie, pues llamaban menos la atención y era más fácil ocultarse en caso de que el grupo de merodeadores fuera grande.

Lo del búnker fue una apuesta que dio frutos. Se la jugaron apostando a que cualquier fanático de la supervivencia que tomara en serio sus teorías de conspiración tendría un buen generador de gasolina en su refugio; y uno que sólo hubiera entrado a la moda de la supervivencia por conseguir notoriedad en las redes sociales tendría uno para poder presumirlo. Fuera como fuera, no tenían más opciones.

La gente normal no suele detenerse a pensar de dónde viene ni la electricidad que usa ni el agua que toma. Después de que la mayor parte de los gobiernos del hemisferio norte pasaron leyes para “facilitar” que la energía eléctrica fuera la fuente energética por

excelencia, dando incentivos para la construcción de torres eólicas y parques de celdas solares e incluso dando apoyos a las centrales nucleares ya existentes para su ampliación, la electricidad era algo que todos daban por hecho. Además, este cambio energético sirvió para abrirle el camino a la Era Digital. En el tiempo de Eli, todos los aparatos que se usaban estaban conectados a Internet, y sólo tenían las partes mecánicas necesarias para movimientos pequeños o constantes, como las grandes bombas de agua para abastecer a los edificios de más de 20 pisos de altura, todos ellos “inteligentes” y con el control de la temperatura, la humedad y la iluminación de cada departamento, oficina o despacho. Los automóviles eléctricos todavía peleaban con uñas y dientes para convertirse en la norma en las calles y carreteras. Algunos sectores de la población se negaban a abandonar los automóviles grandes y ruidosos que durante tanto tiempo fueron símbolo de estatus y representación de ciertos ideales. Las ciudades se distinguían por la alta cantidad de automóviles eléctricos por habitante que ostentaban, pero como alguna vez ocurrió con las motocicletas, los fabricantes agregaban el “ruido de motor” para atraer compradores que sentían que le faltaba “algo” a los motores eléctricos. De hecho, las ciudades grandes eran prácticamente eléctricas e “inteligentes”, por la cantidad de construcciones y aparatos conectados al Internet que contenían. Y aun así nadie se paraba a verdaderamente reflexionar de dónde provenía la energía que permitía su fluido funcionamiento.

Eli ciertamente nunca se detuvo a pensar en esto hasta que se encontró en este predicamento. Pero Eli era una científica especializada en física cuántica y parte de un grupo de científicos con miras a revolucionar el mundo mediante el viaje a través del tiempo. Si alguna vez ha existido un grupo de personas capaces de lo imposible, y al mismo tiempo totalmente ciegas a ciertos aspectos de la vida cotidiana, esos son los físicos teóricos. Aunque probablemente todas las personas que están acostumbradas a interactuar con aparatos y edificios inteligentes y que ya ni siquiera los notan, sufren de esa misma ceguera. Son parte del ruido de

fondo, de la vida diaria. Una más de las comodidades que existen para hacerles la vida fácil y permitirles trabajar totalmente enfocados en sus tareas. A ninguno de ellos le pasó por la cabeza que la electricidad pudiera fallar globalmente. O como mínimo a nivel nacional.

Algo que Eli, sus compañeros y los millones de personas como ella nunca hubieran imaginado era que la civilización colapsaría en un principio por falta de electricidad. Los trogloditas hicieron el resto.

El tanque del generador estaba lleno y aún quedaba un poco de gasolina en el segundo bidón que Eli había logrado llevar hasta el búnker. Había llegado la hora de la verdad. Ahora tendría que encender el generador para asegurarse de que produciría suficiente electricidad. Pero el miedo a fallar la atenazaba. El miedo a que las muertes de todos sus compañeros hubieran sido en vano, a que ella estuviera atrapada aquí sin ninguna posibilidad de… Se dio cuenta de que otra vez estaba pensando demasiado y dejando que sus miedos tomaran sus decisiones. Se recordó que no tenía ninguna otra opción. Que este tiempo maldito los había ido matando sin importar lo que hicieran. Su única alternativa era evitar que este tiempo “ocurriera”. Evitar que este momento en la historia de la humanidad existiera. Eran los primeros viajeros en el tiempo y en sus manos estaba el evitar este cataclismo antes de que sucediera. Lo único que necesitaban para hacerlo era electricidad.

Sabían que ellos no eran la única corporación que estaba intentando los viajes por el tiempo, y que la ventana de oportunidad para ser los primeros cada día se hacía más pequeña. Eso hizo que todo el equipo se concentrara en este sueño imposible, dejando de lado sus vidas personales y cualquier otra distracción. Se centraron tanto en lograr su cometido que jamás se pararon a pensar por qué no tenían noticias de su éxito o fracaso. No, esto no era del todo cierto. En esta etapa del proyecto los viajes al pasado eran peligrosos y muy costosos, porque por la forma en que funcionaban se necesitaba de una a tres veces más electricidad para ir al pasado que al futuro, y también estaba el insignificante detalle de que los

hipotéticos viajeros al pasado podían muy fácilmente acabar varados en una época sin electricidad, es decir, sin retorno a su presente. Los costos, más que nada, hicieron que se diera la orden de concentrarse en el viaje al futuro, pero como a nadie en el equipo le entusiasmaba quedar atrapado en el pasado en aras de la ciencia, no hubo objeción. Así que recibir la enhorabuena por su éxito en un mensaje enterrado en una botella no era factible. Por otro lado, el fracaso no era una opción para el multimillonario dueño de la corporación que sustentaba económica y legalmente el proyecto. Según él, la falta de noticias o confirmación de que el proyecto era un éxito, significaba que había sido un éxito, sólo que aún no habían llegado al momento en la línea de tiempo en que este éxito era confirmado. Pero Eli no podía evitar preguntarse, en esas larguísimas noches de pruebas y de revisión de teorías, si realmente el proyecto sería un éxito en algún momento a futuro; o peor aún, si el proyecto ya era/sería un éxito, ¿por qué no había aún pruebas de ello? Ahora creía saber la razón, su CEO estaba en lo cierto y los reportes de lo que ocurría en el futuro simplemente llegaron en un tiempo posterior a su partida. Esa tenía que ser la razón, la alternativa era inaceptable. El viaje en el tiempo no era una ciencia exacta, aunque le doliera usar ese término, pero era verdad. Como los estados discretos de energía que gobiernan los movimientos de las partículas subatómicas, resultó que el tiempo también se distribuye en *cuantos*, es decir, su movimiento, o mejor dicho su localización, está determinada por cantidades de tiempo finitas y específicas que forman un “paquete” dentro del cual un viajero del tiempo puede aparecer, sin tener control sobre la *posición interna en el tiempo* en que el viajero aparecerá o *emergerá* del salto de tiempo (al menos en esta etapa del proyecto). Los paquetes, por alguna exótica razón que todavía no podían determinar, estaban conformados por periodos de 60 años aproximadamente, y el viajero podía emerger al principio, al final o a la mitad de este periodo. Si el salto se hacía hacia el paquete siguiente al que el viajero estaba viviendo en ese momento, al salto temporal se le sumaban los años

que el paquete de procedencia aún tenía para llegar al final del paquete de tiempo, lo que implicaba que el viajero acabaría en algún momento dentro del siguiente paquete temporal inmediato al de procedencia, o en algún momento del paquete siguiente pasados 60 años. El problema para determinar exactamente en qué paquete temporal (y en qué momento dentro de este) emergería el viajero radicaba en que no había forma de determinar *a priori*, antes de que comience el salto de tiempo, en qué momento del paquete "actual" se encuentra el viajero. No es como que las leyes de la física reconozcan el nacimiento de Cristo como el *año cero* ni el calendario gregoriano. La única forma de saber dónde comienzan los paquetes de tiempo es brincando al siguiente paquete, ya sea en el pasado o en el futuro, las veces necesarias para "mapear" los extremos del paquete mismo. Siendo este el primer salto con humanos con resultados positivos, este mapeo era inexistente al momento de llevar a cabo el salto. Eli no tenía ni idea de en qué momento exacto, en términos del calendario gregoriano, se encontraba. Solo sabía que la tecnología que la rodeaba, o mejor dicho los restos de la tecnología que la rodeaban, no eran demasiado diferentes de la tecnología que había dejado atrás. Este cataclismo no podía haber ocurrido más de 20 años después de su salto. Lo que al menos le decía que el extremo de su paquete temporal había estado muy cercano a su momento de partida, lo que dejaba una ventana de casi dos décadas para que las noticias sobre el éxito del experimento llegaran a la corporación. Eli rió sin ganas, era bueno saber que su mente analítica no había quedado enterrada debajo del horror, las dudas, la angustia y el trauma de las últimas semanas. Sólo necesitaba de un poco de descanso para salir a la superficie.

Recordó una vez más sus prioridades. Dejando de lado todas las dudas y los miedos que llevaba semanas arrastrando, jaló de la cuerda para encender el motor de combustión interna. Le tomó tres tirones pero el generador encendió. El ruido y el calor residual que producía llenaron la habitación, pero el humo del motor salió al

exterior por una serie de ductos. El tipo que hizo el refugio sí se lo tomó en serio, y no pensaba morir asfixiado en su interior. Eli respiró aliviada, uno de sus peores temores acababa de disiparse como el humo que se dispersaba en algún punto de la superficie. Ahora tenía que enfrentarse a los demás.

Salió de la habitación del generador y se dirigió a la amplia sala de estar del búnker. Claro, amplia para los estándares de un refugio construido parcialmente bajo tierra. Sacó su pantalla inteligente y con cuidado la conectó en uno de los enchufes de las paredes. La pantalla, inerte hacía semanas, por fin se iluminó con la animación de un círculo rojo que poco a poco se llenaba por sí solo con un fluido del mismo color que se movía y burbujeaba en la que sería la parte inferior del aparato si este estuviera levantado y descansando sobre el extremo donde el cable de alimentación se conectaba. Un “1%” pasó a ser “2%” mientras observaba extasiada la animación.

Después conectó el “Transformador Temporal Cronoestabilizador del Arreglo de Fase Coherente”, o “Transtemp”, para acortar. Un panel en su parte superior se encendió y mostró una pequeña hilera de 10 rectángulos de borde azul agua, el primero de los cuales se iluminó totalmente de color rojo. El dispositivo le indicaba que estaba conectado y su batería estaba totalmente descargada. Definitivamente no había pasado demasiado tiempo entre el año de origen de su salto y el año de llegada. Aún no había que perder las esperanzas de poder detener esta locura y este cataclismo de proporciones apocalípticas. Hizo unos rápidos cálculos mentales y llegó a la conclusión de que la pantalla inteligente necesitaría alrededor del 30% de carga para permitirle hacer un video, pero el Transtemp necesitaría al menos un 60% de carga mínima, más el resto de la corriente total producida por el generador de gasolina, sólo para permitirle enviar un video corto hacia el pasado. Una carga del 80% le permitiría enviar dos videos que tendrían que servir de aviso para evitar este futuro aborrecible.

Después de ese primer ataque, todos supieron que estaban condenados a permanecer en este tiempo maldito. Todos sabían

que sin una red eléctrica como la que les había permitido el salto de tiempo, no había manera de que pudieran saltar de vuelta. El proyecto había sido todo un éxito, pero había fallado desde su concepción. A nadie se le hubiera ocurrido que en el futuro la luz eléctrica fuera tan escasa como los metales radiactivos o los diamantes. Peor aún, no había forma de saber si los reactores nucleares de las plantas de energía eléctrica pudieron ser apagados cuando comenzó la hecatombe ni cuánto tiempo había pasado desde su último mantenimiento. En cualquier instante podrían ser testigos de una luz brillante a lo lejos seguida por una nube en forma de hongo. Y si un reactor explotaba, causaría una reacción en cadena que haría detonar a los demás. Su salto en el tiempo los había catapultado a una muerte lenta pero inexorable, dependiente únicamente del azar y de los caprichos de la física nuclear dejada sin supervisión. Después de la gravedad de esta revelación, todos llegaron a la conclusión de que lo único que podían hacer era localizar un generador funcional que les permitiera enviar un mensaje al pasado para tratar de impedir este “futuro” en el que la humanidad estaba sumida en el inicio de una nueva edad oscura, si no es que en el inicio de su extinción.

La única alternativa viable era enviar al pasado un artículo que no necesitara millones de amperes para poder dar el salto hacia el pasado. La mayor parte del amperaje y de la potencia usados en el salto se gastaban en “convertir” la materia en su equivalente electromagnético. Cada objeto y persona que daba el salto en el tiempo debía primero trasladarse a un plano equivalente electromagnético en forma de arreglos coherentes de ondas que después eran excitados con una mucho menor cantidad de corriente eléctrica y voltaje, de forma que la energía total suministrada y acumulada les permitía dar el salto de un paquete de tiempo a otro. Enviar un archivo de computadora, como un video, tenía la ventaja de que el “artículo” ya estaba hecho de bits y bytes, es decir, de pulsos eléctricos, lo que “ahorraba” la etapa de “conversión” y los millones de amperes necesarios para realizarla. Además, el viajar a

paquetes de tiempo anteriores al paquete que se estaba viviendo requería de mayor energía de la necesaria para saltar a paquetes temporales posteriores, pues el *flujo temporal* va de la alta energía liberada por *La Gran Explosión* a la baja energía de la entropía cero, y viajar al pasado es como ir “en contra de la corriente”. La energía para hacer el salto debía ser igual o mayor a la energía potencial del paquete temporal al que se quería llegar, y la diferencia debía suministrarse con la corriente eléctrica. Por eso, el varado equipo de científicos sólo podrían enviar avisos, advertencias y súplicas al pasado para intentar que este futuro cataclísmico nunca existiera.

¿Cómo es que habían llegado a esto? ¿Cómo fue que la humanidad descendió a estos niveles de barbarie y falta de civilización en tan poco tiempo? Eli creía que ahora tenía la respuesta. Cuando llegaron al recinto subterráneo que en su año de procedencia había sido su laboratorio, en el lugar seguían todas las computadoras y buena parte del material y equipo usado para construir el Transtemp, pero todo estaba cubierto de polvo. Si sus compañeros de trabajo o sus líderes de proyecto habían dejado notas explicando lo ocurrido durante su ausencia, estas permanecían mudas e inaccesibles en la inerte red interna del proyecto. Las cerraduras magnéticas por suerte habían dejado de funcionar junto con la electricidad, así que sólo tuvieron que forzar las chapas para poder abandonar su laboratorio. Cuánto tiempo había transcurrido desde su partida ninguno de ellos podía decirlo, pero la cantidad de polvo acumulada sobre todas las superficies les indicaba que no habían transcurrido una o dos semanas desde la última vez que alguien caminó por los pasillos vacíos que ahora atravesaban con inquietud. Ninguna de sus pantallas inteligentes recibía ni noticias ni mensajes, y ninguna de sus redes sociales era accesible desde donde se encontraban. Al principio supusieron que esto se debía a que la tecnología que sus pantallas usaban había quedado obsoleta, pero después de que llegaron al nivel de la calle y un silencio sepulcral los envolvió, se dieron cuenta de que el problema era que la ciudad entera estaba paralizada. Las pesadas

cortinas de acero que protegían las puertas de vidrio del edificio estaban abajo, y muchas de ellas estaban golpeadas y combadas. Era obvio que la empresa había sufrido un ataque, pero también era obvio que la corporación había tenido tiempo de retirar a todos sus empleados del edificio y de cerrarlo a cal y canto antes de que este ocurriera. No podían quedarse en un edificio muerto y sin agua, por lo que bajaron al estacionamiento, localizado en los sótanos superiores, esperando encontrar algún vehículo que los pudiera sacar de ahí.

Encontraron las tres camionetas de carga de la empresa estacionadas frente a la oficina de mantenimiento, con baterías diseñadas para usarse desconectadas de la red de energía y carga todavía óptima para su operación. Los chips de encendido y los códigos para su funcionamiento los hallaron en la oficina, donde todo estaba en perfecto orden pero cubierto de una gruesa e inmaculada capa de polvo. También encontraron algunos periódicos impresos, otro remanente de la edad analógica que algunos sectores de la sociedad se negaban a abandonar. En el año en que Eli y su grupo dieron el salto temporal, solo sobrevivían dos tipos de periódicos: los dedicados a las élites adineradas que podían permitirse el lujo de comprar un impreso *on-demand*, y los amarillistas que seguían en circulación gracias a su capacidad para asombrar y causar indignación en su público meta. Los encontrados en la oficina obviamente eran de estos últimos, por lo que su credibilidad era nula. Sin embargo, sin redes digitales ni ninguna otra clase de comunicación saturando el aire, no tenían nada más que les indicara qué estaba pasando allá afuera. El extraer información más o menos creíble de los periódicos les llevó un buen rato, y lo que encontraron no les hizo ninguna gracia. En ese momento no quisieron creer ni la mitad de la información mostrada, y la otra mitad no la podían creer. Lo que pudieron sacar en claro era que las redes eléctricas habían ido fallando poco a poco, aumentando el estrés y la carga sobre las plantas generadoras del país que todavía funcionaban. Este aumento en la demanda sobre

las plantas funcionales hacía que más plantas fallaran y mayor demanda se acumulara sobre las plantas que aún funcionaban, creando un círculo vicioso. No les fue difícil deducir por qué no había energía eléctrica en el edificio, y por qué la corporación tuvo tiempo más que suficiente para cerrar y asegurar el inmueble de la empresa. Y si el equipo no hubiera estado tan asombrado con lo que estaba descubriendo, se hubieran dado cuenta de qué otra cosa significaba que la corporación cerrara el edificio.

En cuanto a la pérdida gradual de la red eléctrica, no quedaba claro si esto había sucedido a nivel mundial o sólo nacional, pues el tipo de periódicos del que estaban sacando la información se dedicaba exclusivamente a fomentar el miedo y la indignación internos. Cualquier otro país les tenía sin cuidado, a nos ser que sirviera como punto de comparación, generalmente negativo. Todo parecía indicar que en el corto periodo de tiempo que los periódicos abarcaban, ningún otro país estuvo peor.

Los otros temas tratados en el periódico tenían que ver con cómo los porcentajes de personal calificado para el mantenimiento de las redes eléctricas (y otros trabajos que requerían de entrenamiento y un mínimo de conocimientos previos) había ido disminuyendo sistemáticamente durante los últimos años, pues los trabajadores calificados que se jubilaban no eran remplazados por trabajadores nuevos o los trabajadores de remplazo no tenían los conocimientos suficientes, o cuando los tenían, no llegaban a ser suficientes personas para mantener en buen estado ni las plantas generadoras ni la red de distribución (todo esto planteado desde el punto de vista de que cada vez más inmigrantes eran contratados para realizar estas tareas, robando los trabajos de los norteamericanos); cómo los nacimientos de niños aquejados por un nuevo defecto cerebral que impedía el desarrollo de la corteza frontal del cerebro y los centros del habla iban en aumento (explotando unas muy poco probables fotografías de bebés sin huesos frontales); y una buena cantidad de científicos que levantaban la voz advirtiendo del peligro que los *gadgets* personales

y la sobreexposición a los llamados *vid-clips* y *short-stors* suponía para la población (todo esto escondido detrás de burlas directas en contra de los científicos, de alusiones a noticias falsas o de acusaciones por usar metodologías fraudulentas auspiciadas por entes nebulosos cuyos fines incluían la caída de la economía capitalista y el detener totalmente todo progreso tecnológico).

En cuanto a este último tema, Eli creía recordar que antes de que centrara toda su atención en el proyecto, varios neurólogos y académicos dedicados al comportamiento ya habían comenzado a publicar artículos sobre el efecto que algunos *gadgets* tenían en el ciclo de sueño de los sujetos de prueba y sus habilidades cognitivas y de comunicación. Las grandes compañías de electrónicos nunca aceptaron estos resultados.

Eli y sus compañeros habían tenido mucho tiempo para darle vueltas a toda esta información durante su desafortunado viaje hacia las afueras de la ciudad tratando de alejarse de la zona donde los grupos de trogloditas se apilaban unos encima de otros por la facilidad para conseguir alimentos y otros artículos de consumo que consideraban necesarios, como ropas de diseñador, calzado de marcas caras, joyería llamativa y *gadgets* de última generación, aunque ahora fueran inservibles. Otros productos básicos y necesarios para los malditos monstruos eran las armas de fuego y las balas, las cuales solían gastar sin preocupación alguna en cualquier cosa que se moviera y estuviera dentro de su campo visual, como desgraciadamente descubrió el grupo de sobrevivientes también de la peor manera.

Eli movió la pantalla para obligarla a mostrarle cuánta carga había acumulado. Un burbujeante círculo amarillo pasó a ser de color verde mientras el porcentaje de carga cambió de “59%” a “60%”. El 80% de carga ya estaba cercano… En realidad ella era muy consciente de que ahora estaba intentando prolongar el mayor tiempo posible este momento de inactividad que le permitía simplemente esperar sentada en un lugar seguro, mientras algo más tomaba las riendas de la tarea que debía completar, sin importar que

ese algo sólo fuera tener que esperar a que los dos aparatos más importantes de su vida acumularan la carga suficiente para continuar su tarea. Para no sentir que malgastaba el tiempo por dejarse relajar y esperar con calma, comenzó a planear mentalmente los videos que tenía que grabar y luego enviar al pasado. El más importante y más obvio era un video dirigido a la corporación, de corta duración para asegurarse de que regresara en el tiempo sin ningún contratiempo (a menor cantidad de megabytes menor cantidad de electricidad consumida), donde explicara lo que ocurrió con su equipo y diera la advertencia que ella esperaba haría imposible este maldito futuro apocalíptico. El otro, mucho más importante para ella, un video corto (por necesidad) dirigido a su único hijo… El corazón se le encogió dolorosamente en el pecho al pensar en él. Durante semanas había logrado no pensar en Kevin, mantener su recuerdo a raya por la necesidad de enfocarse en sobrevivir y en encontrar un generador eléctrico que no hubiera sido destrozado por los trogloditas. Enfocarse en Danny, siendo el miembro más joven del equipo (¡sólo tenía 26 años…!), y en su supervivencia mutua había servido para mantener a raya los temores y ansiedad que el no saber nada sobre su hijo le provocaban. Pero ahora Danny estaba muerto, y el generador funcionaba, y tanto su pantalla como el Transtemp se estaban cargando. Por primera vez en semanas se permitió llorar por Danny, por sus compañeros y por su hijo. No saber qué había ocurrido con él era la peor parte. Podía estar muerto, de eso estaba muy consciente, pero lo que más le desesperaba era que podía estar vivo y necesitando su ayuda, y ella no tenía forma de saberlo. Ahora se arrepentía amargamente de todo el tiempo que dedicó en cuerpo y alma al proyecto, una revolución tecnológica que no llegó a ningún lado, un sueño imposible que debió quedarse siendo un sueño. Pensó en todas las muertes absurdas de sus compañeros de trabajo, de sus amigos, en la futilidad de todo el proyecto, pero sobre todo en el tiempo que pudo haber invertido en Kevin. Siempre pensó que si el proyecto funcionaba podría literalmente resarcir ese

tiempo perdido con su hijo, y ahora tenía que enfrentar el hecho de que eso nunca ocurriría. Su única esperanza, la única esperanza de todos, era evitar que este momento en la historia de la humanidad sucediera. Tenía que advertirle a su hijo lo que ocurriría en el futuro. No podía confiar en que la corporación hiciera algo para evitar lo que había pasado/ocurriría o que el video les llegara a tiempo para evitarlo. Su hijo era su verdadera prioridad.

Eli desconectó la pantalla del enchufe. Ya tenía el 80% de carga. Además, toda la corriente del generador debía ir al Transtemp para asegurar que los videos llegaran al pasado. En su cabeza sabía exactamente lo que iba a decir en cada video, y encendió la pantalla inteligente para comenzar la grabación.

—Kevin —dijo sosteniendo la pantalla lo más alejada que pudo con un brazo mientras mantenía su superficie luminosa hacia su cara.

Podía ver su rostro demacrado, sus ropas ajadas y la mugre sobre su piel en ese espejo electrónico. Por las particularidades del salto en el tiempo, la transmisión al pasado debía hacerse “en vivo”, en el momento en que se grababan los bits y bytes del video se enviaban al pasado. El generador trabajaba a todo lo que daba y el Transtemp empezaba a calentarse ligeramente.

—Espero que llegues a ver esto —continuó—. Sí, soy yo, tu madre, y esto es largo de explicar, pero sabes en qué trabajo así que no te parecerá raro que te diga que este video viene del futuro.

“Dile a mi yo de tu tiempo que el experimento fue un éxito, pero en el futuro no hay electricidad y no puedo regresar. Algo horrible pasó y toda la red de generación eléctrica falló. No queda nadie que pueda arreglarla. La culpa es de las pantallas inteligentes, de los celulares. Suena ridículo, pero su tamaño y la luz que emiten provocan cambios en la configuración neuronal, incluso detienen su crecimiento, y aunado al consumo de *vid-clips* y *short-stors*, la combinación se vuelve adictiva. Mirar en las pantallas videos cortos o historias cortas una tras otra estimula los centros de placer cerebrales. Los niños y los adolescentes son particularmente

vulnerables porque su cerebro todavía está en formación. En los adultos te vuelven más olvidadizo, más propenso a continuar viendo *vid-clips* en lugar de hacer cualquier otra cosa. Pero en los niños y adolescentes literalmente encoge la corteza cerebral en los centros del habla y en el lóbulo frontal, y agranda los centros de placer. Esto implica que además de hacerlos adictos como si se tratara de opio, también desactiva la parte del cerebro que inhibe el comportamiento agresivo y las respuestas automáticas viscerales, daña el lenguaje, la memoria, la capacidad de abstracción y la socialización. Si no se aleja al niño o al adolescente de la estimulación nociva de la pantalla, el daño es irreversible. Este tiempo, tu futuro, está lleno de jóvenes que sólo pueden gruñir, que no pueden recordar lo que hicieron hace unas semanas, que arrebatan a otros lo que literalmente se les antoja, que hacen “berrinches” en los que destrozan todo a su alrededor cuando no pueden conseguir lo que quieren, y que tienen acceso a todas las armas de fuego de una ciudad promedio en Norte América. Son como hordas de zombis, pero capaces de usar armas de fuego.”

“Kevin, dile a tu madre que debe convencer a la corporación para que se prohíban las pantallas, o como mínimo que se prohíba su uso y venta para niños y adolescentes. Y dile que ya no te deje ver tu celular. Tu vida entera depende de que no sigas viendo *vid-clips* y no te sigas exponiendo a la luz azul de la pantalla.

“Quiero creer que todavía estamos a tiempo para detener este futuro, para evitar…

El estruendo de la puerta del refugio combándose hacia adentro por obra de un golpe feroz la obligó a levantar la vista hacia la entrada, pero no bajó la pantalla. Algo estaba aporreando la puerta del búnker, empujándola y desalojando tanto la hoja cerrada como su marco del alféizar que los sostenía. Milímetro a milímetro, golpe a golpe, la puerta se venía abajo en cámara lenta entre los chirridos del metal raspando las paredes y el estruendo de los impactos que la estaban abatiendo. Desgraciadamente el tipo que construyó el

refugio lo planeó para una guerra nuclear, no para mantener a raya hordas de zombis.

Con el corazón latiéndole en las sienes y la respiración rápida y jadeante, Eli se devanó los sesos intentando entender cómo la habían encontrado. Repasó rápidamente todo ese horrible día, buscando quién pudo haberla seguido o visto… y entonces lo supo.

—¡El ruido y el humo atrajeron a los malditos trogloditas! —gritó. Volvió su atención a la pantalla y le gritó mientras retrocedía hasta la pared del fondo—. ¡Kevin! ¡Dile a tu madre que tiene que detener esto! ¡Que tiene que lograr que las pantallas cambien o se prohíban! ¡Que tiene que salvarte! ¡Tiene que salvarte, mi amor…!

"¡Tiene que salvarte, mi amor…!", dice la mujer de los ojos desorbitados, la cara mugrosa y el cabello revuelto. Un par de manos sucias de uñas rotas se aferran a la pantalla e intentan arrancársela. La mujer forcejea por unos instantes antes de que tres figuras harapientas se le echen encima y la tiren al suelo con ayuda de su peso y la mujer salga de cuadro con un grito ahogado. Las manos que sostienen ahora la pantalla cambian de posición y acercan el aparato a una cara cubierta de tierra y otras manchas imposibles de identificar, pero lo que más impresiona es la juventud del rostro contrastando con los ojos pequeños y hundidos. La figura respira por la boca, manteniendo la lengua detrás de los dientes inferiores, y el vapor empaña por un momento la pantalla. Luego la imagen se agranda hasta que sólo los ojos son visibles, pues la figura acerca la pantalla a sus ojos y luego la aleja rápidamente, mostrando a cuadro un gentío de figuras harapientas y enojadas, destrozando a golpes todo lo que tienen alrededor. La vista de la cámara de pronto se mueve bruscamente, quien sostiene la pantalla está gritando incoherentemente, y usa el aparato para golpearse varias veces en la frente antes de arrojarlo contra el suelo. El video se cubre de estática por un segundo, luego la pantalla se pone

negra, e inmediatamente muestra un grupo de zombis avanzando lentamente hacia un pequeño grupo de tiradores, como en un videojuego, al momento en que el siguiente *vid-clip* elegido por el algoritmo comienza su reproducción.

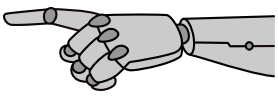
Kevin suelta la cuchara que se estaba llevando a boca, en la cual ya no queda ni cereal ni leche. Las lágrimas fluyen por sus mejillas. Los mocos, líquidos y transparentes, empiezan a asomar por sus fosas nasales. Sus ojos están rojos y la mano que sostiene la pantalla frente a su cara tiembla fuera de su control.

Eli en la cocina escucha el ruido de la cuchara metálica chocando contra el plato de cerámica y de la leche desalojada por el brusco movimiento regándose sobre la superficie de la mesa. Ya se le hizo tarde y no tiene tiempo que perder. El proyecto está a punto de obtener los resultados esperados y necesitan a todo el equipo presente en el laboratorio, así que sin salir de la cocina para poder terminar de preparar su propio plato de cereal con leche y frutas, pregunta alzando la voz:

—¿Kevin, estás bien? ¿Qué estabas viendo?

El chico por fin parpadea desalojando más lágrimas y sorbe ruidosamente los mocos que están a punto de llegarle al labio superior. Detiene el temblor de la mano que sostiene la pantalla frente a sus ojos, y con la mano libre y el puño de la manga de su hoodie, se limpia los últimos rastros de mocos que brillan en su rostro y buena parte de las lágrimas que sigue derramando. Siente un nudo en la garganta y traga un par de veces antes de responder.

—No sé —dice con voz entrecortada y preguntándose acongojado por qué llora—. Vi algo súpertriste en la pantalla…



Regresar al índice

*Y hablando de la dependencia cada vez más fuerte que las personas tienen sobre los **gadgets** y redes sociales, ¿qué ocurriría si el **gadget** en cuestión fuera obligatorio?*

Sin pena ni Gloria

Malena Papagna Lioi

Gloria abrió los ojos sobresaltada, como cada mañana, por la tonada insistente y robótica, hipócritamente alegre, demasiado fuerte, justo frente a su cara. Se dio la vuelta torpemente con un quejido (suyo y de la cama), sin abrir los ojos, y se tapó la cabeza con la almohada, pero la alarma traspasaba sin problemas las capas de tela y relleno hasta taladrarle el tímpano sin piedad. Muchas veces había intentado bajarle un poco el volumen, pero era una configuración a la que ella no podía acceder. Al parecer, los fabricantes y diseñadores creían que todas las personas mayores eran sordas. Como cada mañana, Gloria deseó serlo.

—Ya, ya. Ya me desperté. —Sólo cuando se incorporó de la cama con los huesos sonando y la espalda quejándose la alarma cesó—. Nunca me vas a dejar dormir ni un minuto más, ¿eh?

Miró entre las lagañas y los pelos sueltos al robotito al lado de su cama, que la “miraba” con esos ojitos impostados que no engañaban a nadie, que pretendían ser tiernos sin lograrlo.

—Los expertos de la Junta Nacional de Salud afirman que dormir más de cinco horas al día es perjudicial para las personas de su edad. Y, además, levantándose temprano puede aprovechar el día al máximo y así ser la mejor versión de usted misma, tanto en el ámbito personal, como familiar y cívico.

El Compañero Solidario, CoSo, como se le llamaba habitualmente (CoSito, le decían algunos de cariño) era parte del programa Acompañ.ar impulsado por el gobierno. “Hablaba”

bastante bien, apenas se notaba el tono no humano de fondo, y aunque las pausas entre palabras a menudo eran raras, una se terminaba acostumbrando.

—Sí, sí, ser una mejor persona. A ver, correte. —le dijo Gloria a su CoSo mientras bajaba las piernas de la cama y trataba de encontrar sus chanclas tanteando el suelo frío.

El robot se deslizó hacia atrás con un leve murmullo. Gloria logró enganchar sus pies al calzado y tomó impulso para levantarse, pero no fue suficiente y se cayó de cola en la cama. Volvió a intentarlo y esta vez logró estabilizarse y se encaminó con pasos arrastrados a la cocina.

Puso la pava al fuego y mientras esperaba que se calentara el agua buscó el mate, la bombilla y el potecito con la yerba, pero cuando estaba llenando el mate sintió unos golpecitos en las piernas y se giró a ver a su CoSo.

—Los expertos de la Junta Nacional de Salud no recomiendan tomar mate a las personas de su edad. El alto contenido de mateína puede perjudicar el ciclo del sueño, la presión y la digestión. Además, su uso excesivo puede ocasionar hemorroides, mal aliento, colapso nervioso, reuma, divert…

—¿Y entonces qué desayuno? —Gloria preguntó aunque ya conocía la respuesta. Nunca abandonaba la posibilidad de que algún día fuera diferente.

—Los expertos de la Junta Nacional de Salud recomiendan tomar té verde para las personas de su edad. Contiene antioxidantes, antiinflamatorios, anticancerígenos, anti…

Gloria suspiró ruidosamente mientras guardaba su preciado y prohibido mate, sacaba una taza y un sobrecito de té verde y le echaba el agua caliente encima con la sarta de palabras incomprensibles que le soltaba el CoSo como música de fondo. Estaba por agarrar el tarro blanco con flores marchitas y firuletes decrépitos que rodeaban un cartel que, en letra complicada y casi ilegible, decía “Azúcar” cuando el robot se interrumpió a sí mismo:

—Sin azúcar.

Gloria se quedó estática, contendiendo el aliento y con los ojos cerrados, rogando para sí misma para que no empezara a hablar sobre los perjuicios del azúcar. Durante unos segundos ambos estuvieron en silencio, entonces Gloria movió con mucha cautela su mano un poco a la derecha y recogió el tarrito de Stevia líquida y se volvió sobre su hombro a ver de reojo la reacción del CoSo. Como no dijo nada, echó unas gotas en la taza y revolvió, mientras recuperaba el aliento. El CoSo siguió cada uno de sus movimientos y finalmente la acompañó a la mesa.

Gloria juntó fuerzas para tomar el primer sorbo y no pudo reprimir una cara de asco. Jamás se acostumbraría al gusto tan amargo del té verde, y eso que ella disfrutaba del primer mate sin azúcar…

Sólo pudo tomar un sorbo más antes de que el CoSo volviera a sonar.

—La lista de quehaceres del día es:

—¿No puedo tomar mi desayuno tranquila?

—Sacar turno para realizar el trámite de reconocimiento de supervivencia, hacer las compras, leer al menos un capítulo del Manual del Buen Ciudadano, cómo hacer felices a los demás y a uno mismo, asistir a la clase virtual de terapia muscular especializada en mujeres de la tercera edad, colaborar con el comité barrial a…

—A ver… —Gloria dio un par de tragos más y apoyó la taza en la mesa con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria, unas gotas saltaron y terminaron en el mantelito de plástico a cuadros que protegía la madera de la mesa—. ¿A qué hora abre el sistema para pedir turnos?

—Según la página oficial de la Central Integral de Atención a la Tercera Edad (CIATE), el sistema electrónico de solicitud de turnos abre a las siete en punto de la mañana.

—¿Y qué hora es?

—La hora actual en la ubicación es: seis y cincuenta y siete de la mañana.

—Muy bien, vení, vamos a intentar sacar ese bendito turno.

CoSo se posicionó a un lado de la silla de Gloria y desplegó una tapa, debajo de la cual había una pantalla algo rayada y con los bordes amarronados. Gloria apoyó su dedo pulgar en el cuadradito a un lado y, vio, borroso, cómo aparecían sus datos y su foto, navegó por la página con la confianza que da la práctica y llegó al último paso con todavía un minuto de margen. Esperó con los ojos clavados en los números en la esquina inferior derecha y el dedo índice volando a un centímetro escaso de la pantalla, cuidadosamente apuntando al botón azul bonito que rezaba “Solicitar un turno”. Cuando los números cambiaron y dieron la hora adecuada con rapidez bajó su dedo, pero con el apuro se desvió un poco, así que volvió a subirlo y tocó frenéticamente en diferentes puntos con milímetros de diferencia hasta que vio que en lugar de las palabras aparecía un círculo de puntitos girando, persiguiéndose unos a otros. Esperó contendiendo la respiración por unos segundos y en seguida salió otro cartelito blanco sobre los otros que decía “Lo sentimos, no quedan turnos disponibles. Por favor, inténtelo en otro momento.”

Gloria masculló un insulto por lo bajo y le hizo un gesto con la mano al CoSo para que se alejara. Le obedeció, dejando un aire de diez centímetros entre ellos y guardó su pantalla con un falso sonido hidráulico.

—Le recuerdo que tiene tiempo hasta el 31 de mayo para apersonarse en la Central Integral de Atención a la Tercera Edad (CIATE), de lo contrario, se le retirará el Aporte Económico Solidario, e incluso podría cobrársele una multa.

—¿Puedo apersonarme sin turno?

—Según la página oficial de la Central Integral de Atención a la Tercera Edad (CIATE), solamente serán atendidas las personas que posean un turno obtenido previamente por medio del sistema electrónico de obtención de turnos.

—¿Y si no puedo sacar turno?

CoSo se quedó pensando unos instantes.

—Según la página oficial de la Central Integral de Atención a la Tercera Edad (CIATE), los turnos se solicitan exclusivamente por medio del sistema electrónico de obtención de turnos. El horario de apertura es a las siente de la mañana y el horario de cierre es a las diez y cuarto de la mañana, de lunes a miércoles.

—Está bien, intentaré mañana…

—Le recuerdo que mañana es feriado por razón del 25 de Mayo, aniversario de la independencia de nuestro amado país, por lo tanto, todas las oficinas gubernamentales permanecerán cerradas, como así también los sistemas informáticos dependientes de dichas oficinas.

—Ahora hasta las computadoras tienen feriados…

—¿Necesita algo más? —CoSo habló por encima de ella.

—Por ahora no, querido, gracias.

Gloria se restregó los ojos con las manos, tomó una gran bocanada de aire por la nariz y la soltó de forma ruidosa. Luego dio una ligera palmada y se levantó, ayudándose de la mesa. Empezó a encaminarse hacia la puerta del baño, sintiendo el rodar del CoSo pisándole los talones. Los primeros metros los cubrió con paso normal y distraído, luego miró a su acompañante disimuladamente sobre el hombro y aceleró con sutileza sus pasos. Como vio que él seguía al miso ritmo, aceleró un poco más, y cuando estaba a unos pocos metros de la puerta del baño empezó a correr lo más rápido que pudo, bamboleándose sobre sus piernas. En seguida el robot puso turbo para intentar alcanzarla, pero ella le había sacado una importante ventaja y alcanzó, apenas, a rodear la puerta y cerrarla para impedir que el CoSo entrara.

—Déjeme entrar.

Se escuchó del otro lado de la madera.

—Es sólo un minuto, ya salgo, querido. —Gloria estaba pegada a la puerta, cerrándola con todo su peso.

—Debe permanecer a la vista de su CoSo en todo momento. Por favor, facilite acceso al CoSo hacia donde usted se encuentra de inmediato —dijo con una voz ligeramente diferente.

Gloria no se movió. Pasaron unos segundos.

—Debe permanecer a la vista de su CoSo en todo momento. Por favor, facilite acceso al CoSo hacia donde usted se encuentra de inmediato.

Hubo un nuevo instante de silencio mientras los dos esperaban un movimiento del otro y entonces sucedió lo que inevitablemente iba a suceder. El CoSo empezó a emitir un sonido estridente y agudo, un chirrido insoportable que lastimaba los tímpanos y del que era imposible escapar. Gloria intentó aguantar lo más que pudo, apretándose los oídos con ambas manos, pero aun con toda su fuerza de voluntad sólo aguantó algunos segundos. Sabía que incluso de poder soportarlo no serviría de nada, si la alarma no era atendida por el usuario en un tiempo razonable lo más probable era que los vecinos intervinieran; y si aun así no pasaba nada, al cabo de una hora la policía tocaria la puerta —en el mejor de los casos— o —en el peor, derribarían —la puerta de la casa. Ya los había recibido demasiadas veces, así que terminó abriendo la puerta, resignada. El robotito cesó su ruido de inmediato y se deslizó hacia adentro.

—¿Contento?

Preguntó Gloria mientras se sentaba en el inodoro. Aunque sabía que no servía de nada, la divertía que luego de dejarlo afuera el CoSo se comportaba durante unos minutos como si estuviera ofendido con ella. No le contestó, por suerte

Mientras se cepillaba los dientes el CoSo superó su acceso de enojo.

—Usted tiene un nuevo mensaje.

—Ha vergh. —Gloria articuló con dificultad con la boca llena de espuma blanca.

—Disculpe, no logro entenderle. Por favor, vuelva a hablarme un poco más claro.

Gloría escupió en el lavamanos.

—Que me lo leas. —El CoSo no hizo ademán—. Si eres tan amable…

Entonces el CoSo hizo su sonido de procesar y empezó a recitar mientras Gloria se enjuagaba la boca y trataba de dominar su pelo por medio hebillas.

—Se le informa a la señorita Gloria Benítez que su cita para el día miércoles 26 de mayo con el doctor Garchetti ha sido cancelada. Se le solicita reservar un nuevo turno.

—Otra vez… Querido, sácame un turno para ver al doctor Garchetti, por favor. —Gloria seguía en batalla campal con sus mechones más rebeldes.

—Procesando solicitud. Por favor aguarde un momento… El próximo turno disponible es el 8 de noviembre. ¿Desea tomarlo?

—¿¡8 de noviembre!? —Gloria se volvió de golpe, con las manos aún en el cabello—. ¡Falta una vida para eso! ¡Sería un milagro si sigo viva para entonces!

CoSo no respondió.

—¿Puedo sacar un turno particular?

—Procesando solicitud. Por favor aguarde un momento… Para clientes particulares hay disponibilidad para el 3 de junio.

—Eso está mejor, ¿podrías reservarlo?

—Procesando solicitud. Por favor aguarde un momento… Lamento informarle que sus fondos no son suficientes para efectuar esta operación. ¿Desea pedir un préstamo en el Banco Amigos de la Patria?

—No.

—Los préstamos del Banco Amigos de la Patria son los más fáciles de sacar, se efectúan al instante, tienen la taza de interés más baja del mercado y un plazo a pagar de cincuenta años. Sólo con su DNI…

—No quiero.

—… Además, si lo solicita en los próximos quince minutos obtendrá de regalo seis meses de descuento en nuestro seguro de…

—¡No quiero! —CoSo se detuvo de golpe—. Igual gracias por el ofrecimiento, que-ri-do.

CoSo no se movió, sólo encendió tres veces una diminuta lucecita roja que había sobre su “ojo” derecho. Gloria se lavó la cara y aprovechó para restregarse otra vez los ojos. Antes de irse del baño se miró de cerca en el espejo para comprobar que sus ojeras seguían estando igual de pronunciadas que siempre. No fuera a ser cosa que se la notara infeliz y poco sana.

—Muy bien, vamos a hacer compras —dijo con energía renovada—. No hay tantos malos tragos que una barra de chocolate no pueda alegrar.

—Los expertos de la Junta Nacional de Salud…

—Una barrita de chocolate, bien chiquita, dietética, sin azúcar ni grasas y fortificada con vitaminas y minerales, por supuesto. —Se apresuró a agregar Gloria, cosa que hizo que, por suerte, CoSo le ahorrara el monólogo.

Sin prisas pero sin demorarse se vistió con uno de sus vestidos de salir a comprar, se puso sus sandalias y su carterita en la que guardó sus llaves por costumbre, por añoranza, y su viejo documento de identidad, también fruto de la nostalgia. Agarró también un par de bolsas de tela y se encaminó a la puerta con su fiel seguidor. Apenas se asomó, el sol de media mañana le hizo doler los ojos, así que retrocedió enceguecida un par de pasos, se llevó puesto a CoSo, que se quejó con su sonido robótico, descolgó su sombrerito del perchero al lado de la puerta y, colocándoselo con confianza y orgullo, salió de su casa. La puerta se cerró sola a sus espaldas.

Hizo el camino de memoria, siempre con el robot al lado, un poco atrás, rebotando por las imperfecciones de la vereda. Gloria iba mirando hacia todos lados, como era su costumbre, contemplando a las personas, cada una con su CoSo. Nunca dejaba de sorprenderse de los modelos nuevos, de las cosas que había para que la gente mejorara su equipo básico como se le viniera la gana. Los más comunes, además del modelo estándar como el de ella, con forma de… robot cúbico, eran los que simulaban una mascota, sobre todo perros y gatos; aunque últimamente se habían

vuelto populares los modelos que volaban como un pájaro un poco torpe y lento. Se los podía ver de todos los colores y formas, la gente les compraba accesorios, les cambiaba de color la carcasa y los adornaba de todas las maneras imaginables. Vio a una chica joven acompañada de un CoSito color rosa chicle con pequeñas incrustaciones de brillantes en todo el cuerpo, tenía además dos piernas muy largas que efectuaban un caminar muy bonito y elegante, y dos enormes orejas de conejo peludas caídas hacia los lados. En comparación, el suyo parecía una chatarra: de un color entre gris y marrón verdoso muy poco agradable, ayudado por el hecho de que nunca lo había limpiado. Ni siquiera tenía ojos con movimiento, sólo dos stickers muy bien adheridos (lo había comprobado una vez que intentó sacarlos, con el resultado de que ahora un borde estaba doblado hacia adentro) aunque un poco gastados, y las pobres rueditas estaban tan gastadas que los días de mucha humedad se pasaba el día chirriando de un lado para el otro; incluso tenía algunas abolladuras. “Al final —pensó Gloria con ironía— no somos tan diferentes.”

—¡Glorita! —Un grito que se elevaba apenas por sobre el ruido de los autos la sacó de su ensimismamiento.

—¡Doña Rosa! —dijo Gloria frenándose y reconociendo a quien la había llamado desde detrás de una ventana abierta con rejas—. ¿Qué me cuenta? ¿Cómo anda? Tanto tiempo…

Doña Rosa era tan vieja que hacía a Gloria sentirse una adolescente, o bueno, quizás una adulta en todo su esplendor.

—Acá andamo, ¿vio? Sobreviviendo, como están la cosa…

—Está terrible la cosa, sí. —Gloria se acercó a la ventana y vio que la viejita estaba tejiendo a dos agujas—. ¿Qué anda tejiendo, Rosita?

—Un ponchito pa’l bicho este, pa’ que no pase frío, ¿vio? —Los hijos y nietos de doña Rosa, incluso la misma Gloria, habían renunciado hacía mucho a tratar de que la nona entendiera que su CoSo no era un ser vivo.

—¿Otro? Pensé que ya le había hecho uno el año pasado. —Gloria sabía que tenía que gritar para que la vieja la escuchara, doña Rosa era parte de la causa de que a ella su alarma le sonara demasiado fuerte.

—Nooo, ya le hice dó. ¿Pero qué má voy hacer? —Doña Rosa volvió a bajar la vista a sus agujas, que nunca habían dejado de moverse—. Ademá, ¡la Chicha tiene la lana en oferta!

—Hace bien, doña Rosita, hay que seguir nomá. Bueno, yo me voy que tengo que hacer unas compritas. ¡A ver cuándo nos juntamos a tomar unos mates!

—Sí, sí, querida, vaya. No' vemo prontito si Dió quiere.

Gloria se alejó sonriendo y saludando con la mano para seguir su camino.

—Los expertos de la Junta Nacional de Salud no recomiendan tomar mate a las personas de su edad. El alto contenido de… —Gloria hubiera jurado que el CoSo de doña Rosa empezó a recitar el mismo discurso que el suyo casi a la vez, pero no le interesaba comprobarlo.

—Pero qué chusma, eh… andar escuchando conversaciones ajenas…

—Disculpe, no logré entenderle. Por favor, utilice términos reconocidos por la Academia Nacional de Letras.

—Dije que yo estaba hablando con mi amiga, ¿quién te manda a vos a escuchar lo que decíamos?

CoSo ralentizó la marcha e hizo algunos sonidos de letras aisladas hasta que finalmente encontró la línea que buscaba.

—¿Hubo un problema con mi funcionamiento? Puede utilizar su código personal de emergencia para enviar al Ministerio de Compañeros Solidarios una notificación del imperfecto para que en breve un operario se acerque a su domicilio para revisarme y solucionar…

—No, no, querido, era una bromita, nada más. —Gloria elevó sus ojos al cielo, pero los bajó rápidamente porque una basurita le entró en uno y la obligó a cerrarlo y restregarlo con los dedos—.

Además, no lo decía porque lo vaya a hacer de verdad, es un decir…

—No he sido capaz de seguir el hilo de la conversación. Por favor, explíqueme más claramente de qué está hablando para poder ayudarla.

—Nada, nada, olvidate.

—No he sido capaz de seguir el hilo de la conversación. Por favor, explíqueme más claramente de qué está hablando para poder ayudarla.

—¡Que no es nada!

—No he sido capaz de seguir el hilo de la conversación. —Hizo una pausa que parecía premeditada—Por favor, explíqueme más claramente de qué está hablando para poder ayudarla.

Gloria trató de que su ofuscación no se viera reflejada en su voz, como cuando se le habla a un niño pequeño que no tiene la culpa del enojo de una.

—Le había dicho a doña Rosa que algún día tenemos que juntarnos a tomar unos mat… un té.

—¿Desea que anote la cita con su amiga en su agenda personal? Usted tiene disponible el viernes 28, sábado 29, domingo 30, martes…

—No quiero, gracias.

—… miércoles 6…

—¡Que no!, no era en serio.

—… viernes 8 y sábado 9. ¿Qué día desea que agende la actividad?

—Ninguno.

—Su respuesta no pudo ser procesada. Por favor, responda correctamente con parámetros válidos para la solicitud. Repito: tiene disponibilidad el viernes 28, sábado 29…

—Máquina estúpida…

CoSo se interrumpió de golpe.

—Los CoSos somos una herramienta importante para el cuidado de todos los ciudadanos y ciudadanas de nuestro amado país y nos

merecemos respeto. Por favor, diríjase a mí con propiedad y no insulte en voz alta, eso va en contra de los mandamientos estipulados en el Manual del Buen Ciudadano y…

Gloria se detuvo de golpe en plena vereda y se giró hacia su CoSo, que también se frenó frente a ella mientras seguía hablando. Esperó pacientemente a que terminara su discurso pregrabado antes de responderle.

—Tenés razón, querido, estuve mal. Me disculpo con vos y con todos los ciudadanos y ciudadanas a las que ofendí. ¿Me perdonás? —CoSo permaneció en silencio—. Muy bien. No quiero que agendes una cita con mi amiga Rosita, voy a hablar con ella y te aviso, ¿está bien?, ¿podemos esperar?

—Sí, señorita Benítez. —Fue toda la respuesta del robot.

Gloria asintió y se giró para seguir caminando.

En el supermercado al que siempre había poca gente, todos con sus CoSos otorgados y mantenidos por el gobierno, pasados de moda y un poco mochos. Muchos hablaban con ellos para preguntarles qué deberían comprar, qué precio era mejor y qué les faltaba en la casa. Gloria todavía podía acordarse de lo que necesitaba y todavía podía sumar para identificar el precio más conveniente, y se sentía orgullosa de ello.

Una vez hubo agarrado todo lo que le hacía falta, hizo la cola hasta las cajas automáticas, se posicionó ante una vacía y presionó el botón que escaneaba su carrito. Con un pitido grave la máquina le pidió que moviera un poco la harina y volviera a escanear. Así lo hizo y el escaneo se completó exitosamente. El precio total la hizo, como siempre, abrir los ojos y juntar las palmas en el pecho, agitándolas mientras levantaba la mirada y se mordía el labio inferior. Cumplido el ritual y el obligatorio comentario con la señora de al lado acerca de lo imposible de los precios, le hizo lugar a su CoSo para que efectuara el pago. Cargó todos los artilugios en sus bolsas, que se puso con dificultad al hombro, y salió de vuelta a su casa.

En la primera esquina, Gloria se giró hacia la derecha y se paró en el borde de la vereda, pero CoSo siguió de largo. Ambos, cuando se dieron cuenta del cambio de ruta del otro, se miraron. O más bien, Gloria miró a su CoSo y el CoSo percibió a Gloria.

—Este camino es más corto —sonó el CoSo.

—Pero a mí me gusta más este.

Ninguno de los dos se movió un centímetro. Las personas que les pasaban por alrededor apenas les prestaban atención.

—Este camino es más corto —repitió el CoSo.

—Pero a mí me gusta más este —repitió Gloria.

—Debe ir por este.

Gloria se cruzó de brazos con actitud desafiante. CoSo se quedó unos segundos quieto antes de empezar a hacer sonar su alarma. Todos alrededor se sobresaltaron, se giraron hacia ellos y luego siguieron su camino. Gloria no descruzó los brazos y el CoSo no dejó de gritar. La gente nueva que pasaba miraba la situación y luego dirigía a Gloria una perfecta mirada de desaprobación mientras meneaban la cabeza y se acercaban más a sus CoSos relucientes.

Al final Gloria cedió, más por la vergüenza que por el ruido, que no era tan efectivo al aire libre.

—Máquina malcriada. Ya ni se puede caminar por donde una quiere… —masculló entre dientes.

—Disculpe, no logro entenderle. Por favor, vuelva a hablarme un poco más claro.

—Nada, nada, querido. Vamos.

—No he sido capaz de seguir el hilo de la conversación. Por favor, explíqueme más claramente de qué está hablando para poder ayudarla.

Gloria apretó los puños y los dirigió a su acompañante con mirada asesina, pero se contuvo, cerró los ojos un instante y forzó la voz para que saliera calmada.

—Seguro tu camino es mejor, querido. Vamos, yo te sigo.

Pisando con fuerza caminó los pasos que la separaban de su CoSo y siguieron su camino, callados y satisfechos.

Luego de un par de cuadras Gloria se frenó junto a un montón de personas frente a una gran avenida. Los vehículos pasaban rapidísimo, tanto que Gloria dio unos pasos atrás porque sentía el viento que la empujaba cuando pasaban; y hacían tanto ruido que los oídos le palpitaban. Gloria movía la cabeza de izquierda a derecha siguiendo algunos de los autos mientras esperaba a que el semáforo les diera paso, alcanzaba a ver algunos autobuses sin ventanas que transportaban a su conductor y, de vez en cuando, a algún acompañante; o lo que antes eran camiones sin acoplado. Aunque la mayoría de los vehículos eran camionetas, largas como un tanque de guerra y tan altas que Gloria, con su estatura no particularmente impresionante, podía ver el chasis si agachaba un poco la cabeza y levantaba la vista.

Pasaron los minutos y el flujo del tránsito no disminuía y mucho menos se detenía.

—Querido, ¿cuándo se va a poner en rojo para que podamos pasar?

—Calculando… cuatro minutos y cuarenta y tres segundos.

—¿Por qué tarda tanto? —se quejó Gloria, tratando de acomodar las bolsas sobre sus hombros.

—La Gran Avenida es el más importante proyecto urbanístico de las últimas décadas. El Altísimo Gobierno Nacional contrató a una empresa líder en construcción de carreteras en los Estados Unidos de América para que la construyera. Está hecha pensando en la comodidad de las millones de personas que pasan por este punto cada día, permite llegar de manera rápida y eficiente a destino en menos de diez minutos, sin necesidad de pasar por las estrechas calles internas. La Gran Avenida fue ampliada ya tres veces, siempre en vistas de prevenir embotellamientos y…

—¡Pero si acá hay embotellamientos cada dos por tres!

—Ya se está planeando una nueva ampliación que agregaría tres carriles extras para permitir el cómodo acceso y fácil

desplazamiento al microcentro de la ciudad a todos los ciudadanos.

—… que tengan un auto —completó entre dientes Gloria, y luego agregó—: ¿Y los peatones cuándo pasamos?

—La Comisión Nacional de Seguridad Vehicular enseña que: luz verde significa *avanzar*, luz roja significa detenerse y luz amarilla significa apurarse a pasar. Los peatones deben esperar a que todos los autos estén completamente detenidos antes de cruzar y abandonar la calle antes de que la luz verde se encienda. La Comisión Nacional de Seguridad Vehicular no se hace cargo de los siniestros ocurridos a los peat…

—¡Luz verde! ¡Vamos! —Gloria se abalanzó hacia adelante junto con todos los demás, pasando frente a trompas altísimas de vehículos que expedían un calor que le quemaba la cara y el brazo. No había dado ni cinco pasos cuando la luz con forma de hombrecito se puso en amarillo y al instante los bocinazos la aturdieron. Corrió con el corazón en la boca y el CoSo rebotando a sus espaldas. Todos los demás habían alcanzado la isla pero a ella le quedaban un par de metros para llegar, vio con horror que la luz se ponía en rojo. Dio un salto maravilloso, digno de una bailarina, que casi amenaza con develar su ropa interior al público presente, y llegó a tierra sana y salva mientras sentía que a pocos centímetros de su espalda una camioneta aceleraba a toda velocidad mientras le gritaban alguna grosería desde el interior refrigerado y seguro de la cabina.

Cuando se hubo estabilizado sintió un fuerte dolor en el pecho y se sintió un poco mareada, pero pudo mantenerse erguida. Se llevó las dos manos al corazón y presionó, concentrándose en respirar por la nariz a un ritmo lento. A su espalda y a su frente el flujo de autos a toda velocidad volvió como si nunca se hubiera detenido. Se apretaba a las demás personas y CoSos en el estrecho espacio, rogando por que nadie hiciera un movimiento brusco que la empujara hacia atrás. Le pareció escuchar la voz de un CoSito pero era imposible saber si era el suyo y qué estaba diciendo. Finalmente el dolor disminuyó y pudo relajarse, “sólo fue una falsa alarma”, se

tranquilizó. Y allí se quedó esperando el nuevo semáforo. Quiso preguntarle a su CoSo cuánto faltaba pero no se animaba ni a girar la cabeza por miedo a perder la nariz, y además, se dijo, no hay que ser ansiosa. Así que esperó lo que le pareció una eternidad hasta que de nuevo la gente corrió hacia adelante y la escena se repitió. Gloria volvió a cruzar corriendo, con las bolsas de compras rebotando bajo sus axilas y una mano sosteniendo su sombrerito para evitar que se volara. Y así llegó, entre bocinazos, en el último segundo, con las rodillas adoloridas por la carrera, a la segunda isla de siete para cruzar la Gran Avenida.

Cuando Gloria finalmente logró cruzar la Avenida del Terror, como le decía ella, estaba totalmente transpirada, con los nervios de punta y muy enojada. Por eso ella quería ir por el otro camino, que se desviaba unas cuantas cuadras pero pasaba por un camino elevado con un carril para peatones, el único en 20 km a la redonda. Ella tenía suerte de que estuviera tan cerca de su casa. Pero el robotito este tenía que hacer todo de la manera más eficiente, claro, a él no le daba miedo que le pasara por arriba un camión. Si eso pasara no tardarían ni tres horas en depositar frente a ella un modelo nuevo, un poco más reluciente. Gloria se preguntó qué tan malo sería eso.

A medida que se alejaba del infierno se fue calmando, la ayudaba ver las pocas plantas que la gente mantenía en los balcones y oler, si se esforzaba, algo del aroma sintético de las flores. Mientras caminaba con paso tranquilo miró a su CoSo, iba a su lado como un niño bueno o un perrito obediente, un cubo de metal con formas saliendo alrededor. Se dijo, una vez más, que debería intentar encariñarse con él. Todas sus amigas se habían acostumbrado a sus CoSos y le hablaban maravillas de lo bien que les iba en la vida desde que ellos les ayudaban a organizar sus agendas, de toda la plata que ahorraban por mes, de que no se perdían una noticia importante y de que hasta habían bajado de peso. A Gloria no le había pasado nada de eso, quizá porque no había invertido un peso en su CoSo, tal vez si le dedicara un poco

de atención, cariño y fondos podría mejorarlo. A su lado pasó un muchacho joven montado en su CoSo, que tenía una modificación para convertirse en monopatín eléctrico. Gloria volvió a acomodarse las bolsas que colgaban de sus hombros adoloridos.

—Che, podrías ayudarme a llevar las bolsas, ¿no? —le dijo medio en broma medio en serio.

—No poseo un accesorio para cargar cosas. Si lo desea, puede adquirir uno ahora mismo, tiene envío gratis y ochenta y seis cuotas sin interés.

—A ver, vamos a comprarlo.

—¿Le gustaría agregar a la compra un accesorio para refrigerar botellas de cerveza?

—… No.

—¿Está usted segura? Es una oferta de tiempo limitado.

—Sí, estoy segura. Ni siquiera me dejás tomar cerveza.

—Entonces sólo el accesorio cargador.

—Así es.

Ruido de procesamiento.

—Lamento informarle que sus fondos no son suficientes para efectuar esta operación. ¿Desea pedir un préstamo en el Banco Amigos de la Patria? —Silencio de Gloria—. Los préstamos del Banco Amigos de la Patria son los más fáciles de sacar, se efectúan al instante, tienen la taza de interés más baja del mercado y un plazo…

—No, gracias.

—Además, si lo solicita…

—¡No, gracias!

El CoSo se calló y siguieron su camino hasta llegar a la casa sin más problemas.

Gloria se puso en seguida a guardar las compras, sabiendo que si no lo hacía en ese momento las bolsas se quedarían con los productos adentro hasta que los necesitara o hasta que se olvidara de ellos y comprara más pensando que se le había acabado. Todavía tenía tres kilos de arroz por este motivo. Mientras iba y

venía de la mesa a las alacenas el CoSo hizo un ruidito tintineante y le habló.

—Usted tiene un nuevo mensaje.

—¿Es spam?

El robotito pareció pensar por un segundo.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Esta vez no dudó.

—Entonces podés leerlo.

—¡Sólo por hoy! ¡No se pierda esta increíble oportunidad! —El volumen en el que el CoSo leía era ensordecedor—. Comprando en los próximos tres minutos nuestra increíble…

—¡Eso es spam!

—… obtendrá to-tal-mente gratis nuestro exclusivo…

—¡Silencio! ¡No quiero escucharlo!

—… pero además usando nuestro cupón de descuento usted podrá acceder a diez días de…

—¡Que te calles!

—… y además ¡podrá participar de un sorteo! Las bases y condiciones están disponibles en…

El CoSo se calló de repente cuando una lata de arvejas fue a golpearlo justo en el centro de su “cabeza” con un perfecto sonido boing como de caricaturas y dejando en su lugar una pequeña abolladura.

—Dañar de cualquier manera a su CoSo está terminante prohibido por el…

—¡Pero callate de una vez, máquina estúpida!

—Los CoSos somos una herramienta importante para el cuidado de todos los ciudadanos y ciudadanas de nuestro amado país y nos merecemos respeto. Por favor, diríjase a mí con propiedad y no insulte en voz alta, eso va en contra de los…

—No te soporto más, ojalá pudiera tirarte a la basura, ¡porquería! —Gloria ahora arrojó al suelo un sachet de leche deslactosada,

descremada y fortificada que reventó en una grandiosa explosión blancuzca.

—El Altísimo Gobierno de la Nación nos creó para cuidarla y…

—Para rompernos las pelotas, ¡para eso los creó!

—Señorita, percibo un aumento considerable en su presión arterial y en la frecuencia cardíaca. La Junta Nacional de Salud indica que estos niveles en personas de su edad y condición podrían conducir a…

—¡Me chupa un huevo la Junta Nacional de lo que mierda sea! ¡Me chupa un huevo el Altísimo Gobierno de hijos de puta, corruptos, ladrones, escorias…!

—Le recuerdo que despotricar contra nuestro Altísimo Gobierno Nacional infringe la normativa 35.607/89 subsección 75 bis, parágrafo 3. A partir de este momento, y por su propia seguridad, esta conversación será grabada.

—¡Que me graben! ¡Que escuchen todo lo que tengo para decirles! —Gloria sintió una puntada en el pecho pero decidió ignorarla—. No les importa una mierda la salud de sus habitantes, sólo les importa seguir llenándose los bolsillos de plata, nos quieren tener a todos controladitos, ¡pues conmigo no van a poder! Manga de mentirosos oportunistas…

—Señorita, su presión arterial está alcanzando niveles críticos y su actividad cardíaca está al límite de su capacidad. Si usted no se tranquiliza podría… —el CoSo se interrumpió a sí mismo y cambió bruscamente el tono a uno ligeramente más animado—. Usted tiene un nuevo mensaje.

—… hijos de remil puta, me van a escuchar a mí, no respetan a nada y a nadie…

Gloria se detuvo de repente con la respiración cortada, apoyó ambas manos sobre la mesa y se esforzó por inhalar.

—Usted tiene un nuevo mensaje —repitió el CoSo al no tener respuesta—. ¿Desea que lo lea?

Se tambaleó llevándose las dos manos al pecho.

—Qu-querido, llamá a una amb… —Gloria logró articular con mucho esfuerzo mientras se le nublaba la visa y sentía las piernas cediéndole lentamente hasta que se desplomó en el piso junto a la leche derramada.

—No puedo proceder con su petición hasta que no se complete el proceso actual. —Y agregó—: Usted tiene un nuevo mensaje.

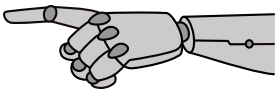
Gloria intentó hablar pero sentía la garganta cerrada y los pulmones rígidos, sólo logró un quejido gutural entrecortado.

—Disculpe, no logro entenderle. Por favor, vuelva a… No puedo proceder con su petición hasta que no se complete el proceso actual: Usted tiene un nuevo mensaje.

Gloria vio a través de los mechones de pelo que le cruzaban los ojos y la vista casi negra al robotito perfectamente estático que parecía que la miraba.

—Usted tiene un nuevo mensaje —insistió—. ¿Desea que lo lea?

Gloria no respondió.



Regresar al índice

*Este es un relato **ciberpunk** que se desarrolla en un México no tan lejano en este futuro globalizado y corporativista, y como buen **ciberpunk** clásico, trata sobre un misterio: un asesinato.*

Perro de Dios

Angelique H. Saviñón

La puerta se deslizó mecánicamente y Monseñor entró haciendo gala de su apostura. La capa roja que lo identificaba como miembro del clero revoloteó a su alrededor mientras avanzaba decidido hasta el médico legista junto a la mesa de exploración. Aprovechando su altura y complexión fuerte, miró al servidor público con intención, había que dejar claro quién era quién en el primer momento. El asunto era grave y Monseñor Bernardo Deza sabía a la perfección cómo causar un efecto inmediato e intimidatorio entre el vulgo.

El médico, que no estaba esperando una visita como esa, lo miró lleno de sorpresa en un primer instante y luego con aprensión mal disimulada detrás de su cubrebocas institucional. Un *perro de Dios* en la sala de autopsias era una mala señal, ni siquiera había comenzado a abrir el cadáver y ya estaba teniendo más problemas de los que se imaginaba. Si hubiera sabido cómo, se habría santiguado. Por suerte no tenía ni idea, lo que le daba una translúcida protección en contra de la Iglesia Católica, ese poder fáctico en la Región Mx desde mucho antes de que fuera una región más del gobierno corporativo.

Como pidiendo permiso, levantó el escalpelo y señaló con la punta afilada al cuerpo sobre la plancha metálica. Monseñor frunció el ceño y negó con la cabeza a modo de advertencia. El forense no se atrevió a moverse, si el asunto tenía algo que ver con la institución más poderosa de la región, no era él quien se iba a

interponer. Técnicamente el clero no tenía injerencia en el asunto, no en el marco legal, pero en el real sí que la tenían. Los sótanos de Santo Domingo eran famosos por lo que podía sucederte ahí si eras un estorbo para sus intereses, aunque el médico no tenía ninguna prueba porque nadie salía de ellos.

Apenas había tenido tiempo de lavar el cuerpo, de buscar bajo las uñas y de tomarle las huellas dactilares, las cuales una vez en el sistema habían informado al clero quién era el individuo sobre la mesa. Cosa que no le había advertido a él. Le habría encantado saberlo de inmediato y no con una visita sorpresa y sin ninguna advertencia; y de todo un Monseñor, los agentes de más alta jerarquía de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que en tiempos menos infames había sido conocida como la Santa Inquisición.

Deza se acercó al cuerpo, rígido y pálido, como un San Miguel brillando bajo los focos de luz intensa sobre la plancha. Su cabellera rubia y rizada, algo más larga de lo que el reglamento sugería, se movió mientras se agachaba un poco para ver de cerca el cuerpo. Entrecerró los ojos azules y con un movimiento fluido y elegante sacó un pañuelo para cubrirse la nariz.

El diácono René Santoyo había visto mucho mejores días. Era evidente que había recibido una golpiza y que su atacante había terminado con su vida usando algo para estrangularlo. Quizás una cuerda o algo similar, las líneas amoratadas alrededor de su cuello no le dejaban la menor duda. Deza se preguntó cómo habría sido en vida, sin duda un hombre pequeño y extremadamente delgado, con los hombros enjutos y sin el menor rastro de vello sobre el cuerpo. La nariz rota no parecía haber tenido mucho mejor aspecto antes del ataque y sus labios gruesos y amoratados no concordaban con lo delgado del rostro. En pocas palabras, Santoyo no era un ejemplar digno de la más insigne de las instituciones actuales, que no moderna, la Iglesia Católica. Algo en el cuerpo desnudo le parecía repugnante, algo que no acababa de estar en su sitio. Monseñor se alejó un poco para verlo bien, la piel morena tenía un

tinte azulado dejado por la muerte y su cabeza rapada le molestaba casi tanto como el único rasgo que podía considerarse hermoso, las largas y negras pestañas rizadas. Monseñor sintió una punzada de envidia, su segundo pecado capital favorito, el primero, estaba aún en pugna entre la lujuria y la soberbia.

Siendo como era, el más joven y recientemente ordenado entre los de su clase, lo habían mandado a hacer el trabajo sucio de recolección y encubrimiento del día. Que el asunto resultara ser un asesinato era una suerte, pues este tipo de afrentas se las tomaban muy en serio y la Iglesia siempre vengaba a los suyos. Esta sería una magnífica oportunidad de demostrar su valía y celo religioso a la jerarquía.

Sin tocar el cuerpo ni por error, lo observó con detenimiento. La piel se veía extrañamente tersa y brillante, las uñas presentaban manicura tanto en las manos como en los pies, los cuales tenían una pequeña deformación por usar zapatos demasiado estrechos, esa conocida como juanete. Deza se preguntó a qué salón de belleza acudiría, la factura de su manicura era muy superior a la que sus uñas ostentaban, sin duda, tendría oportunidad de enterarse durante la investigación. Hizo una nota mental sobre el asunto y prosiguió con su observación. Incómodo fijó su atención sobre los genitales, tan desnudos sin el vello natural que les correspondía. Rasgo que no era raro en los jóvenes de estos tiempos decadentes, sin embargo, el cardenal primado de la región había dejado claro que las modificaciones corporales estaban desaconsejadas. Si bien se refería a los injertos biomecánicos que podían darte habilidades sobrehumanas, la cuestión podía extenderse a otras áreas, como las correcciones estéticas y el vello corporal. Deza se vanagloriaba de mantener el pelo natural en las zonas naturales, simplemente recortado para hacerlo más cómodo. Lo que no tenía nada que ver con lo estético, eso era un extra accidental.

Sobre la piel, en las partes pudendas, había pequeñas partículas brillantes, apenas perceptibles cuando Monseñor movía la cabeza de un lado al otro.

—¿Sabe qué es eso? —preguntó señalando el punto con el meñique, como si eso hiciera menos obvio el lugar.

El legista tragó saliva preguntándose qué tenía que responder, era obviamente un juego completo de genitales masculinos, pero cuando un Monseñor te pregunta hay que responder siempre y con cuidado.

—¿Se refiere a la estructura anatómica? —dijo inseguro.

— No, no. A eso que brilla, es tan pequeño y apenas se aprecia.

— No, Monseñor, no lo sé —prefirió responder para mantenerse en un lugar neutro y seguro.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la esquina de Cuba y Héroes del 57.

—Entre la calle República de Cuba y el callejón Héroes del 57, querrá decir… —Deza lo miró con desaprobación—. ¿Alguna sospecha de que movieran el cuerpo? —El médico negó con vehemencia—.¿Causa de muerte?

—Asesi…

Deza lo miró de lleno, levantó una ceja y negó con la cabeza lentamente.

—¿Suicidio? —Preguntó nervioso.

La absoluta indignación de Bernardo Deza, Monseñor de la Congregación y *perro de Dios* recién ordenado, fue absoluta. El legista tembló ligeramente mientras respondía con la única otra opción.

—¿Accidente?

El padre Bernardo se relajó, sonrió beatíficamente y haciendo un ademán con ambas manos como mostrando el buen camino, le aseguró.

—Eso es, no fue tan difícil, ¿verdad? ¿Alguna señal de su cruz? —El médico negó con la cabeza—. Ahora llene los papeles pertinentes y haga su trabajo. —Señaló el cuerpo sobre la mesa haciendo una línea que indicaba el curso del bisturí sobre el torso—. Ah, y no es necesario poner detalle alguno sobre lo que encuentre

en los registros, con venir a confesármelo a mí será más que suficiente.

Con una elegante inclinación de cabeza se despidió y salió de la sala de autopsias tan rápido como le fue posible.

El legista volvió a respirar con normalidad.

***

Mientras recorría la ciudad en su bala eléctrica regresando a Santo Domingo, tomó un desvío para acercarse al lugar donde el cuerpo del diácono había sido encontrado, estaba a apenas a unas cuantas cuadras de la sede de la Congregación. El lugar estaba lleno de negocios anunciado sus mercaderías en pantallas enormes, donde los videos promocionales interactuaban con los paseantes. Un lugar ofrecía implantes de navegación en la red a precios ridículos, mientras otros ofrecían mercaderías mucho menos elegantes, modificaciones físicas y estéticas, así como puertos neurales de todo tipo. Sin pudor alguno, un miembro viril se erectaba en tercera dimensión en una de ellas, anunciando un implante peniano que podía darle largura y anchura a cualquier pene por diminuto que este fuera. “¡Si no te sirve, cámbialo!”, gritaba el anuncio con desparpajo. Deza rió con desprecio sabiéndose poseedor de una anatomía que no necesitaba ninguna ayuda de la tecnología. Era fuerte, hábil y ciertamente viril, las hermanas de la Vela Perpetua podían atestiguarlo, siempre y cuando no fuera frente a su superiora, claro está.

En el establecimiento vecino, una adolescente de senos enormes bailaba con poquísima ropa en la pantalla de tamaño natural. Sus minúsculas prendas translúcidas no dejaban nada a la imaginación mientras se contoneaba y se quitaba poco a poco la ropa interior hasta que, inclinándose y mostrando el trasero desnudo, se sacaba lo último, una tanga también transparente, separaba las piernas y entonces, si el espectador prestaba atención, la verdad se revelaba. Al darse la vuelta, los genitales masculinos volaban junto con ella. Deza sintió una mezcla de asco y confusión, lo habían engañado y no le hacía la más mínima gracia. “¡Haz

realidad tus sueños…!”, gritó el anuncio mientras Monseñor ofendido dejaba de prestarle atención.

Justo en la esquina que le interesaba había un negocio de conexiones neurales, esa forma directa de entrar en el espacio virtual y navegar por sus ríos y corrientes como si de la realidad se tratara. Por supuesto que la Iglesia Católica estaba en contra de ellos, pero si se era discreto se podían tener incluso después de la tonsura. De hecho, de preferencia después de ser ordenado sacerdote, pues nadie iba a venir a revisarte la cabeza en busca de puertos neurales o de cualquier otro tipo una vez integrado a la noble institución religiosa. Después de los escándalos del siglo pasado, la Iglesia tenía mucho cuidado con cuánto intervenía en los cuerpos de sus miembros, sobre todo si eran niños a los que aún consideraba como su deber educar y dar guía espiritual. Al menos eso era lo que afirmaban públicamente.

Mantenía sus puertos de última generación ocultos por los rizos rubios y su personalidad magnética y fascinante. Hasta ahora nadie se había preguntado cómo se las arreglaba para estar al tanto de todo de la manera más rápida. Tenía un as bajo la manga, o más bien en la nuca, que le había ayudado a escalar la jerarquía en tiempo récord, ordenándose Monseñor a los veintisiete años, y su carrera iba en asenso. Por suerte, alguien había dado una golpiza y estrangulado al diácono Santoyo y ahora podía casi tocar una nueva ascensión futura.

Riendo para sí mismo, caminó por toda la cuadra hasta el final de la calle. El lugar le parecía extrañamente familiar, había estado aquí no hacía mucho tiempo, pero no tenía muy claro… entonces lo recordó. El *Babilonia* tenía su sede principal en los altos de este edificio colonial, desfigurado en su planta baja por las pantallas y los anuncios desvergonzados. El más selecto club para caballeros, había sido el escenario de la celebración de su ordenamiento. Apenas había recibido la tonsura, se había ido con sus otros compañeros a celebrar por todo lo alto a un lugar famoso por su discreción, sus mujeres jóvenes y hermosas, y por su amplia

experiencia solapando las bacanales de los miembros del clero regular y secular. Era uno de los poquísimos lugares donde las trabajadoras eran todas del género y sexo femenino, lo que evitaba confusiones y problemas. En este lugar, los miembros masculinos y normales de la Congregación podían departir a sus anchas sin que nadie se enterara, salvo los clientes de las otras órdenes clericales.

Deza suspiró recordando las carnes núbiles bañadas en champaña, los jugueteos íntimos y la debacle orgiástica que había tenido como premio a los años de férrea preparación dentro de una de las instituciones más tradicionales y conservadoras en este mundo postmoderno. Las filas de la Congregación estaban formadas de hombres de verdad, dispuestos a defender la gloria de nuestro Señor y su Iglesia verdadera, así como a sus miembros.

En su ensoñación, las burbujas de champaña se le subían por la nariz, mientras las serpentinas y el confeti llovían desde el techo, una bomba de brillantina explotó en el aire y él y sus compañeros quedaron cubiertos de polvo dorado. El cual hizo brillar de manera irreal la piel desnuda de la compañía femenina. Deza abrió los ojos y salió del sueño de golpe. Eso era lo que brillaba sobre Santoyo, era de otro color, no dorado, pero eso era lo que tenía sobre la piel de… Monseñor no quiso recordar más detalles anatómicos, la sola idea le incomodaba. Los hombres podían bañarse juntos en un gimnasio después de ejercitarse, pero admirarse mutuamente, eso no era de hombres.

Volvió rápidamente a su descubrimiento. Sin duda, el diácono había estado en el mismo club. Tendría que verificar algunos datos antes de ir a indagar en el lugar, esperaría a que estuviera abierto para ir y hacer las preguntas pertinentes. Por ahora regresaría a Santo Domingo a revisar la ficha de René Santoyo.

Esperó a que la oficina se vaciara. A diferencia de otras instituciones de gobierno y vigilancia, la Congregación prefería que sus miembros trabajaran en las oficinas ubicadas en el antiguo edificio que les había pertenecido durante siglos, eso es sin tomar en cuenta un ligero *impasse* cuando después de las Leyes de

Reforma había servido para distintos usos, incluida la Escuela de Medicina. Para Deza, que el edificio de la Santa Inquisición se hubiera convertido en el hogar de la escuela de cirujanos allá por el siglo diecinueve, con sus sanguijuelas y amputaciones sin anestesia, representaba solamente un cambio de razón social y no uno de fondo.

De cualquier forma, la Congregación lo había recuperado y ahora volvía a tener la santa misión para la que había sido construido. Por suerte, las oficinas de los Monseñores se encontraban en un piso superior muy lejos de la planta baja donde incluso él, aún hoy en día, podía sentir un ligero estremecimiento helado recorriéndole la espalda, incluso en verano.

Ya instalado en su cubículo, pequeño y gris, prendió la pantalla y su terminal. La personal, que no se diferenciaba en nada de la que la Congregación le había suministrado, salvo en que no estaba monitoreada. La conectó a la red. Desde su lugar, con la elegantísima vista a los baños, inspeccionó sus alrededores antes de comenzar. Sus compañeros, mucho menos astutos, se habían burlado de él pensando que la desagradable ubicación le había sido impuesta sin sospechar que el joven sacerdote había pasado por el centro de control y verificado que éste era el lugar idóneo para él, no sólo porque tenía a la vista los baños de mujeres, los cuales por falta de féminas en todo el edificio nunca se usaban, sino porque por ser ésta una sensible ubicación, no tenía una cámara dirigida directamente. Los antiguos sistemas de monitoreo eran los predilectos de la romana institución, ya que Dios lo sabe bien y algunos prelados también, lo analógico no miente a diferencia de lo digital.

Aún hoy soportaba las burlas de los otros Monseñores, riendo por dentro y por fuera de lo que los otros siervos del señor desconocían.

Sacó los cables de su escondite y los conectó primero a la terminal y luego a los puertos en su nuca. Deza no tenía conexiones neurales, las más intensas y fidedignas, porque esas se

encontraban instaladas demasiado cerca de los centros de placer cerebrales, donde el continuo estímulo volvía un adicto a la red a cualquiera que los usara, destruyéndole el sistema nervioso eventualmente. Los puertos destinados a una navegación más modesta y segura eran la mejor opción. No era que la Santa Madre Iglesia viera con buenos ojos ninguna de las dos alternativas, pero se hacía de la vista gorda con las más simples, mientras condenaba abiertamente y con fervor —religioso por su puesto— las otras por su enormemente placentero efecto colateral, cosa que los jerarcas no podían tolerar. Actitud obligada, consensuada y harto católica.

Lo que estaba a punto de hacer era un pecado y una violación dentro del derecho canónico, de nuevo acciones de la misma índole.

Con la experiencia en la navegación en la red de redes, Monseñor se internó en los recovecos de los archivos eclesiásticos, encontrado como solía hacer una puerta trasera, en sentido figurado y para nada anatómico. Entró con fuerza y de una sola vez hasta las fichas personales de los miembros del clero secular. Ahí encontró que René Santoyo pertenecía a la Sociedad de San Pablo, orden religiosa dedicada a la misión sagrada de la difusión del mensaje cristiano, aprovechando los medios electrónicos. Entrar en los datos de esta orden le tomó algo más, por lo visto tenían mucho cuidado con dejar los traseros al aire, metafóricamente claro está. Le costó mucho más trabajo entremeterse en la estrecha seguridad, pero por fin, y después de grandes esfuerzos, consiguió penetrar las resistencias del sistema.

Dentro de su cabeza y detrás de sus ojos, se desplegó toda la información que requería. Deza hizo una copia que guardó en su terminal. Parpadeó varias veces seguidas y salió de la red. En la pantalla frente a él, el ciclo de imágenes de reportes seguía moviéndose lentamente para aparentar que leía su contenido, cosa que no era necesaria cuando se entraba a la red de manera directa.

Ahora sabía que el diácono transitorio se había ordenado hacía más de seis meses, lo que descartaba que estuviera celebrando en el *Babilonia* la imposición de manos que lo elevaba un grado más,

acercándose al presbiterio o sacerdocio. Sus exámenes psicométricos y de aptitudes lo señalaban como un buen candidato, quizás un poco menos obediente de lo conveniente, pero nada de lo que sus superiores no pudieran hacerse cargo. El resto lo describía a la perfección: sexo masculino, no había otra opción, en realidad la otra casilla ni siquiera existía en las formas; Heterosexual, muy necesario después de los escándalos pasados y casi olvidados; con poco entusiasmo por el ejercicio físico, bastante obvio en la mesa de disección; amante de la vida familiar, pero con cierto recelo por el sexo femenino, prudente desde su punto de vista; consciente de su apariencia física —¿y quién no?, se preguntó Deza—, y propenso a la fantasía y a no decir toda la verdad, otra característica que Monseñor apreciaba personalmente. Sin embargo, su expediente estaba limpio, o casi limpio.

Comprobó en su cuenta de gastos que había invertido una cantidad generosa en una o dos tarjetas prepagadas, las cuales habían sido usadas para comprar diversas mercancías cerca del lugar donde lo habían encontrado, pero nada directamente en el antro de perdición favorito de los de su clase. Sin embargo, había comprado otra tarjeta prepagada, movida con la cual lo había dejado fuera del rastro, ya que la cuenta de ésta no estaba ligada a la personal del diácono. Haciendo una inspección más concienzuda de lo adquirido en el lugar, Deza reconoció la dirección. “¡Te tengo pillin!”, pensó divertido. El infortunado Santoyo había comprado una dosis de elefante de cierta sustancia que promovía el estado de excitación, en el local desvergonzado que se anunciaba con un falo en completa erección.

“René parecía ser un miembro regular del clero secular”, Bernardo Deza rió para sus adentros al pensarlo. Ahora estaba seguro, no había forma de interpretarlo de ninguna otra manera, René Santoyo había estado en el *Babilonia*.

***

El lugar estaba iluminado por luces rojizas y tenues, había un perfume floral flotando en el aire y un par de muchachas rieron al

verlo entrar. Por lo visto lo reconocían, aun cuando él no tenía ni la menor idea de quiénes eran. Sus ropas escasas y sus senos desnudos con los pezones erectos le parecieron mucho más familiares que sus rostros juveniles embarrados con maquillaje excesivo. Una mujer algo mayor que las muchachas, que se secreteaban de manera indiscreta, se le acercó. Vestía de la misma forma que sus compañeras, un corsé apretado que no cubría los senos, una falda de lápiz abierta a un lado hasta la cadera, medias negras con ligas en los muslos y costura posterior, zapatos de tacón altísimos, relucientes y afilados. A diferencia del blanco irónicamente virginal de sus subalternas, su uniforme de trabajo era rojo obscuro, todo del mismo tono. Si Deza se hubiera atrevido a venir con el suyo, habrían hecho juego con la capa rojo cardenal y el cuello romano de su traje de motociclista del mismo color, que lo marcaba como sacerdote.

Bajo sus ropas de civil, Deza llevaba como siempre su cruz, carísima joya que se les entregaba a todos los sacerdotes como signo del aprecio de la Iglesia Católica que siempre velaría por ellos después de ser ordenados. No temía que pudiera perderla en las fervientes actividades del lugar, ya que tenía su nombre grabado y su número de afiliación. Cualquiera con la cabeza sobre los hombros y un mínimo de cristiana educación, sabía que con esas cruces no se jugaba, nadie se atrevía a venderlas o a comprarlas, no si se tenía miedo a la ira de Dios y de sus perros.

Ella lo notó de inmediato, se dirigió a él. El cabello larguísimo y rojo se movía junto con ella, haciendo un bamboleo que lo hizo seguir las redondeces de su cuerpo oscilando en sentidos opuestos. Su maquillaje era más discreto y aplicado con mano experta, las larguísimas pestañas eran sin duda aplicaciones de gran calidad que hacían ver sus ojos verdes de diseñador aún más grandes y entornados. Su rostro, un óvalo perfecto de mejillas lozanas y pómulos altos, parecía natural, junto con los labios como un botón de rosa. La Madame no podía tener más de diecinueve años, lo que en años de su profesión podía traducirse al menos a tres decenas.

—Misty, la encargada del *Babilonia*. —Le extendió una mano de uñas largas lacadas en el mismo color que su indumentaria—. Un placer tenerlo de vuelta, ¿Monseñor…?

Deza tomó la pequeña mano que se le ofrecía y la besó con suavidad mientras no dejaba de mirarla a los ojos. Era claro que reconocía a su clientela con solo una mirada, de la misma forma en que el sacerdote no la habría confundido con una mujer decente, ni aunque estuviera completamente vestida. Podía adivinar que provenía de un orfelinato, o quizás fuera una niña de la casa de asistencia de la Iglesia. Ambas instituciones recogían niños en estado de orfandad y se hacían cargo de ellos. Quizás tenían que trabajar y pagar por su sustento, pero si sobrevivían y llegaban a la adultez, en algunas ocasiones podían seguir ejerciendo el oficio que habían aprendido desde pequeños. Su belleza natural había sin duda jugado a su favor, o quizás en contra, dependiendo del número de clientes que se le permitiera atender. Esos lugares difícilmente seguían las reglas del trabajo infantil a cambio de alojamiento, el gobierno corporativo no era partidario de mantener zánganos. Desde la despenalización mundial del sexoservicio hacía décadas era, después de todo, un trabajo como cualquier otro.

—Me gustaría saber si reconoce a este sujeto. —Se aventuró Deza tratando de sacarla de balance y obtener una respuesta menos maquillada que sus compañeras de trabajo.

La pantalla de su terminal brilló con la imagen de René Santoyo, en vida y con aspecto más vivido, que no más agraciado que en la mesa de autopsias.

Misty lo miró por un segundo y sin ningún gesto de reconocimiento respondió.

—No.

—Está completamente segura, tenemos pruebas de que estuvo aquí hace apenas dos días…

Misty sonrió. Con calma se le acercó, le hizo un gesto con la mano para que descendiera a su nivel y le susurró al oído.

—No lo recuerdo, pero difícilmente podría recordar un rostro como ese. En cambio el suyo, Monseñor Deza… es inconfundible.

Le rozó el lóbulo de la oreja con los labios y el *perro de Dios* sospechó que le estaba mintiendo. Misty sacó la lengua y jugueteó con el hélix mientras su dueño se dejaba hacer disfrutando del trato profesional que estaba recibiendo.

Se le colgó del cuello y le propuso en un susurro bajo y ronroneante.

—¿Por qué no me acompaña a mi oficina y nos ponemos más cómodos?

Siendo como era una tontería desperdiciar la ocasión, Monseñor se dejó guiar a los fondos del *Babilonia*, un lugar del que se sabía poco y nunca se hablaba. Para su decepción, la oficina era en verdad una oficina y no una habitación de lujo con espejos en el techo y una cama con forma de corazón. Los fondos del *Babilonia* no podían decepcionarlo más.

Misty le sirvió una porción generosa de brandy, del real y no la burda imitación metílica con saborizantes artificiales que se obtenía en el mercado por estos días heterodoxos. Mientras disfrutaba del licor y su aroma característico, Misty tomó asiento sobre sus piernas. Deza se preguntó si se habían visto antes, quizás no lo recordaba pero ella estaba consciente de sus preferencias. Lo besó lenta y profundamente, saboreando el brandy que ambos acaban de beber. Le desabotonó la camisa negra que se había puesto para la ocasión y con dedos ágiles le acarició el pecho ancho y fuerte. Deza trató de llegar a su terminal para transferir los créditos, pero Misty lo detuvo.

—Va por mi cuenta, Bernardo Deza… —dijo la chica mientras lo miraba a apenas unos centímetros de su rostro.

Comprendiendo que la caridad cristiana era una virtud que no se debe rechazar, la tomó por el cuello para besarla de nuevo mientras con la mano libre le acariciaba los senos desnudos.

Ahora estaba completamente seguro, Misty le estaba mintiendo.

La besó despacio antes de irse. Misty sabía más dulce que el vino de consagrar y se sentía más aterciopelada que las mentiras que le había susurrado al oído, en definitiva era una amistad que valía la pena profundizar.

Salió del despacho sintiéndose satisfecho, el trato profesional con un toque de desesperada necesidad de satisfacer era algo a lo que pocas veces tendría acceso. Fuera lo que fuera que le estaba ocultando lo descubriría tarde o temprano, quizá más bien tarde para sacarle provecho a los servicios gratuitos que seguramente vendrían más tarde.

Silbando descuidadamente llegó al bar, aún era temprano y el lugar no estaba lleno. Apenas era jueves, el día en que los establecimientos nocturnos de la zona comenzaban a abrir después del tradicional día de descanso entre semana.

Una de las chicas que lo había recibido se le aproximó. Poniendo una mano sobre el pecho de Monseñor sonrió complacida al sentir la cruz bajo sus ropas.

—!Huuyy su santidad, lo que sea que ésa te haya hecho, yo lo puedo hacer mejor! Soy más joven y más bonita.

Deza alzó la cejas ante la confusión de términos, la muchacha estaba completamente equivocada salvo en una cosa, en efecto era mucho más joven que la Madame.

—Monseñor… “Su santidad” es solamente el Papa. Por ahora me encuentro en una situación de perfecta satisfacción, sin embargo, quizás otro día, uno en que la señora de la casa se encuentre ausente, podríamos divertirnos un rato.

Monseñor sonrió sabiendo el efecto que sus labios rozados podían tener sobre las féminas, sobre todo las jóvenes, y esperó a ver si el pez había picado.

—Pásate por aquí el lunes. Misty no trabaja ese día, ni ningún otro, pero los lunes no está.

—¿Lo reconoces?— el oficial del Santo Oficio le mostró la imagen de René Santoyo en su terminal.

La muchacha torció la boca y dejó escapar un resoplido.

—Es un hentai, un cerdo y puede ser violento —dijo llena de repulsión—. Se sienta siempre ahí en el mismo lugar, en la orilla de la barra, como si estuviera clavado. O se va del otro lado. Mirándolo todo, se te queda viendo con esos ojos… Nunca paga por nada, solo por uno de esos tragos caros y de color rosado que saben cómo a jarabe para la tos.

—¿Por qué dices que es un cerdo?

La chica volvió a suspirar, la conversación no estaba yendo en la dirección que le hubiera gustado.

—Espía y se masturba delante de los privados… es un mirón. Y uno de los amiguitos especiales de Misty. No eres el único que se lleva a su despacho…

La muchacha dijo esto último esperando dejar a su jefa mal parada frente al apuesto Monseñor. Deza sonrió ante el obvio intento por desplazar a la Madame en su interés. Sin embargo, este era casi puramente profesional.

—Bien, me aseguraré de estar por aquí el lunes… ¿Más o menos a esta hora? —dijo mientras escaneaba el código impreso sobre su seno izquierdo, le pellizcaba el pezón y le trasfería una jugosa propina, leyendo el nombre en el recibo—. Alexia, ahora sé por quién preguntar…

***

Era la hora perfecta para regresar a las oficinas de la Congregación, a esta hora ya no habría nadie y podría navegar libremente sin tener que cuidarse la espalda. Para su decepción había al menos uno de sus compañeros de armas aún trabajando a esa hora. Antonio López, al que por razones históricas, de comportamiento y edad, apodaban el *Santana*, estaba metido en su pantalla llenando algún registro o mandando reportes, a Bernardo no le importaba cuál. Molesto se fue a su cubículo frente a los baños y comenzó la búsqueda a pie. Encontró rápidamente que Santoyo tenía un reporte disciplinario, el cual había terminado con su reubicación a otra parroquia. Sin embargo, no había detalles de su falta, simplemente una anotación del párroco que mencionaba un

comportamiento impropio. Deza dio un resoplido divertido imaginándose a Santoyo practicando el pecado de Onan frente a un confesionario, donde una feligresa hincada hacía mención de sus pecados más indecentes. Inmediatamente borró la imagen del diácono en actos abominables y se centró en la feligresa, por seguridad.

Dio un brinco cuando el otro Monseñor en el lugar le dio una palmada sobre el hombro.

—¡Conque Santoyo, eh! Lo que dicen por ahí es que fue un asesinato y no un accidente. ¿Estoy en lo cierto?— dijo su congénere mientras leía lo que tenía desplegado en la pantalla.

—Eso está solamente entre el Señor y él… Ahora si me permites…

El *Santana* no se tragó ni por un segundo la insinuación de que el asunto era solamente un suicidio encubierto. De hecho, todo el asunto apestaba a pecado capital y a ascenso rápido. Si tenía oportunidad le escamotearía el caso al inexperto Monseñor Deza, que tenía tan poco tiempo siendo uno de ellos que seguramente no sabría cómo protegerse el culo, casi como si fuera un seminarista en la Legión.

Ambos hombres se miraron con suspicacia. El *Santana* rió comprendiendo que quizás este nuevo recluta no era tan fácil de pelar como se estaba imaginando. Asintió un par de veces entrecerrando los ojos y se fue riéndose mientras bajaba las escaleras.

Deza esperó hasta escuchar el sonido particular de la bala eléctrica del *Santana* para conectar su terminal a la red y hacer lo propio con los puertos detrás de su cabeza. Ahora podía buscar sin restricciones y meterse donde no tenía permiso. En los archivos de los Paulinos no encontró nada de provecho; algunas imágenes curiosas de los seminaristas haciendo prácticas, una obra de teatro donde la falta de mujeres era tan obvia como dolorosa para la vista y una página abandonada sobre la mass media y la misión espiritual de la generación a la que pertenecía Santoyo. Nada que le fuera de

provecho, salvo constatar que el diácono era como cualquier otro y que nunca debería volver a usar tacones.

No podía ir a la antigua parroquia del diácono todavía, no si no quería alborotar al gallinero. Sus pesquisas tenían que ser lo más discretas posible, sobre todo ahora que el astuto *Santana* estaba sobre aviso.

Se enfocó en entrometerse a las redes de seguridad del Centro Histórico de la Región Mx, que eran una herencia de la antigua la capital del fracasado país al gobierno corporativo. La Pachimon Seikatsu, la empresa líder mundial, no había invertido en algo que no les interesaba en absoluto cuando habían tomado las riendas y la administración de la región, por lo que le fue muy fácil encontrar las grabaciones del lugar y momento adecuados. Ahí estaba Santoyo caminando solo por la calle, doblando la esquina y saliendo de cuadro, dirigiéndose al lugar donde sería brutalmente atacado. El cual por supuesto no tenía cámaras que lo cubrieran. Quien fuera que lo había asesinado lo sabía, no podía ser de otra forma. El espacio donde lo habían matado era limitado y en el video de la otra cámara cercana no había nada de interés. Un par de borrachos caminando con inseguridad y eso era todo.

Volvió a revisar las imágenes, ahora buscando lo que podría haber pasado en los alrededores. Encontró de nuevo a los borrachos, los cuales habían salido del *Babilonia* y a Santoyo, que pasaba por el mismo lugar y dirección unos segundos después. Los dos hombres de paso inseguro habían ido y regresado separándose en algún punto, ahora solamente uno de ellos aparecía en la imagen pasando de largo y siguiendo hasta la otra cámara. Curiosamente Santoyo había hecho el mismo recorrido. Pero no aparecía de nuevo en el siguiente video, como el hombre en estado de ebriedad.

Alguien lo había atrapado y asesinado en el momento justo. Podrían haber atacado al otro hombre, que si bien era alto y fornido, estaba en un estado lamentable y apenas se tenía en pie por sí mismo, mientras que René parecía estar en perfecto estado cuando seguía a los dos hombres. Tenía que ser una celada. “¿Por qué

alguien querría asesinarlo?”, se preguntó Deza, quien en un principio había pensado que lo habían atacado para robarle la cruz que tenía colgada en el cuello después de ser ordenado diácono, y que no había sido encontrada con su cuerpo. En este momento el caso parecía mucho más complicado de lo que se había imaginado.

***

El *Babilonia* estaba completamente desierto, la hora y el día eran los menos concurridos por lo que Deza entró vistiendo su uniforme sin temor a que nadie lo reconociera. No era que de hecho nadie supiera que el clero entero se pasaba por el lugar, sino el hecho de hacerlo con su uniforme de trabajo. Sin embargo, venía en plan oficial y tenía en mente usar esto para conseguir lo que se proponía. Alexia lo recibió gustosa, ya lo estaba esperando en la puerta cuando llegó. Trató de llevárselo del brazo directo a un privado pero Monseñor le puso resistencia, tenía otras cosas en mente.

El precio por que lo llevara a dar un tour por la oficina de su jefa fue exuberante. Deza pagó resintiendo los efectos adelgazadores en su cuenta de créditos, la cual aún no se recuperaba de la francachela de su ordenamiento. Nada costaba tan caro estos días como romper el voto de castidad con un mínimo de discreción.

Ahora podía inspeccionar el lugar a sus anchas. Buscaba el sistema de monitoreo del *Babilonia*, por desgracia no parecía tener nada parecido, al menos no en la oficina de la Madame. La mayor parte estaba ocupada con cajas de licores de imitación y algunos verdaderos. Detrás de una cortina encontró una puerta cerrada, tenía una mirilla y una cerradura magnética que no sería fácil abrir sin la combinación. Tendría que hacer un esfuerzo particular para hackearla y poder entrar a lo que fuera que estaba resguardando. Sus puertos y el conocimiento sobre la red le daban habilidades que sus otros compañeros en la fe no tenían.

Revisó los cajones del escritorio, estaban abiertos. En el más largo al frente encontró algo que no esperaba, no tan fácilmente, la cruz con el nombre y número de filiación de Santoyo brillaba con el oro del que estaba hecha.

—¿Quién más estuvo en el *Babilonia* la última vez que viste al mirón?

—Los de siempre, nadie en particular… Otros curas…

—¿Lo conocían?

La chica se encogió de hombros, en verdad no lo habría notado ni aunque le interesara.

—Eran como tú, pero no como tú…

Antes de que le preguntara a qué se refería, Misty abrió la puerta de golpe, chasqueó los dedos y Alexia salió corriendo del lugar aterrada.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo sonriendo sin que la sonrisa llegara a sus ojos.

—Lo mismo digo… —Antes de que Misty dijera nada más o llamara a sus guardaespaldas, Deza levantó la cruz por su cadena y la balanceó como si tratara de hipnotizarla.

Por suerte para Deza, que se sabía en inferioridad numérica y física contra los vigilantes modificados, el movimiento dio resultado y la Madame esperó en silencio para ver qué era lo que el *perro de Dios* querría.

—Ya no puedes negar que conocías a René Santoyo. Ahora me vas a decir todo lo que sepas de la noche en que murió.

La reacción de Misty fue mucho más elocuente que cualquier cosa que hubiera podido decir, abrió los ojos con sorpresa, no estaba enterada de que René estuviera muerto. Como toda una profesional curtida por los años de servicio, se controló de inmediato.

—No sabía que estaba muert… muerto. — Misty respiró profundamente, por lo visto lamentaba la noticia sinceramente.

—¿Pero le robaste la cruz?

Misty sonrió con sorna y se relajó. Tomó la botella de brandy, se sirvió un trago generoso y le ofreció uno a Monseñor, que no supo negarse al raro placer de una cosecha fidedigna proveniente del espacio Schengen.

— Yo no he robado en mi vida, Monseñor. Mis pecados son muy distintos. Renée me la dio, no quería perderla.

Monseñor resopló burlón al escuchar la manera afrancesada en que Misty pronunciaba el nombre del diácono, lo que la delataba como una graduada de alguna de las casas para niñas a cargo de alguna orden religiosa dedicada a la enseñanza.

—¿Perderla cómo?

—Estamos en donde estamos, Monseñor…

—Déjate de evasivas, Misterione, sé que era un mirón. ¿Perderla cómo?

La Madame volvió a sonreír. Se tomó unos segundos para responder y ponerse cómoda tras su escritorio mientras se aseguraba de que no le faltara nada, lo que era un insulto nada velado para Deza.

—Estaba celebrando, pero no me explicó qué. A Renée le gustaba mirar, espiar desde donde nadie lo notara. Pagaba bien para poder hacerlo… Yo no tenía ningún problema con eso, ni con sus celebraciones. De tanto en tanto venía y se bebía algo en el bar y disfrutaba de lo que miraba y deseaba. —Deza apretó los puños en señal de que estaba perdiendo la paciencia—. Entiendo, Monseñor… tenía un vicio, un gusto por lo prohibido. Lo traía aquí para mantener las cosas en calma, le gustaba mirar, sentía envidia de lo que otros tenían y podían hacer, y él no.

—¿De qué hablas exactamente?

—Le gustaba tomar por la fuerza lo que no podía conseguir de otra manera.

Misty esperó a que Monseñor comprendiera de lo que estaba hablando. Santoyo era un violador, cómo se le había escapado este hecho a la Santa Madre Iglesia, era un verdadero misterio. Después de los escándalos que casi habían acabado con la más insigne de las instituciones de Dios, era un error que se cometía en poquísimas ocasiones. Para eso tenían una batería de pruebas psicológicas a prueba de balas.

—No hay ningún reporte al respecto, ninguna acusación… —Deza esperó a que Misty le diera alguna explicación.

—Sabe… sabía escoger a sus víctimas muy bien. Y sí, nadie reportó nunca.

Misty sonrió con una extraña mezcla de triunfo y satisfacción. Era claro que sabía quién era Santoyo y no le importaba en absoluto.

—Y, aun así, era tu amigo…

Misty sonrió con regocijo y Deza supo que estaba recordando algo muy poco salubre.

—Soy lo que soy, Monseñor.

—¿Qué hay detrás de la puerta? —preguntó entre dientes tratando de que no se le notara lo incómodo que la revelación lo hacía sentir.

Misty se levantó, pulsó los botones de la puerta y la abrió. Deza prestó toda la atención posible perdiéndose dos números finales. Entró en el pequeño espacio atiborrado de cajas del licor más caro y el champán más fino. Misty se le unió, quitándose la chaqueta que cubría sus senos desnudos y turgentes. En el espacio limitado era imposible no rozarla, no sentirla contra el traje de cuero escarlata, calentando las partes donde su piel hacía contacto. Misty le ofreció los labios y los senos para que los tomara como prefiriera y Monseñor no tuvo la fuerza para resistirse. Era en verdad una mujer hermosísima y el hecho de que fuera una pervertida solamente servía para avivar las llamas de la lujuria.

Salieron del pequeño recinto para estar más cómodos y la puerta hizo un clic automático mientras se cerraba.

***

Era más tarde de lo que se imaginaba, la calle estaba casi vacía, pero los locales aún no cerraban, su comercio especializado brindaba diferentes mercancías preciadas por aquellos que salían de los bares y diversos locales nocturnos a la hora del maitines. Deza caminó pensativo mientras los distintos anuncios lo asaltaban por el camino, ofreciéndole desde una cura para la resaca hasta un

cambio de sexo rápido y barato que duraba casi tres meses y se caía después, en caso de que no fuera una decisión definitiva.

Se fue de regreso a Santo Domingo, subió a su bala eléctrica y salió disparado mientras seguía pensando en todo lo que acababa de descubrir. Otro vehículo de alta velocidad le dio alcance unas cuadras más adelante y, en una maniobra perfecta, lo hizo salirse del camino. Si no hubiera sido porque tenía un entrenamiento riguroso, el accidente a esa velocidad lo podría haber matado. El otro vehículo siguió de largo sin que pudiera ver ninguna seña particular, excepto que quien la tripulaba era un hombre alto y fornido, con un casco obscuro y vestido de negro riguroso.

Nervioso regresó a la velocidad más baja y por otro camino, la cosa se estaba poniendo candente y no tenía ni idea de por qué.

En vez de regresar a su celda en el edificio contiguo, decidió conectarse a la red en su cubículo. Mientras buscaba algunas imágenes tranquilizantes, puso su atención en todo lo que sabía y en lo que no. Revisó de nuevo el video de la noche en cuestión, pero esta vez tratando de ver quiénes llegaban al *Babilonia* y quiénes se habían quedado hasta que Santoyo se había ido.

Reconoció a los hombres que habían salido perdidos de borrachos horas más tarde; eran originalmente tres. Hizo un acercamiento. Vestidos de negro riguroso, su aire marcial y corte de pelo militar no le dejaba ninguna duda de a qué orden pertenecían, “Eran como tú, pero no como tú…”, había dicho Alexia. Ahora le quedaba claro a qué se refería. Los tres hombres eran en efecto sacerdotes, pero pertenecientes a una congregación completamente diferente. Eran sin duda alguna miembros de la Legión, esa orden religiosa que se había negado a desaparecer y a acatar las órdenes del papado mientras se veía envuelta en un escándalo de abusos sexuales a los jóvenes novicios por parte de su fundador y director. Manteniendo a pesar de todo su coto de poder en la Región Mx aun cuando su buen nombre estaba casi extinto, salvo en la Segunda Ciudad, donde ni siquiera la Congregación tenía tanto poder.

Deza rió para sus adentros pensando que era la primera noticia que tenía de que Misty y sus muchachas fueran del tipo de la Legionella, epíteto cariñoso con que el resto del clero católico se refería a los sacerdotes “rebeldes”, o por su lema falso, pero muy *ad hoc*, “somos Legión”, refiriéndose a su proclividad por atacar en piara, como vulgares montoneros.

Que en el video uno de ellos hubiera desaparecido lo hacía el principal sospechoso; sin embargo, ni siquiera Deza era tan atrevido como para ir a hacerles preguntas. Involuntariamente había contraído cierta parte virginal de su anatomía en una defensa inconsciente a lo que podía sucederle a un Monseñor joven y tan bien parecido como él, si se presentaba ahí sin los refuerzos y papeleo necesarios. Las preguntas a la Legionella tendrían que esperar.

De nuevo aguardó hasta que la oficina se quedara a solas. Cuando estaba a punto de conectarse, el *Santana* apareció como por arte de magia, sin duda lo estaba vigilando para atraparlo en una falta.

—¿Qué pasó, Voyeur? ¿Ya sabes quién se chingó al diácono?

Le dio un golpe amigable en el hombro con más fuerza de la necesaria. Deza sintió que la sangre le hervía en cuanto escuchó el apodo que le habían puesto por el lugar estratégico que había escogido en la oficina. El *Santana* ni siquiera se molestaba en pronunciarlo correctamente.

—Ah, no… que fue un accidente, ¿verdad? Al menos eso dice aquí en el reporte que te llegó mientras andabas de juerga… No lo niegues, todos sabemos que te la vives en el *Babilonia* y con quién, suertudote.

El *Santana* dejó unos papeles sobre el escritorio de Deza dando un golpe seco con ellos.

—Te dejo, para que sigas divirtiéndote con tu diácono… Cuando te atores y no puedas salir del lío en que te vas a meter, échame una llamadita.

La terminal de Deza vibró recibiendo el número del *Santana* haciendo que su dueño apretara la mandíbula aún más.

No se movió hasta ver que el otro Monseñor salía de la oficina. Tomó el reporte del médico legista y lo revisó. En efecto, la causa de muerte estaba inscrita como accidente, sin embargo, la lista y descripción de las heridas dejaba claro que no era el caso.

El reporte toxicológico indicaba que Santoyo tenía mucho más del límite legal de alcohol en sangre para conducir. Y ni rastro de la substancia que había comprado en el local.

Volvió a los registros de compras en la tarjeta. Esta vez reconoció el cargo hecho en el *Babilonia* cotejando con la propina que le había dado a la chica hacía unos días, en el cual solamente aparecía la dirección del lugar y no el nombre. Lo que Alexia le había dicho cuadraba a la perfección, un solo trago aparecía en el registro. Cuándo el diácono había consumido suficiente alcohol para embriagarse, no tenía ni idea. En ningún otro lado aparecía otro cargo esa noche, lo que significaba que quizás alguien lo había invitado a beber, probablemente el asesino.

Recordando la otra tarjeta, probó a encontrar cualquier cosa al respecto. Con tan sólo el número de la misma, pudo constatar que era una tarjeta recargable expedida por el banco más grande de la región, el Oxo, donde podías hacer el pago de cualquier cosa mientras te comías alguna fritura poco saludable que se pagaba a precio de banco, por supuesto. Por desgracia, su seguridad era infranqueable, no se llega a ser el gigante financiero que era sin tener en cuenta la seguridad.

***

La puerta se deslizó y el médico entró en pánico. Monseñor avanzó hasta él como la primera vez, como si fuera su amo.

—Necesito un dedo o un ojo… —dijo sin más explicación.

El médico apretó ambos puños inconscientemente y alejó la cabeza del *perro de Dios*.

—¡No suyos, doctor! ¡Del diácono! Conseguí hacer una copia de su terminal, la cual no hemos recuperado, por cierto, y necesito

acceder a material sensible en ella. Un dedo me serviría de mucho.

Monseñor sonrió con beatitud y el médico, comprendiendo, fue hasta un cajón, sacó unas tijeras de podar y nerviosamente se dirigió al refrigerador en el otro cuarto. La operación tomó segundos y Deza salió del Sistema Médico Forense en menos de lo que se hubiera imaginado. La próxima vez que necesitara algo similar sabía a quién podía acudir. Algo le quedaba muy claro, esas tijeras eran tan peligrosas como se veían.

Iba camino a su bala eléctrica, pensando en qué tanto podría obtener de la terminal, cuando un sonido familiar lo puso en guardia muy tarde. El bastón lo alcanzó directamente en el costado. Era ese sonido familiar cuando el arma de metal extensible se desplegaba, lo que le había dado aviso. Alcanzó a moverse un poco pero no lo suficiente, el golpe no le sacó el aire, pero lo golpeó en las costillas produciéndole una dolorosa sensación que lo sacó de balance por unos segundos. Retrocedió lo suficiente para darse espacio y ponerse en guardia. Su adversario era un hombre alto y corpulento, vestido de negro y con la cabeza casi rapada en un corte militar característico de esa otra orden religiosa que le disputaba el control de la región a la Congregación.

Esperó en guardia el siguiente golpe, no tenía armas con que defenderse más allá de su entrenamiento. El legionario hizo girar el bastón hacia un lado tratando de alcanzarlo en la sien y Deza lo esquivó moviendo el torso hacia atrás lo justo y acercándose a su contrincante. Si le robaba espacio el arma no tendría la contundencia necesaria y podría atacarlo en el cuerpo. Pero el otro adivinó su juego a tiempo y retrocedió girándolo de nuevo en el aire y asestándole un golpe sólido en un hombro, el cual estaba dirigido a la cabeza. El legionario no estaba jugando, venía a matar, eso era claro. Deza retrocedió lo que pudo para obligarlo a seguirlo. Por lo visto, la Legión entrenaba a sus novicios tan bien como la Congregación, pues el sacerdote no lo siguió ni abrió la guardia un centímetro. En vez de eso, en cuanto estuvo a la distancia adecuada, le lanzó un golpe con el bastón que era una finta. Deza

trató de esquivarlo hacia la derecha y su oponente giró el arma hacia el mismo lado, alcanzándolo en la sien. Apenas pudo interponer el brazo del mismo lado impidiendo que le rompiera el cráneo con el golpe, pero recibiéndolo en el brazo y en parte de la cabeza, lo que lo hizo perder el foco y caer de rodillas al suelo. El legionario se le acercó, lo pateó en la cara y Deza cayó de lleno al suelo sangrando por la nariz. Siguió pateándolo en el suelo, Monseñor apenas pudo tomar una posición defensiva para cubrirse la cabeza y encoger las piernas para evitar golpes en el estómago. Cuando por fin se cansó de darle el tratamiento de cortesía entre las dos órdenes religiosas, se le hincó junto a su cuerpo maltrecho y tomándolo por el rubio cabello lo obligó a mirarlo.

—Vas a aprender a no meterte en donde no te llaman ni en cosas de legionarios —le dijo tan cerca que Deza pudo ver los ojos castaños de su adversario brillar con el tipo de lujuria que los caracterizaba.

El legionario tomó el cierre de su traje de motociclista y comenzó a bajarlo lentamente. Dolorido y agotado, Monseñor hizo lo único que podía hacer, le dio un cabezazo directo a la nariz que obligó al legionario a soltarlo y lo cegó por unos segundos. Tiempo suficiente para que Deza se levantara de un salto y corriera lo que faltaba de camino hasta su bala eléctrica. ¿Cómo la había puesto en marcha y echo salir disparada? No lo recordaba, pero a mitad de camino había tenido que hacer un alto cuando la adrenalina había perdido su eficacia y el cuerpo entero le recordó cuánto daño había sufrido.

Sacó de su compartimento primero un analgésico inteligente que se inyectó en el cuello usando la pluma en que venía envasado para tal propósito, después un antiinflamatorio, y en tercer lugar un espejo para verificar que su hermoso perfil no había sido remodelado por los golpes. La nariz le sangraba, pero por suerte no estaba rota.

En vez de regresar directamente a la oficina, hizo un alto en su celda para limpiarse y verificar que no había huesos rotos. Los siguientes fármacos se encargaron de la reparación casi milagrosa

de los golpes, los raspones y finalmente se aplicó un cosmético para borrar las huellas dejadas en su rostro. Nadie podría adivinar que acababan de darle una golpiza. Gracias a las artes médicas de última tecnología, en este momento podrían pasarle por encima con una aplanadora y no sentiría el menor dolor.

Sin embargo, el ataque le había dado más información de la que su oponente imaginaba. La Legionella no solía atacar de manera igualitaria, eran famosos por aprovechar su superioridad numérica en contra de una sola víctima. El hecho de que un sólo legionario lo atacara significaba que tenía todo que ver con lo que estaba investigando y que sus superiores probablemente no tenían ni idea de lo que acababa de hacer.

Una sospecha comenzó a formarse en su mente, pero no podía ser. El diácono era heterosexual y las pruebas psicológicas así lo corroboraban. Tenía que haber otra solución. Las pruebas que él mismo había tomado eran casi un interrogatorio con técnicas de confesión avanzadas; de eso era de lo único que podía estar del todo seguro, del resto no había forma, no sin averiguar más sobre la muerte de René Santoyo y lo que había sucedido esa noche.

Sintiendo la cabeza ligera y el humor elevado, regresó a la oficina.

***

La terminal desplegó su contenido gustosa y Deza se internó en las intimidades de Santoyo. El orden en sus archivos era sorprendente, casi tanto como la falta de información privada. No había ni chats ni correos ni mensajes donde se notara algún tipo de relación personal. Esto lo hizo suponer que seguramente tendría otra terminal, una propia. Por suerte, la cuestión económica sí estaba dentro de ésta y no tardó en dar con el nombre al cual la otra tarjeta estaba registrada. Por lo visto, al diácono le gustaba cómo sonaba su nombre en la versión francófona, ya que la tarjeta recargable estaba a nombre de Renée Santoyo. Un par más de violentas acometidas al sistema y consiguió lo que estaba buscando, al parecer el diácono había recargado la tarjeta desde su

terminal y cuenta clerical al menos una vez. La cantidad de créditos en esta era sorprendente. Deza constató que había estado abonando una cantidad específica por años, la cual había ido aumentando con forme su carrera eclesiástica y su sueldo se lo habían permitido. Sus últimos gastos revelaban un consumo mucho más alto hecho en el *Babilonia*. No después del que creía el primero, sino antes.

No tenía sentido, ¿por qué Santoyo no habría cargado todo a la misma tarjeta? Sabía bien que tenía los fondos. Inspeccionó las cuentas una vez más, comparando fechas, horas y ubicación, y entonces lo notó. Los primeros consumos se habían hecho en República de Cuba número 17B, mientras que el último se había pagado en la misma calle, pero en el número 17 a secas. Una idea le vino a la mente, salió lo más rápido posible del Santo Oficio para llegar al lugar.

Por fuera solamente podía ver las persianas abajo y el brillo de las luces suaves y rojizas que identificaban al *Babilonia*, del otro lado de la cuadra en la calle que cortaba el enorme edificio colonial, las mismas persianas estaban abajo pero la luz que se filtraba era de color azul y centelleaba. Nunca había visto ese color en el local. Tenía razón, este era otro *Babilonia* del que no tenía noticia.

No había ninguna otra entrada y el lugar ocupaba todo el piso. Lo que significaba que la puerta a ese otro paraíso terrenal tenía que estar en el lugar que conocía. Ahora se daba cuenta, lo habían engañado y él se había dejado engatusar como el débil pecador que era. “Jamás volveré a confiar en una puta”, se dijo a sí mismo mientras entraba en el local tratando de que no lo notaran, lo que no fue tarea fácil, pues traía puesto su traje de motociclista rojo cardenal, el cual abrió al frente y se sacó hasta la cintura, quedándose en los pantalones de cuero y una camiseta blanca y pulcra que era su ropa interior. Su físico musculoso le valió la admiración de las mujeres de la casa que a esa hora estaban más que ocupadas con los clientes que abarrotaban el lugar.

Con sigilo consiguió llegar al despacho de la Madame, la cual estaba entreteniendo a un grupo de clientes de jerarquía alta.

Después de seis intentos probando números de manera sistemática en la cerradura, por fin la puerta se abrió. El pequeño espacio lleno de botellas de licor verdadero estaba igual que antes, no había ni una luz ni un ruido que le dijera que estaba en lo cierto, pero tenía una fuerte corazonada de que tenía razón. Detrás de una de las cajas, apilada en lo más alto, encontró una ligera depresión en la pared negra y cubierta por un material denso similar a la tela. Desplegó su bastón y golpeó la depresión con el mango varias veces, ésta se movió un poco dejando un espacio por el que se filtró la luz y el sonido de música. Metió la punta con fuerza y la pequeña hendidura se abrió. Frente a sus ojos se desplegaba un lugar completamente distinto, espejos en las paredes y arañas de cristal cortado en el techo. La luz era de un azul pálido y los reflejos de esta bailaban al ritmo de la música estridente y rítmica que hacía moverse a la concurrencia con violentas oscilaciones corporales.

El antro de perdición estaba casi lleno; sin embargo, era mucho más pequeño que el *Babilonia* y muy diferente. En lugar del amueblado suave y ergonómico de última generación, este otro espacio tenía sillas y bancos alrededor de mesas diminutas, al centro de todo una pista de baile donde los clientes se concentraban bailando, sobre todo las mujeres que eran la mayoría. Esa era la otra diferencia, mientras el *Babilonia* estaba atendido por jovencitas pequeñas de senos altos y desnudos, “el otro lado” como ahora comprendía lo había llamado Alexia, estaba lleno de mujeres altas y fuertes que tenían maneras muy poco gráciles. Bajo un segundo escrutinio Deza reconoció que se estaba equivocando: estas no eran mujeres, eran hombres vestidos de mujer.

Cerró los ojos con asco y confusión.

Todo en el lugar era un anacronismo, un error, una moda pasada que ni siquiera recordaba cuándo había comenzado. Hoy los lugares para bailar eran simples galpones llenos de humo, alcohol y drogas de diseñador, no elegantes salas de baile del siglo pasado. Tampoco

existían los lugares específicos para invertidos, ya no tenían lugar en el presente, donde cualquiera podía ser lo que le diera la gana, y si tenía el dinero para comprarse la anatomía que quisiera, sería la suya en cuanto transfiriera el último crédito.

Dio otra mirada, los pocos hombres presentes eran más bajitos y delicados que los hombres en falda y tacones. Era el mundo del revés. En una época donde no era necesario. Nadie parecía tener modificaciones, ni mejoras ni siquiera estéticas. La “mujer” en el bar tenía la barba tan cerrada que ya comenzaba a despuntar por entre el maquillaje.

Ninguna modificación.

Deza entendió entonces.

***

En cuanto entró por la puerta la golpeó con fuerza tal que la derribó. La tomó por el cabello y la obligó a levantarse, la puso sobre la silla y esperó a que lo mirara a los ojos.

—Ahora me vas a decir quién mató al diácono. ¿Fuiste tú?

Misty se tocó la mejilla con las yemas de los dedos comprobando que no había nada roto.

—No sé quién fue. Yo no lo hice… — respondió relajada.

Deza se le aproximó amenazador y Misty sonrió con burla.

—He confrontado hombres más grandes y más malos que usted, Monseñor Deza —le dijo tajante.

Sólo para dejar su posición clara, Deza volvió a golpearla. Misty recibió el puñetazo dejando que su cabeza se volteara con la violencia. La nariz comenzó a sangrarle sin que ella siquiera tratara de detener la sangre que le goteaba sobre los senos perfectos y llenos.

—¿Qué es ese lugar? —Deza señaló la puerta abierta con las cajas de licor.

—El *Sodoma*.

—¿Son todos… del clero?

Misty rió lentamente. Asintió con la cabeza sin dejar de mirarlo mientras la sangre se le escurría por el rostro.

—¿Era Santoyo un invertido? —Monseñor hizo la pregunta pensando que quizás la evaluación de aptitudes del diácono había estado completamente equivocada.

—No —respondió Misty con una expresión burlona.

Deza lo pensó por unos segundos antes de hacer la siguiente pregunta. Continuó comprendiendo que tenía que cambiar de dirección.

—¿Por qué mataron a René?

Misty sonrió dejando que los dientes se le mancharan de sangre.

—Venganza Monseñor, venganza… la mataron por venganza…

—¿La mataron? —Deza lo repitió sintiéndose estúpido.

Todo quedaba claro, su ficha no estaba equivocada, en verdad Renée era heterosexual, habían preguntado por su sexo y nunca por su género. La Santa Madre Iglesia se había negado por más de medio siglo a aceptar que un individuo pudiera estar definido por algo más que su sexo anatómico.

Quería hacerle más preguntas, pero Misty se había relajado por completo, dejándose caer en el estupor de la disociación que había aprendido desde niña cuando había aprendido a fugarse a un lugar seguro dentro de su cabeza mientras atendía las exigencias sexuales de los miembros de la congregación que le había dado cobijo. Deza la miró con furia, podría abrirla en canal y ni siquiera así le habría sacado nada más.

Sacó su terminal, se comunicó con la central de mando y pidió refuerzos. Tenían que arrestar a todos los presentes en el *Sodoma*. Luego conectó de nuevo con la tarjeta del diácono, si es que podía seguir siendo llamado así, ya que era un cargo vedado para las mujeres. Entonces Deza se reprendió a sí mismo por aceptarlo como una mujer y continuó con la búsqueda. Unos meses después de ordenarse había hecho un pago inicial en el otro local, el que se anunciaba con una chica joven de enormes senos bamboleantes y aún más enorme… No había nada más que buscar.

Se dirigió de nuevo al espacio lleno de cajas y botellas para verificar que el antro de perdición seguía igual. Nada había

cambiado.

Santoyo había estado en el *Sodoma* bebiendo y celebrando que tenía el dinero suficiente para su transformación, luego había ido al *Babilonia* y asechado a su próxima víctima. La idea le hizo sentir un escalofrío. Podría haber sido él, podría haber sido cualquiera de ellos. Ahora tenía que buscar a cierto legionario que sospechaba se había cobrado muy caro el ultraje al que había sido sometido. La dosis de mamut del medicamento para mantener la erección le causaba un terror especial, no quería seguir pensando en el asunto.

Por una cuestión de cortesía profesional, fue hasta la sala principal del *Babilonia* e invitó a desalojar el lugar a todos los presentes. No había ninguna razón para mezclar a párrocos inocentes en lo que estaba a punto de suceder. Con tan sólo ver entrar a un *perro de Dios* con el uniforme completo, muchos de los presentes comenzaron a huir tan rápido como pudieron.

Con el lugar vacío solo le quedaba esperar los pocos minutos que quedaban antes de que sus compañeros llegaran, había dado la alarma y mandado un mensaje particular al *Santana* para que se dieran prisa. Acto seguido transfirió todos los fondos del diácono a la tarjeta prepagada y guardó el número y el nombre en una carpeta secreta para adjudicársela más tarde.

Esquivó el primer golpe, sintió antes de que lo tocara la amenaza y reaccionó como había hecho durante años de entrenamiento. Sin embargo, la confusión de quién lo estaba atacando lo sacó de balance y el segundo y el tercero conectaron con él de lleno, uno en la cara y el segundo en el estómago. Misty se había lavado la sangre y su rostro limpio y juvenil no tenía ni la más mínima huella de la violencia de que había sido objeto. Probablemente, se había aplicado un cicatrizante y un antiinflamatorio, y si también había incluido un analgésico, Deza estaba en problemas.

Aun en los altísimos tacones y con el pecho desnudo, se lanzó de nuevo contra su oponente que trataba de recuperar el aire golpeándose el costado con fuerza. Deza pudo parar la patada, pero el filoso tacón le atravesó el brazo con el que se había defendido. El

estiletto entró por el traje de motociclista y su carne, con velocidad y dolorosa precisión, saliendo del otro lado. Misty lo sacó del antebrazo retrayendo la pierna con un movimiento perfecto. Deza gritó de dolor y de rabia. La puta estaba modificada y nunca se había dado cuenta. Al menos con el grito había recuperado el aliento.

Tuvo más cuidado con la siguiente patada que esquivó y trató de tomarla por la pierna para hacerla caer, pero ella la dobló en el aire con rapidez inhumana y, en cambio, lo pateó con la punta a un lado de la cabeza. Deza se movió una fracción de centímetro y consiguió que apenas lo tocara. Misty giró sobre sí misma y, con la misma pierna ahora del otro lado de su cuerpo, lo pateó del revés por la espalda. Monseñor tenía que quitarse de su campo de acción lo más rápidamente que pudiera.

Retrocedió en redondo para evitar quedarse atrapado contra una pared mientras la chica seguía lanzando golpes divertida.

—Date por muerta, ya vienen los refuerzos.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

Deza se dio cuenta de que no había recibido ninguna confirmación. Quizás las comunicaciones de la Congregación estaban selectivamente bloqueadas en el burdel. Misty se lo confirmó asintiendo levemente y arrugando la nariz con coquetería.

Estaba peleando por su vida.

Misty notó el cambio en su humor y rió por todo lo alto antes de lanzarle una ronda rápida de golpes uno detrás del otro sin cuartel, hasta que Deza dejó uno entrar, justo del lado donde el estiletto lo había herido y el brazo no hacía su trabajo de bloquear con eficiencia. Las costillas crujieron y de nuevo perdió el aliento. El siguiente golpe fue fulminante: un martillazo con el puño cerrado que conectó entre sus ojos con el dorso de la mano. La obscuridad lo envolvió.

Algo hacía ruido y no se callaba, la cabeza le iba a estallar y el molesto bip no paraba nunca. Abrió los ojos para encontrarse en una habitación perfectamente blanca. Podía sentir un hormigueo en

toda su anatomía que reconoció como dolor adormecido farmacológicamente. Poco a poco los últimos momentos antes de perder la conciencia se fueron formando en su atarantada mente. Deza estaba agradecido de estar vivo.

A un lado de su cama de hospital, su superior esperaba con paciencia para poder hablar con él. Monseñor Zúñiga sonrió cuando notó que estaba de vuelta entre los vivos.

—¿El *Sodoma*? —Fue lo primero que dijo como el buen soldado que era.

—Fuera de servicio para siempre. Los clientes habituales detenidos y bien custodiados en Santo Domingo.

—¿Misterione?— Probó sabiendo que era muy poco probable que la tuvieran.

Monseñor negó con la cabeza lamentando no tenerla bajo su custodia.

Deza se tensó entonces, era imposible que no supieran de sus puertos, los cuales eran pecado y estaban prohibidos para el clero entero. Trató de tocarse la cabeza pero tenía los dos brazos inmovilizados por vendas plásticas, así como el torso. Su superior, comprendiendo, unió las puntas de los dedos y sonrió con beatitud mafiosa.

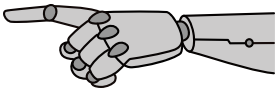
—Te hemos otorgado una dispensa… Para los puertos y las modificaciones que han sido necesarias para que puedas reincorporarte al trabajo de Dios cuando estés repuesto.

—¿Qué hay del legionario… el que mató a Santoyo?

—Si bien el que toca a uno de los nuestros nos toca a todos, estos son tiempos difíciles para los hombres de Dios; nuestro número mengua continuamente y no podemos perder a ninguno de nuestros miembros. Si bien es un pecado lo que nuestro hermano hizo, la justificación es amplia y preferimos dejarlo en manos más aptas. Ya lo juzgará el Señor cuando se presente frente a él… Pero tenemos algunas buenas noticias: tú y tu compañero, Monseñor Antonio López, han sido ascendidos. El buen trabajo es siempre recompensado.

Deza asintió pensando que el buen trabajo sería recompensado siempre y cuando le conviniera a la Santa Madre Iglesia. Le quedaba claro que si no hubiera mandado el mensaje personal al *Santana*, no estaría aquí para contarlo y las cosas serían muy diferentes. Probablemente, algún otro Monseñor estaría presionando al forense para que declarara su muerte como accidental.

Monseñor Deza asintió sin ganas mientras su superior se despedía y salía de la habitación, y él presionaba el timbre para ver qué tan guapa era su enfermera.



Regresar al índice

Contenido

Cubierta
Índice

La nave que nos dejó tirados
Marcos Bruzzoni

La máquina
Giraldo Aice

Las ocho reinas
B.D. Aguayo

Clitemnestra 6.0
Angelique H. Saviñón

Los Homo machina
Andrés de Zamacona

El descubrimiento secreto
Ulises Luján

In memoriam
B.D. Aguayo

Sin pena ni Gloria
Malena Papagna Lioi

Perro de Dios
Angelique H. Saviñón

Contenido

Otros libros de Kannonical Editores

¡Gánate un **set de libros físicos** con todas nuestras antologías!

Suscríbete a nuestro boletín de noticias en **kannonical_libros@proton.me** para participar.

Otros libros de
Kannonical Editores

HASTA LA ÚLTIMA GOTA
Antología de relatos de vampiros

MEMORIAS DE LA OBSCURIDAD
Antología de cuentos de fantasmas

CUÉNTAMELO CON LUJURIA DE DETALLES
Antolo-orgía de cuentos eróticos

TODAS HIEREN, LA ÚLTIMA MATA
Antología de cuentos de terror

BORDADO EN EL VIENTO
Antología de relatos de fantasía

PROMESAS DE SANGRE
Antología de relatos de vampiros

NAVIDADES SINIESTRAS
Antología de cuentos de terror navideño

EL AMOR DURA LO QUE DURA DURA
Antolo-orgía de relatos eróticos

Comunícate con nosotros:
kannonical_contacto@proton.me

Visita nuestras redes sociales:

kannonical-editores.github.io

/Kannonical

/editorial_kannonical/

ISSOKU ISSAI
ISSAI SOKUICHI